



ErosSelecta

Historias para pecar

¿Te atreves?

VARIAS AUTORAS

Historias para pecar

Colección LCDE

Sinopsis

17 autoras.

17 relatos que te harán vibrar.

17 historias que se convertirán en tus sueños más húmedos.

Una antología cien por cien erótica que te atrapará en un mundo de fantasías prohibidas, solo apta para personas valientes.

17 Historias para pecar.

¿Te atreves?

El sabor eterno, de Ahna Sthauros

La boca del Diablo, de Alissa Brontë

Cautiva del placer, de Ana E. Moreno

Caricias arábigas, de Chloe Santana

Solamente una vez... o no, de Anastasia

¡Mía!, de Dama Beltrán

Historias de vampiros: Isaac, de D.W. Nichols

Travesura en el probador, de Encarni Arcoya

Lo que trae la marea, de Erika Fuentes

Próxima estación: lujuria, de Hannah Lucas

Tinta, de Hendelie

Juega conmigo, de Lucinda Gray

Relato corto del orgasmo y la muerte, de Luna Perdida

Tentación en la oscuridad, de María Sánchez

El alemán, de Mary Solamente

A través de la ventana, de Muireann Cooke

Loba, de Tamara Bueno

Autor: Varias autoras

©2014, Colección LCDE

ISBN: a76cced4-8496-49a3-bfdc-cb32928f7827

Generado con: QualityEbook v0.75

HISTORIAS PARA PECAR

Varias Autoras

© Colección LCDE

<http://revistalacunadeeros.wix.com/coleccionlcde>

Primera edición: septiembre 2014.

Diseño de la portada e interior: Maquetaciones DW

<http://dwhnichols.wix.com/maquetaciones>

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Agradecimientos

BIOGRAFÍA DE Ahna Sthauros.

EL SABOR ETERNO, de Ahna Sthauros.

Biografía de Alissa Brontë.

LA BOCA DEL DIABLO, de Alissa Brontë.

Biografía de Ana E. Moreno.

CAUTIVA DEL PLACER, de Ana E. Moreno

Biografía de Chloe Santana.

CARICIAS ARÁBIGAS, de Chloe Santana

Biografía de Anastasia

SOLAMENTE UNA VEZ... O NO, de Anastasia

Biografía de Dama.

¡MÍA!, de Dama Beltrán

Biografía de D.W. Nichols

HISTORIAS DE VAMPIROS: ISAAC, de D.W. Nichols

Biografía Encarni Arcoya

TRAVESURA EN EL PROBADOR, de Encarni Arcoya

Biografía Erika Fuentes.

LO QUE TRAE LA MAREA, De Erika Fuentes

Biografía de Hannah Lucas

PRÓXIMA ESTACIÓN: LUJURIA de Hannah Lucas

Biografía de Hendelie.

TINTA, de Hendelie

Biografía de Lucinda Gray.

JUEGA CONMIGO. Lucinda Gray

Biografía de Luna Perdida.

RELATO CORTO DEL ORGASMO Y DE LA MUERTE, de Luna Perdida

Biografía de María Sánchez

TENTACIÓN EN LA OSCURIDAD, de María Sánchez

Biografía de Mary Solamente.

EL ALEMÁN, de Mary Solamente

Biografía de Muireann Cooke.

A TRAVÉS DE LA VENTANA de Muireann Cooke

Biografía de Tamara Bueno.

LOBA, de Tamara Bueno

Agradecimientos

LA COLECCIÓN LCDE (La cuna de Eros) quiere dar las gracias a las personas que han hecho posible que esta antología erótica viera la luz bajo este sello. En primer lugar, a Dama Beltrán, la impulsora y motor de este proyecto. Sin la confianza que ha depositado en LCDE, Historias para pecar no estaría en manos de los lectores en este momento. Y por supuesto, a las 16 mujeres llenas de talento que han participado junto a ella, que han cedido gustosamente sus relatos para ser editados dentro de esta colección.

Un placer haber podido contar con vosotras en esta, la primera antología publicada bajo el sello ErosSelecta. Es por todo ello que la Colección LCDE os estará eternamente agradecida.

Ahna Sthauros.

Es la historia de una joven aprendiz de escritora nacida en París en agosto de 1978. Desde muy pequeña, se paseó entre la capital francesa y la ciudad de Sevilla, ciudad de su querida abuela Ana. Su legado fue una percepción casi sobrenatural de las cosas y un gusto por las historias de brujas, demonios y vampiros que no parecía muy natural en una niña de tan corta edad. Pero también un alma llena de curiosidad y de devoción por la Semana Santa sevillana.

Como buena creyente de la reencarnación, a saber qué fue de ella en otra vida... De momento, en sus novelas y en sus relatos cortos aparecen esos seres fantásticos, pero siempre con una historia de amor que posibilitan su redención porque no hay nada más poderoso que el amor absoluto.

Y en el relato erótico ***El sabor eterno*** tampoco podían faltar elementos como

la sangre, la muerte, el placer y la vida eterna. ¿Te atreves a adentrarte en su mundo ambiguo de luces y sombras?

Hasta el momento, esos son sus escritos:

—*La Doncella de la Sangre* , Éride ediciones 2012; novela de vampiros ambientada en Sevilla.

—*El Heredero Oscuro de la Sangre*, sin editorial de momento; segunda parte de esa trilogía.

—*Antología 150 Rosas*, Divalentis Editorial 2013; relato paranormal sobre el amor más allá de la Muerte.

—*Antología Homenaje a H.P Lovecraft* , Rubeo Ediciones 2014; con un relato de una historia de fantasmas en Galicia.

Actualmente, se halla preparando una novela de demonios que dará mucho de qué hablar...

Puedes seguirla en Facebook y en Twitter con su nombre **Ahna Sthauros**.

EL SABOR ETERNO, de Ahna Sthauros.

LAS calles del centro turístico de París desfilaban ante sus ojos a toda velocidad, pero ella no prestaba atención porque sabía perfectamente en qué momento esa loca carrera iba a concluir. Solo, de vez en cuando, captaba algún perfume, algún olor a sangre lo bastante potente como para detenerla; pero la poderosa esencia milenaria, que ella conocía tan bien, se imponía a todo lo demás y aniquilaba cualquier rastro que no fuese *su* olor.

Tras varios siglos sin saber de él, la había vuelto a encontrar. Un descuido absurdo por parte de una criatura tan antigua y precavida como ella, pero un descuido al fin y al cabo. ¿Se había dejado atrapar a propósito? La soledad para un Inmortal es un largo viaje muy aburrido: algunos se vuelven locos y otros, como ella, mandan mensajes inequívocos para propiciar un posible reencuentro.

¿Tanto echaba de menos esas manos expertas y esa lengua juguetona? Había experimentado con humanos durante varios siglos, pero ellos no estaban a la altura. Nadie podía estarlo: ningún Inmortal podía hacerla enloquecer como Edén, su vampiro sueco. Algunos lo habían intentado, pero ninguno lo había logrado.

Iris, la sofisticada vampira parisina, se detuvo al llegar ante el palacete del siglo XVII que era de su propiedad; un lugar lujoso y discreto situado a las afueras de la capital francesa. Era su refugio, pero esta noche no habría ningún escondite preparado para salvarla. Esta noche, no tendría escapatoria...

¿Cómo se llamaba esa sensación olvidada que recorría sus venas con una melodía particular? ¿Expectación? ¿Deseo irrefrenable?

Ella no tenía dueño, pero podía hacer una excepción para esa única noche eterna.

Iris se relamió con creciente deseo y su perfecta visión nocturna le permitió

sortear toda clase de obstáculos hasta llegar a su casa. Abrió la puerta y se deslizó como lo hubiese hecho una humana que llega poco antes del amanecer tras una noche de desenfreno. Sabía muy bien qué tipo de juego se gastaba su vampiro sueco. Lo recordaba a la perfección.

En el amplio vestíbulo, dos enormes espejos le dieron la bienvenida. Iris se deshizo de su largo abrigo negro como si no pasara nada, como si no percibiera esa esencia espeluznante que la envolvía como una segunda piel. Él estaba observándola, acechándola en la oscuridad de su salón como el depredador que era.

La vampira comprobó por el rabillo del ojo su atuendo de *femme fatale*: un vestido negro bien ajustado, sin prendas íntimas por debajo para no estorbar, y unos zapatos de tacón de aguja del mismo color. Oh, sí; una morbosa imagen de la Muerte encarnada. Afrodita y Perséfone reunidas en un solo cuerpo.

Entró en el salón decidida y allí estaba él, su vikingo de ojos azules y porte dominante, sentado en un sillón con los brazos cruzados y las piernas abiertas; una pose intimidatoria que no tuvo otro efecto que excitarla aún más.

Los ojos ambarinos de Iris centellearon y su energía vampírica aumentó considerablemente.

—Llegas tarde —espetó Edén con ese acento que solo era suyo.

—Nadie te ha dado permiso para entrar en mi casa. ¿Qué quieres?

—Vengo a recuperar algo muy valioso para mí. Algo que alguien me negó durante siglos por puro capricho.

En un abrir y cerrar de ojos, el imponente vampiro rubio se situó detrás de Iris y pegó su cuerpo al suyo. Ella pudo sentir la dureza de su erección contra las nalgas y cerró los ojos por culpa del placer involuntario. Un cuerpo, incluso vampírico, sigue siendo un cuerpo y reacciona de forma positiva ante la promesa del placer. ¡Y qué placer!

—Quiero deleitarme de nuevo con el sabor de tu sangre en el momento preciso en el que llegas al éxtasis. ¿Has olvidado cómo era, Iris? ¿Te has aburrido ya de tus insípidos mortales? —susurró el vampiro en su oído mientras sus manos recorrían su cuerpo de generosas curvas de arriba a abajo, como si estuvieran recordando sus suaves contornos—. Es hora de pagar tu deuda de placer atrasado...

Iris se estremeció y no dudó ni por un instante que, a pesar de las suaves palabras de su amante eterno, su reencuentro iba a ser violento, rápido y sublime como de costumbre.

Mientras las manos de Edén se apoderaban de sus pechos con delicadeza, la vampira sintió cómo su amante le lamía la piel desde el nacimiento de su escote hasta llegar por debajo de su oreja derecha. Como el gran felino que era, la quería marcar para siempre. Pero no lo había logrado antes y no lo iba a lograr ahora.

El roce de sus colmillos alargados mandó pequeñas descargas eléctricas por todo el cuerpo de la vampira.

—Esta noche, te voy a devorar a conciencia... —murmuró Edén antes de arrancarle el vestido negro sin miramientos.

Iris soltó una risa ronca capaz de derretir el bloque más helado de todo el Polo Norte. Edén gruñó en respuesta y sus pulgares empezaron a jugar con sus pezones antes de que su lengua entrara en acción, deslizándose por la columna vertebral hasta detenerse sobre las nalgas de nácar.

Al sentir la intensa excitación de su amante arrodillado a su espalda, que se había detenido un segundo como si estuviera rindiendo culto a su magnífico culo, Iris se sintió poderosa y levantó los brazos con majestuosidad.

—Oh, sí; he sido muy, muy, muy mala... —musitó echándole un vistazo por encima de su hombro de marfil—. ¡Castígame!

Edén se levantó bruscamente y la cogió del brazo para darle la vuelta y así poder mirarla a los ojos.

—¡Silencio! Tú no dictas las reglas aquí y mereces un dulce sufrimiento por intentar huir de mí.

Iris esbozó una sonrisa y siguió sonriendo cuando su amante la colocó en el sillón y le abrió las piernas de forma impúdica antes de arrodillarse ante ella. Intentó levantar las manos para acariciar su cabello de oro, pero él le mandó una pequeña ráfaga de su poder para que no pudiera moverse. Edén era mucho más antiguo que ella por lo que no podía luchar contra su energía. Pero eso no le importaba en absoluto en ese momento.

El vampiro se encargó de lamerle los pechos como si fuese un manjar exquisito, trazando círculos infinitos sobre sus pezones oscuros. Y luego siguió bajando hasta su ombligo y dejó un reguero de besos suaves por su piel tan delicada y dura al mismo tiempo. La energía vampírica crecía y crecía sin parar en lo más profundo del cuerpo de Iris.

Edén alzó la mirada un segundo y sus ojos refulgieron como dos zafiros, dando señales de que la Bestia andaba suelta. Agarró las caderas de la vampira y respiró el olor de su sexo abierto y sin vello. Una mezcla de gemido y de gruñido

escapó de su garganta.

—Eres perfecta...

Iris cerró los ojos y dejó caer su cabeza hacia atrás cuando la lengua del vampiro se abrió paso entre los pliegues calientes de su sexo húmedo para chupar de ella como si fuese una fuente mística. Los cuerpos de los Inmortales son cuerpos muertos y sólo el sexo o la lucha pueden darles un poco de vida, y esa lengua diabólica era capaz de resucitar a cualquier muerto.

La lengua del vampiro entraba y salía de su sexo sin descanso, dándose un festín como si no hubiese mañana, devorándola y arañándola sin remedio con sus impresionantes colmillos. Una mezcla de dolor y de goce golpeaba el cuerpo de Iris que se sentía a punto de explotar. Un clímax que iba a tener dimensiones bíblicas si tenía en cuenta la oleada de poder que estaba invadiendo sus extremidades cual devastador tsunami. Sólo Edén era capaz de provocar ese tipo de reacción desmesurada en ella.

Estaban conectados de una forma inexplicable.

Pero la vampira tenía el carácter suficiente como para impedir que él se saliese con la suya. De ninguna manera iba a ganar esa batalla tan fácilmente.

—Mi turno —gruñó Iris antes de coger a su amante por la nuca para aplastar su boca sobre la suya.

Nada de beso suavcito y empalagoso entre ellos. Un baile furioso de lenguas entrelazadas con sabor íntimo a sexo de vampira. Y las manos tampoco se podían quedar quietas de tal manera que Edén tiró de ella hasta ponerla a horcajadas sobre su miembro vigoroso e inquieto. En menos de un segundo, las manos de la vampira bajaron la cremallera del pantalón oscuro para apoderarse del grueso y sedoso miembro que parecía tener vida propia.

Pero Edén no estaba dispuesto a ceder.

—No me impondrás tu voluntad, Iris. Esta vez, no...

El vampiro sueco agarró sus manos y, al segundo siguiente, la tumbó boca abajo sobre el respaldo del sillón, dejándola expuesta con las piernas bien abiertas. Iris soltó un gruñido bajo como si fuese una leona que hubiese caído en una trampa mortal.

—Mi juego. Mis reglas... —susurró Edén a su oído antes de chuparle el lóbulo de la oreja.

Iris ahogó un gemido al sentir como restregaba el falo contra sus nalgas abiertas y se situaba a la entrada de su sexo ansioso. No quería dejarle entrever que estaba a punto de ganar la partida. Su energía clamaba por liberarse y sus

colmillos se estaban alargando en su boca en busca de la liberación.

De repente, Edén deslizo la punta de su enorme pene en la entrada de su cuerpo y la vampira se quedó muy quieta, sintiendo con una acuidad paranormal todos sus movimientos lentos y suaves. Eso no era propio de él.

Iris se rio.

—¿Desde cuando eres tan cuidadoso? ¿Temes hacerme daño o qué? —lo provocó sin hacer ni un solo movimiento para mirarlo.

En respuesta, el vampiro se hundió muy dentro de ella con una sola embestida. Iris siseó y dejó escapar un largo gemido recordando lo que Edén era capaz de hacerle con muy pocos movimientos. No se estaba moviendo y, sin embargo, la llenaba por completo, tanto por dentro como por fuera. Sus cuerpos habían vuelto a conectarse como antes.

—Ves lo que te has perdido por pura cabezonería... —recalcó el vampiro antes de colocar su mano sobre su nuca para sujetarla.

—¡No olvides que no tengo ni dueño ni Compañero! —gritó ella, furiosa y excitada al mismo tiempo.

—¿Ah, no?

Edén salió de ella y volvió a arremeter con una embestida mucho más poderosa que la anterior. Iris agarró el respaldo del sillón con las dos manos, abrió la boca y gruñó de una forma casi amenazante. Pero el vampiro hizo caso omiso de ese sonido: el ritmo de sus embestidas aumentó, calentando de forma gradual los dos cuerpos vampíricos.

Iris estaba a punto de explotar, pero no quería gemir más porque no quería mostrar su debilidad a su amante. ¡Cuánto había echado de menos la dureza marmórea de ese cuerpo esplendido y letal! Pero se cortaría la cabeza antes de darle señales de ello.

Sentía su energía descomunal al borde del abismo: él también se estaba conteniendo, manteniendo con férreo control la explosión final. Faltaba muy poco para que la tierra se echase a temblar.

Sin embargo, Edén dejó escapar un delicioso gruñido y se movió con más fuerza y más rapidez que antes. Su boca sustituyó a su mano y se posó con delicadeza inusitada sobre el cuello de la vampira. Era una mezcla desconcertante de dulzura y violencia.

—¿Cómo te sientes, mi pequeña fugitiva? ¿Te quedan ganas de huir de mí?

Una nueva embestida larga, honda y poderosa hizo que Iris soltara un tremendo gemido y arrancara parte del sillón con sus uñas convertidas en garras.

—No... no soy tuya... —musitó, sin embargo, con bravuconería inútil.

Edén soltó una carcajada aterciopelada.

—Eres mía desde tiempos inmemoriales...

Dicho esto, el vampiro lamió su cuello al tiempo que se hundía aún más profundo en ella. Iris sintió una ola gigantesca de energía atravesar sus entrañas y soltó un gemido casi lastimero. No quería suplicar la ansiada liberación, pero estaba a punto de morir por enésima vez. Edén siguió moviéndose sin contemplaciones y atrapó sus muñecas con ferocidad bestial.

—Siempre mía... —gruñó mientras sus colmillos arañaban la piel de su cuello—. Tu sabor eterno dentro de mi cuerpo.

La presión aumentó; el deseo se hizo animal y primitivo. Dos bestias extrañas copulando en un salón humano de exquisitez fuera de lugar.

Iris supo que el momento había llegado: tras errar sin rumbo durante tanto tiempo, su sangre había vuelto a encontrar el camino a casa. Su eterna morada era el cuerpo milenario de Edén. ¿Por qué luchar contra ello con todas sus fuerzas?

Cuando el vampiro sintió que ella se rendía, clavó con fuerza sus colmillos en la parte más blanda que le daba acceso directo al manantial sagrado de su yugular. La energía de las dos esencias combinadas nació en el sexo húmedo y colmado de la vampira y recorrió su cuerpo como un devastador relámpago.

Iris abrió la boca y lanzó un grito tan estridente que varios cristales del salón explotaron en diminutos fragmentos. Mientras, su sangre corría en las venas de su amante, precipitándolo a su vez en un abismo de placer inconcebible para cualquier humano.

El orgasmo vampírico fue tan potente que los dos cuerpos empezaron a convulsionar y que el sillón no pudo aguantar tanta sobrecarga. Antes de caer al suelo, Edén se dio la vuelta sin dificultad y atrapó a Iris entre sus brazos.

—Te tengo —afirmó el vampiro con sus colmillos ensangrentados y su boca llena del néctar dulzón—. Nunca más te dejaré escapar...

Los ojos ambarinos de la vampira brillaron y su pelo negro se meció por culpa del viento fresco que entraba debido a los cristales rotos. Ella ya no quería escapar. Edén había ganado la partida de ese inesperado reencuentro.

Iris no dijo nada y sonrió de forma un tanto perversa. Se alejó un poco del cuerpo inmaculado de su amante y lo observó, satisfecha. Un reguero carmesí de sangre se deslizaba desde los dos puntos de su cuello hasta llegar a sus turgentes senos.

Edén gruñó y quiso incorporarse un poco para lamerla, pero Iris lo empujó con contundencia contra el suelo. Arrancó los botones de su camisa y contempló su pecho de alabastro lleno de duros abdominales.

—Compañeros de sabor eterno entonces... —recalcó antes de morderlo con ferocidad para beber su sangre y sellar así el Pacto.

Biografía de Alissa Brontë.

NACIÓ en Granada hace 35 años. Desde su adolescencia ha destacado en Literatura Romántica, juvenil y fantástica; siendo galardonada en su juventud durante tres años consecutivos en certámenes literarios.

Ha obtenido considerable éxito con sus libros auto publicados *Devórame* y *Precisamente tú*, considerándose así una de las futuras promesas literarias. Próximamente publicará con La editorial Creadores de Sueños su próxima novela, *Alados: Renacer Oscuro*, una historia que no dejará a nadie indiferente. En la actualidad reside en Murcia con su marido y sus tres hijos.

Página Web: <http://mariavalnez.webs.com/>

LA BOCA DEL DIABLO, de Alissa Brontë.

SENTÍA la ropa como una segunda piel, mi cuerpo sudaba por la excitación y la abrumadora muchedumbre del local. Cansada de manos largas y lenguas sueltas, decidí salir a fumar un pitillo y refrescarme. Aún me quedaban por delante varias horas antes de que la discoteca cerrase. Abrí la puerta oscura y pesada de metal que solo empleábamos los trabajadores, y que daba a un sucio y oscuro callejón sin salida en la parte de atrás. El aire, a pesar de estar viciado por la suciedad de los cubos de basura que acumulaban montañas de desperdicios, me despejó y refrescó mi cuerpo. No sé por qué esa noche en especial sentía una necesidad sexual apremiante. Bueno, sí sabía por qué: por él. Un hombre misterioso y oscuro que tan solo se había acercado a pedir un coñac, cosa que me sorprendió, y al rozar su mano, sentí una corriente eléctrica que me envolvió. Desde ese preciso instante, no pude dejar de pensar en él, en tenerle debajo enterrado entre mis piernas y apresado por mi cuerpo desnudo.

Estaba loca, sin duda, tanto trabajar de noche me estaba afectando, porque además habría jurado que sus ojos destellaban como las llamas del mismo infierno.

Me apoyé en la sucia pared y vi cómo el callejón solo estaba iluminado por una triste y solitaria luz titilante. El aire era fresco, la luna se ocultaba vergonzosa tras una oscura bruma. Eché la cabeza hacia atrás y até mi larga melena en un improvisado recogido, usando mi propio cabello como sujeción.

Me llevé un cigarrillo a la boca y busqué en el pequeño y único bolsillo de mi corta falda el encendedor.

—Mierda —susurré. Me había dejado el fuego dentro. Tendría que entrar de nuevo y quedarme sin fumar.

—¿Necesitas fuego? —susurró una voz en la oscuridad.

Traté de ver el rostro del que procedía esa voz misteriosa, suave, ronca y sensual. De nuevo, la corriente eléctrica que sacudió mi cuerpo y se concentró en ese punto mágico entre mis piernas regresó. El rostro apareció de nuevo ante mí, era él, sin duda, esa misma expresión voraz, feroz, su paso felino, autoritario. Noté mi garganta seca y mis bragas húmedas.

La verdad es que era extraño, porque nunca me había sucedido algo así, esa atracción irremediable que me estaba haciendo delirar e imaginar miles de posturas sexuales a cuál más escandalosa con ese hombre.

Sus vaqueros oscuros y desgastados colgaban de sus caderas, y su camiseta desteñida y rota dejaba al descubierto el hombro tatuado.

—666 —murmuré—, muy apropiado, tu tatuaje.

Desde luego si me decía que era el mismísimo Diablo le creería, porque su aspecto era tan atrayente que tenía que ser obra del mismo Diablo. Llevaba el pelo corto y despeinado, y su cara, adornada por una barba bien arreglada que me incitaba a acariciarla y dejar que me arañase suavemente las manos.

—Sí, gracias —musité apenas sin voz.

Él se acercó y me encendió a mí y al cigarrillo que llevaba en la boca que de nuevo sentía árida, arrasada por su mirada penetrante.

—No me des las gracias. Todo tiene un precio y ahora lo vas a pagar.

—¿He de pagar? ¿Cómo? —pregunté curiosa.

—Solo prepárate —dijo en voz baja.

—¿Que me prepare? —pregunté de nuevo—. ¿Para qué?

—Para mí —fue su escueta respuesta.

Y su boca se adueñó de la mía. Su lengua penetró mi boca, saboreándose, relamiéndose. Sus gemidos y jadeos eran primitivos, guturales. «La excitación hecha humanidad», pensé. Mis gemidos se unieron a los de él, el cigarro se desprendió de mis dedos que fueron a enredarse en su cuello. El beso se hizo más profundo, mis manos jugaban con sus brazos y su espalda, deleitándose con cada músculo torneado, dejándome sentir su dureza. Sus manos acariciaban mi espalda y apresaron mi trasero, apretándolo con fuerza entre sus grandes manos. Me gustaba, era rudo, salvaje, y eso me estaba volviendo loca. Me desinhibía. Deseaba gritarle que no parase, deliraba con sus caricias rudas y su manera salvaje de besarme, como si yo le perteneciera.

Me apoyó contra la pared y nuestros cuerpos se fusionaron, entre ellos solo había cabida para la pasión y la lujuria, nada más. Sentía su pecho duro contra el

mío, su sexo golpeaba al mío que se revolvía desesperado clamando por más. Sus manos abandonaron mi trasero y acariciaron mis muslos desnudos bajo la falda. Antes de poder gemir, uno de sus dedos se había colado dentro de mis bragas y jugaba con mis labios húmedos y hambrientos de deseo. Su dedo se coló en mi interior, acariciándome de forma íntima, mientras otro de ellos se acomodaba justo donde mi sexo se unía a mi ano. Sus dedos comenzaron a jugar, uno desde dentro y el otro desde fuera, pellizcando la zona suavemente. Sentí como mi sexo palpitaba por el deseo. Los jadeos que me producía se ahogaban en su boca. Esa boca que me besaba con tanta pasión que se podría confundir con rabia. Sentí que desfallecía, me volvía loca. Cerré los ojos incapaz de contener el sentimiento. Estaba en mitad de un callejón sucio y oscuro, y dejaba que un desconocido me tomase de esa forma, ¿podía haber algo más sensual?

—Ahora —susurró abandonándome un momento—, come.

Acto seguido desabrochó su vaquero y el sonido de la cremallera metálica liberó su gran miembro, que se mecía palpitante, inflamado y húmedo. Me coloqué de rodillas sin protestar y cogí su polla entre mis manos temblorosas por el festín que iba a darme con semejante manjar.

Ante el contacto de mis manos, él gimió y su cabeza clamó al firmamento oscuro. Acerqué mis labios a ella y con la lengua di una suave pasada, para familiarizarme con el sabor. Y me gustó, sabía muy bien. Acerqué los labios más y besé la punta de su miembro para dejar que poco a poco entrase en mi boca. Él gimió y yo jadeé. Me excitaba saber que yo también le afectaba. Dejé que su polla inundara mi boca y me penetrara. Él agarró mi melena y enredó sus fuertes manos en ella, deshaciendo el nudo y dejándolo libre. Su mano dirigía mi cabeza con instrucciones silenciosas. Me gustaba, me excitaba y necesitaba más, así que liberé una de mis manos para agarrar su culo prieto y duro, y atraerlo más hacia mí. Necesitaba devorarlo entero. Escuchaba sus gemidos y me complacían, estaba disfrutando mucho y él también. Mis movimientos se aceleraron y de repente él me detuvo, con brusquedad.

Sin soltarme del pelo me obligó a levantarme, sabía que tendría que molestarme, pero estaba tan excitada que no me importaba, me gustaba ese sentimiento de sumisión.

—No tan aprisa, preciosa. Ahora, voy a follarte como nunca antes lo han hecho.

Un escalofrío me recorrió por la expectación y el deseo inflamado de mi

cuerpo que necesitaba urgentemente apagar, dejándome sin palabras. Me alzó en vilo y mis piernas se enredaron en sus caderas. De nuevo estaba atrapada por la pared y sus musculosos brazos y no me importaba. Su cuerpo era la puerta hacia la liberación de toda la lujuria que me consumía.

De nuevo, me pareció ver brillar las llamas del infierno en lo más profundo de sus oscuros ojos. Su mano rasgó mis bragas sin que me percatase y me penetró con fuerza, sin delicadeza, con brusquedad. Sus movimientos rápidos, duros y seguros me llenaban, me enloquecían.

—¿Disfrutas? —me preguntó al odio.

—Sí, no pares. Fóllame —supliqué.

—No pienso parar —jadeó.

Nuestros cuerpos se fundieron en uno solo, se dejaron llevar por una danza que solo ambos conocíamos, me gustaba sentirle dentro, podía notar como la tensión se acumulaba en mi estómago para liberarse.

—¿Estas a punto de correrte? —preguntó.

—Sí —susurré desesperada.

—Todavía, no —sentenció mientras sacaba su polla de mi interior y me dejaba hambrienta y helada.

Sin poder reaccionar, me había dado la vuelta y me penetraba desde atrás, sus movimientos de nuevo se hicieron acelerados, salvajes. Sus embestidas llenaban todo mi cuerpo y no estaba segura de poder resistir tanta pasión.

—¿Te gusta cómo te follo?

—Sí, no pares, por favor —gemí.

La súplica le excitó más, agarró de nuevo mi larga melena entre sus dedos y tiró de mi cabeza hacia atrás, haciendo que mi cuerpo se arquease y que el placer me llegase más adentro. El temblor de nuevo surgió, supe que en breve el tan ansiado clímax libraría a mi cuerpo de toda la pasión contenida, liberándome y dejándome saciada y vacía a la vez. Temblaba, lo sentía y justo cuando iba a correrme, me dio un cachete sonoro. ¿Debía doler? Quizás, pero en ese instante había sido revelador, liberador y placentero. Tras el cachete, el orgasmo llegó arrasándome. Sus gemidos se unieron a los míos lo que hizo enardecer mi cuerpo. Las sacudidas se sucedían al igual que el mar cuando trata de calmarse tras una tormenta, arrastrándolo todo hacia la orilla y aguas más tranquilas. Abrí los ojos y pude ver que alguien nos observaba tras la puerta. Solo un instante, un cruce de miradas, pero sabía que esa persona estaba masturbándose mientras nos miraba. De nuevo, supe que debía gritar, asustarme, indignarme, sin embargo,

eso hizo crecer el deseo y hacer que mi orgasmo fuese más intenso y dilatado. Cuando las sacudidas se calmaron me incorporé, él seguía fusionado a mí, sus brazos fuertes me apresaron dejando mi espalda hundida a su pecho caliente y sudoroso.

—Ha sido un verdadero placer devorarte —susurró.

Cerré los ojos, para grabar ese momento en la memoria. Al abrirlos, me sentí fría y vacía, y advertí que el misterioso hombre había desaparecido engullido por la noche. Se había ido de mi vida tan misteriosamente como había aparecido. Supe que nunca volvería a ser igual con ningún otro, pues estaba segura de que había besado la boca del Diablo.

Biografía de Ana E. Moreno.

Nací en 1989 en Málaga. Lectora a tiempo completo, devoro todo tipo de género con predilección por la fantasía y erótica. Administradora y reseñadora del blog literario ***Bonito aunque desafinado***. Después de muchos años recolectando historias ésta es mi primera aventura al otro lado.

CAUTIVA DEL PLACER, de Ana E. Moreno

ME desperté al sentir sus dedos recorriendo mi espalda. Quiero resistirme esta vez. Su aroma invade mis sentidos y me embriaga, sus dedos me erizan la piel a su paso. Siento sus penetrantes ojos clavados en mí e intento con todas mis fuerzas resistirme a mirarlo. Sé que cuando lo haga no habrá vuelta atrás. Sus ojos, negros, rasgados y profundos, peligrosos, me hechizan dejándome desvalida y a su voluntad. Cada noche viene a mi encuentro, lo toma todo de mí, se alimenta de mi placer.

Solía pensar que sólo eran sueños pero cada vez es más real, noche tras noche espero el momento en el que regrese a por mí y durante el día sólo puedo anhelarlo. Su aroma perdura en mi cuerpo, su contacto deja un calor abrasador en mi piel.

Estoy volviéndome loca.

Sus dedos avanzan suavemente por la curva de mi espalda hasta llegar a mi nuca y vuelve a descender esta vez haciendo más presión y arrancándome un gemido. Al llegar a la cintura me agarra con fuerza y me gira para que le haga frente. Aprieto con fuerza los ojos aferrándome a mis últimos resquicios de voluntad.

Entonces acerca su boca a la mía y lame lentamente mis labios para después morderme con fuerza. Ahogo un grito y abro los ojos bruscamente para encontrarme con los suyos que me observan altivos.

Es tan hermoso...

A veces me deja vislumbrar algo de su verdadero ser; de su espalda, amplia y fuerte, se despliegan oscuras alas, en su boca afilados colmillos y sus ojos se

vuelven del color del ámbar. Los ojos del íncubo.

Coge mi cara entre sus manos y posee mi boca. Su lengua busca la mía frenética, exigente; la mía responde con desesperación, y agarro su cuello, ansiosa, alargando más el beso. Lo deseo. Lo deseo con todas mis fuerzas, con cada poro de mi piel. Pierdo todo atisbo de control y me dejo llevar. Acaricio su rostro, sus facciones duras, dibujándolo en mi mente.

Siento su mano descender por mi cuello y mi hombro, hasta mi espalda, me acerca aún más a él agotando cualquier espacio entre los dos. Siento su torso desnudo, rudo y ardiente, sobre mis pechos. Ni siquiera soy consciente de en qué momento me ha deshecho de mi ropa. Araña mi espalda bajando hasta mis nalgas que agarra con posesión.

—No puedes huir de mí —dice pegado a mi boca—. Me perteneces.

Su voz es ronca, fiera y sensual; me enloquece, y el sentido de sus palabras me abruma.

Me aparta de sí para dejarme tumbada en la cama totalmente expuesta y a su merced. Comienza la tortura de sus besos y su lengua descendiendo desde mi boca sin dejar un solo rincón sin probar. Sólo puedo escuchar mi respiración desenfundada pidiendo más y más de su contacto. Su lengua recorre mis pechos provocándome descargas de placer. Me enloquece, no tengo control sobre mi mente, ni sobre mi cuerpo, soy sólo... sensaciones. Sigue bajando por mi torso muy lentamente, perturbándome, hasta detenerse en mi pubis donde pasea su lengua alargando mi tortura. Me quejo y casi puedo oír su sonrisa. Adora enloquecerme. Él tiene el control. Siempre tiene el control.

Por fin retoma su camino llegando a mi sexo, ardiente y húmedo, deseoso de su roce.

Abro más las piernas y levanto mis caderas suplicante, mientras él pasea su lengua por toda mi hendidura, de arriba a abajo, una y otra vez. Grito de puro placer. Mientras una de sus manos agarra mi muslo con firmeza la otra juguetea con la entrada de mi vagina.

Coge mi clítoris entre sus dientes y tirando de él lentamente, el calor invade todo mi cuerpo mientras me saborea con deleite haciéndome perder el juicio.

Jadeo de manera descontrolada, quiero tocarlo pero no me deja. Para él sólo existe mi placer. De nuevo sube hasta mi boca poseyéndola de manera demencial.

Levanta mis manos por encima de mi cabeza inmovilizándome sin dejar de mirarme, me atrapa en la profundidad de sus ojos y sé que soy toda suya.

Instintivamente lo rodeo con mis piernas y arqueo mi espalda para atraerlo más, deseando tenerlo dentro de mí.

Me mira febril y puedo ver las llamas amarillas en sus ojos negros; una oleada de algo entre el miedo y la excitación recorre mi columna.

Lentamente introduce su pene en mi interior, echo hacia atrás la cabeza disfrutando la sensación y me aferro con fuerza a sus brazos queriendo retenerlo dentro de mí. Se mueve a un ritmo lento, muy lento, y mi cuerpo tiembla pidiendo más. Sube el ritmo de sus embestidas, cada vez más y más rápidas, y me deshago entre sus manos. Se detiene y sale de mi cuerpo bruscamente, lo miro con desesperación; no puede dejarme.

Me da la vuelta agarrándome por las caderas, antes de poder reaccionar vuelve a penetrarme de manera salvaje, primitiva, asíéndome firmemente por el pelo. Un rugido gutural sale de su interior avivando aún más mi deseo, me sujeto a las sábanas para aguantar el ritmo desenfrenado de sus acometidas, sin poder reprimir los gritos que rasgan mi garganta.

Se separa de mi cuerpo incorporándose para quedar de rodillas, vuelve a darme la vuelta y me alza con él aferrándose fuerte por las caderas marcándome el ritmo. Devora mi boca apasionadamente, dejando todo su sabor en mis labios. Araño su espalda mientras llego a un orgasmo que me sacude de placer.

Me deja caer sobre la cama exhausta y saciada. Cierro los ojos mientras mi respiración vuelve a la normalidad, disfrutando la sensación de plenitud.

Cuando vuelvo a abrir los ojos ya no está. Volverá. Siempre vuelve.

Biografía de Chloe Santana.

Es una joven de veintidós años, devoradora incansable de libros y escritora por devoción. Estudiante de derecho, el amor por los libros siempre ha sido una constante vital en su vida.

En Abril de 2014 publicó el primer libro de la trilogía de suspense erótico “**Atracción letal**” con Editorial Casas. Ha participado en una Antología Romántica titulada “**Ocho corazones y un san Valentín**”, disponible en nuevaeditoradigital.com de manera gratuita. Además, ha autopublicado “**La confidente**”, un libro cuyos beneficios íntegros están destinados a la lucha contra el alzhéimer.

Si quieres saber más de la autora, puedes encontrarla en:

Facebook: chloe santana

Twitter: @chloesantana_

Blog: www.enterradeletras.blogspot.com.es (en el que puedes descargar dos relatos románticos totalmente gratuitos)

CARICIAS ARÁBIGAS, de Chloe Santana

LOUIS esbozó una mueca de fastidio al percibir el leve tintineo de su lámpara de araña. Segundos después, la entonación musical comenzó a crecer, hasta que el minúsculo apartamento se imbuyó de aquel ritmo sensual. La música de procedencia árabe llenaba todo el ambiente, y el eco se colaba por las cañerías del cuarto de baño.

Era la cuarta vez en una semana que aquella mujer encendía el equipo de música a altas horas de la madrugada. Su nueva vecina no tenía respeto hacia la convivencia vecinal, y él, que era una persona distante y pacífica, se veía en la obligación de darle un toque de atención. Exacerbado, subió las escaleras y se colocó frente a la puerta de su apartamento.

La mujer apenas llevaba viviendo una semana en el edificio, pero con su extraña manera de comportarse por las noches había trastocado la tranquilidad de su vida, dedicada a pintar paisajes hasta que el cansancio se apoderaba de sus músculos. Evidentemente, era imposible dedicarse al arte del paisajismo cuando su irritante vecina utilizaba aquella música tan molesta.

Se armó de valor, hinchó el pecho y se desprendió de aquella inquietud que lo sofocaba con premeditación cuando debía hacer frente a una situación incómoda. Esta sin duda lo era.

Apretó los nudillos y golpeó contra la madera de la puerta. De inmediato, notó como alguien lo observaba desde detrás. Le resultó extraño, porque parecía que la persona lo estuviera esperando.

La puerta se abrió con un débil quejido, y la mujer más sensual del mundo apareció ante sus ojos. Llevaba una bata de color verde con transparencias e incrustaciones de piedras plateadas. Iba descalza, y sus ojos estaban delineados con khol. Eran unos ojos verdes, rasgados y que miraban fijamente. Los ojos de

una loba hambrienta. Su cuerpo moreno y exuberante se adivinaba bajo las transparencias, y sus pechos llenos se definían a la perfección. Los pezones, grandes y duros, apuntaban hacia él.

De repente perdió la razón, y se olvidó de lo que había ido a hacer allí.

—Lo he molestado —le dijo la mujer, con una voz rasgada.

No era una disculpa. Tan sólo un hecho.

—Sí... yo... quería pedirle que bajara el volumen de la música.

Ella entrecerró los ojos y lo observó en una pose estudiada.

—Pasa —lo invitó, echándose a un lado.

Louis dudó.

Ella rodeó su brazo con los dedos y tiró de él hacia dentro. El pequeño apartamento estaba decorado con pesados cortinajes de damasco, almohadones en el suelo y lentejuelas por todas partes. Era asfixiante y exótico.

—Tan sólo quería....

—Sshhh —ella lo interrumpió llevándose un dedo a los labios.

Luego hizo algo que lo dejó sin aliento. Se llevó el dedo a la boca y lo lamió provocadoramente, excitándolo en la entrepierna.

—¿Quieres algo de beber?

No lo dejó contestar. Se perdió dentro de lo que debía ser la cocina, y regresó portando una bandeja con dos vasos de humeante líquido oscuro. Se sentó sobre un cojín y dejó la bandeja en una mesita baja. Él se sentó a su lado y observó el brebaje con recelo.

—Es un simple té de canela —lo informó.

Más tranquilo al ver que ella bebía, se llevó el contenido a los labios. El sabor dulzón no lo desagradó, ni tampoco el hecho de que ella deslizara la mano por su entrepierna y comenzara a masajearla.

—¿Qué estás...? —preguntó entre dientes. Cerró los ojos y fue incapaz de dejarse llevar.

—Creo que es evidente —ronroneó ella contra la piel de su cuello.

Louis no sabía si era cosa de la bebida, el ambiente de esa casa o la música que impregnaba las paredes, pero aquella mujer le parecía el ser más sensual y extraordinario del mundo.

Ella se sentó a horcajas sobre él, se bajó el vestido y le mostró los pechos sin ningún pudor. Louis los agarró en un deje primitivo, enloqueciéndose al percibir la respuesta de su vecina. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—Dime quién eres —le rogó.

—Hoy soy Sherezade. La reina de tu cuerpo durante una noche.

Sherezade deslizó sus dedos a través del pecho de Louis. Lo arañó superficialmente y mordió la carne de su cuello, hasta que le arrancó un grito. Entonces, se subió la falda del vestido y le desabrochó la cremallera del pantalón, liberando su miembro erecto.

Louis se perdió en sus caderas y la mujer se hundió lentamente en su erección. Penetrada por completo, comenzó a moverse en un vaivén hechizante. Ambos gemían sin pudor alguno.

Las manos de él vagaban por los pechos de Sherezade, amasándolos y pellizcando sus rosados pezones. Antes de que pudiera llegar al éxtasis, la mujer se incorporó, dejándolo boquiabierto.

—Toma mi sexo —le pidió sin ambages.

Dispuesto a complacerla, le arrancó el vestido y la acarició desde los tobillos hasta los torneados músculos. Abrió sus piernas y enterró su boca en el sexo de Sherezade, lamiendo su hendidura como un lobo hambriento.

La mujer se retorcía de placer bajo los envites de su lengua, y Louis apresuró el ritmo, llevándola a un lugar sin retorno cuando ella arqueó las caderas y hundió sus manos en el pelo. Se dejó ir exhalando un suspiro, echó los brazos hacia atrás y abrió las piernas con una sonrisa traviesa.

Louis no lo dudó, se agarró el miembro y la penetró en un solo movimiento. Ella lo rodeó con las piernas y arqueó las caderas a su encuentro, pidiéndole más.

—Oh... sí... Louis —gimió.

—¿Cómo...sabes mi nombre? —logró decir.

Ella se aferró a sus antebrazos y lo miró a los ojos, poseída por el deseo.

—Sé tantas cosas de ti...

Louis aceleró el ritmo, poseído por una pasión salvaje que jamás había sentido. Embistió dentro de su cuerpo y se aferró a sus caderas, poseyéndola como un semental.

—Louis...Louis...Louis.

El susurro de su nombre lo volvió loco. Jadeante. Poseído.

—Dilo otra vez —le rogó.

—Louis... —ella clavó las uñas en su espalda—. Louis...

—¡Sherezade! —respondió con urgencia, perdiéndose dentro de su cuerpo.

Poseído por el espíritu de la pasión salvaje, la atrajo hacia sí y la besó con ardor, succionándole y mordándole los labios, obligándola a abrirlos y haciendo

el beso más carnal y posesivo. Sus lenguas danzaron en un encuentro explosivo.

Él se agarró a sus caderas, se hundió nuevamente y comenzó un movimiento frenético y sin retorno. Cuando ya no pudo más, se derramó dentro de ella y se quedó totalmente quieto, hasta que la llevó al éxtasis más absoluto.

Terminaron desparramados sobre los almohadones. Sherezade tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Louis y acariciaba su abdomen con las yemas de los dedos. Louis fue incapaz de decir nada hasta que la respiración le volvió a la normalidad, entonces, la obligó a apartarse y la cogió con delicadeza de los hombros, mirándola a la cara.

—¿De verdad te llamas Sherezade? —le preguntó.

Ella se ríe.

—Me llamó María. Parecía apropiado para la situación.

Repentinamente, lo empujó contra el suelo y se subió a horcajadas encima suyo, moviendo sus caderas sobre el miembro en un vaivén insinuante que le rozaba el miembro. Louis ahogo un suspiro, dispuesto a conocer la verdad.

—¿Cómo sabías mi nombre?

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo pone en los buzones comunitarios.

Él se sintió estúpido.

—Todo esto era premeditado —la acusó.

Ella se hundió en su erección, se mordió el labio y comenzó a moverse.

—Intenté llamar tu atención en varias ocasiones, pero no me echabas cuenta. Incluso he necesitado cuatro veces para que acudieras a mi encuentro —lo acusó a su vez ella.

Louis se perdió en el brillo fiero de sus ojos verdes. Esta vez, dejó escapar un suspiro al notar como ella le arañaba el pecho y le besaba la garganta.

—Habría venido antes de haberlo sabido, Sherezade —le confesó.

—María.

—¿Y mañana, quién serás? —le preguntó.

Desde luego, él pensaba repetir aquel encuentro.

—Mañana, querido, te toca a ti.

.. O NO, de Anastasia

UNA sola noche. Ese es el acuerdo. Una noche para decidir su futuro. Encontrarse, beberse, llenarse el uno del otro, disfrutar lo que tantas veces han hablado, han imaginado juntos o por separado. Comprobar que la magia existe, que es real y no un sueño. Demostrarse que lo que se han dicho, lo que se inspiran, no son solo palabras, y a partir de ahí, de lo que ocurra entre sus pieles, optar por no verse más o por arriesgarse a iniciar algo más profundo y definitivo. Son ya muchos meses alimentando la ansiedad, demasiados para una relación iniciada en un foro de internet. Nunca han experimentado lo que hoy se llama sexo cibernético, nunca han jugado a acariciarse con sus propias manos mirando al otro hacer lo mismo en la pantalla del ordenador. Jamás han practicado el tan común sexo telefónico, ninguno de ellos es dado a ese tipo de fantasías. Sólo una vez se vieron por *skype*. María lo recuerda con una sonrisa mientras conduce hacia su encuentro.

A ella le daba muchísima vergüenza mostrarse ante una *cam*. De hecho ni siquiera sabía que su portátil llevaba una incorporada. Aunque habían intercambiado fotografías eso no era lo mismo... ¡ni mucho menos! De modo que durante varias semanas se negó a mostrar su rostro en vivo y en directo. No obstante, con el transcurrir de los días y los cambios que iba experimentando su relación, llegó un momento en que ya no podía negarle nada. Si realmente se sentía su sumisa, no debía discutir su voluntad y acabó accediendo. Al fin y al cabo, siendo sincera, lo estaba deseando. Su sumisa. Aún no era capaz de articular esa palabra sin bajar el tono de voz, como hacemos de niños cuando usamos un vocablo prohibido. Desde que era una cría había tenido fantasías de sumisión pero nunca compartió ese secreto con nadie, ni siquiera con sus mejores amigas. En la era de la igualdad de sexos, ella soñando con que un

hombre la sometiera. Debía estar mal de la cabeza, pensaba para sí indefectiblemente siempre después de masturbarse imaginando escenas en las que un hombre fuerte y tierno la sometía y la castigaba, para después premiarla con el más intenso placer.

Hasta que entró en aquel foro donde empezó a conversar con otras personas que sentían de la misma forma, que fantaseaban con las mismas imágenes que ella y algunos incluso las llevaban a cabo. Empezó a informarse y averiguó que eso tenía un nombre, BDSM eran sus siglas, Bondage, Dominación, Sumisión, Sadomasoquismo, y leyó, leyó mucho y conversó mucho más, y preguntó y conoció y de repente un día apareció él y se hizo con ella...

«Y aquí estamos, camino de ese hotel para encontrarme con mi Amo. Mi Amo. Me gusta esa palabra, me gusta decírselo muy flojito cuando me llama para darme las buenas noches y me gusta cuando responde con su voz profunda, mi perra. Sí, demasiados meses para una distancia geográfica tan corta. Trescientos kilómetros no son tantos, pero por unas cosas o por otras se ha ido postergando el encuentro hasta este momento, y hoy por fin voy a verle, a tocarle, a olerle».

A la hora establecida un beso cargado de emoción en el hall de un céntrico hotel. Una mirada, una caricia en la mejilla y no hace falta más. La explosión de los sentidos se produce, incontrolable, incontinente, arrastrándolos con la fuerza que desprenden las necesidades que surgen del alma, de lo más profundo del ser humano, de sus deseos más oscuros y recónditos.

Sin palabras, dos manos unidas caminando hacia lo que debía haber ocurrido en otro momento, en otro lugar, en otras circunstancias. No importa, sólo importa que estén juntos. Aquí y ahora, en el ascensor que les llevará al placer, a la perversión, a la lujuria, al morbo, a sus secretos compartidos.

Llevan horas jugando. La ha azotado, la ha obligado a correrse una y otra vez sin darle descanso. Sus manos, sus dedos, han invadido sus entrañas y la han llevado al cielo. María está agotada, sus ojos brillantes, su cuerpo dolorido, los labios hinchados de deseo, sus pezones erguidos. Dos cintas elásticas en las manos de él. «Te prometí que lo haría, pequeña... y lo prometido es deuda». Empieza a envolver el pezón derecho con una de ellas. Una vuelta, otra vuelta. A cada giro aprieta un poco más. Cinco vueltas, la respiración de la perra se agita. Sigue girando sin dejar de mirarla a los ojos, grabando cada expresión de ella en sus retinas. La mirada de ella clavada en la de quien considera su Dueño, buscando su satisfacción, su excitación. Diez vueltas, empieza a doler. Un

gemido que es acallado con un beso lascivo, escapa de su garganta.

—¿Sigo, pequeña?

—Sigue, mi Amo.

Más vueltas, más presión. Ocho vueltas, el dolor ya parece insoportable, pero sabe que aún no ha llegado dónde quería y eso es lo importante, que llegue donde desee. Diez vueltas, una lágrima, una sola corre por sus mejillas. Él la atrapa con su lengua y la bebe. Sonríe, la besa ahora dulcemente y repite la operación con el otro pezón. Nuevamente el dolor, nuevamente el suave quejido, nuevamente los besos y las miradas, empapándose ambos de cada instante. Finalizado el engomado, sus manos empiezan a recorrer el cuerpo de la mujer. Manos rudas, manos suaves, manos fuertes, manos que castigan y acarician, manos que en este instante sólo buscan hacerla sentir, transmitirle, piel con piel, lo mucho que la desea. Le explica al oído lo que sucederá, de qué formas la va a poseer y como la hará gritar de placer. De qué manera la va a usar, qué hará con su boca, como disfrutará de ella, de su cuerpo, de su mente y de su voluntad de servir. Mientras tanto, su mano se desliza de nuevo hasta el coño de María. Empapado. Un suspiro. Saca la lengua, se lame los labios mientras los dedos de él empiezan a trabajar su clítoris, lo presionan, hacen círculos, rápido, fuerte, lo pellizcan. Su dedo pulgar permanece acariciando ese punto mientras otros dedos invaden su intimidad, entran en su sexo, exploran, buscan, llegan al punto G, un brinco de la mujer acompaña ese gesto, momento que él aprovecha para morder suavemente el pezón derecho, el más sensible. Un grito de placer invade el espacio y sus sentidos. Acelera el ritmo, su mano se la folla fuerte, muy fuerte y duro, muy duro. Sin piedad, mientras mordisquea los pezones de uno a otro. Dolor, placer. La obliga a tumbarse en la cama, las piernas abiertas para él. Su mano más adentro, cada vez más adentro, entera, hasta casi la muñeca. Sus dedos bailando en su interior, la otra mano pellizcando la punta de los pezones. El cuerpo de ella saltando sobre la cama, tanta es la tensión...

—¡¡Me voy a morir, Diosss!! —grita ella.

—Disfrútalo mi niña —susurra. Le mira a los ojos, sabe que es el momento, las convulsiones previas al orgasmo se apoderan de su cuerpo. La mano acelera el ritmo y con la otra suelta una de las gomas. No hay tiempo que perder, deshace las diez vueltas rápidamente. Ella grita, gime, suspira, babea, suplica.

—Por favor, mi Amo, permiso para correrme.

—Aún no, perra, queda otra goma.

Deshace el segundo nudo, despacio, permitiendo que disfrute de cada

instante, quita las últimas cinco vueltas de golpe. Un grito incontenible de dolor y gozo.

—¡¡Ahora!!

—¡¡Sí!! —Y se corre en un orgasmo bestial eyaculando y orinándose de placer sobre la mano de su Amo.

Deja que se recupere mientras la acaricia suavemente. Sus dedos recorriendo el cuerpo de ella, buscando los puntos más sensibles. Empieza por la nuca y desciende suavemente por la espalda, deteniendo el ritmo en los costados y la cintura. El silencio de la habitación sólo se rompe con su gemido constante, sus suspiros cada vez más intensos y rápidos disfrutando de la tortura a la que está siendo sometida. Sigue descendiendo, caderas, muslos, nalgas, ni un centímetro de su piel escapa al tacto de esos dedos. Continúa bajando por los muslos, busca la cara interna, los alrededores de su ano... «No, mi niña. Ahora no, paciencia». Sigue su trayecto, las rodillas, pantorrillas, sus pies... «¡Madre mía, mis pies son zonas erógenas!» piensa María mientras sonrío y su vagina empieza a humedecerse de nuevo.

De repente él se detiene, la obliga a girarse, ahora boca arriba y vuelve a iniciar el recorrido ahora partiendo de los hombros. Desciende por sus pechos pero no se acerca a los pezones. Ella ronronea de gusto y se mueve traviesa buscando ese contacto, pero él se lo niega. Están erectos, lo llaman a gritos apuntándole desafiantes y tiene que contenerse para no dirigir su boca hacia ellos, envolverlos con su lengua. Pero no. Quiere que lo desee más que ninguna otra cosa, que disfrute de la tensión que le está provocando: eso hará que el placer posterior sea muchísimo más intenso. Es eso lo que quiere darle, una noche que no olvide jamás, y hará lo que sea necesario para conseguirlo.

Finalmente cesan las caricias y la mira fijamente a los ojos.

—Si no uso tu boca, voy a estallar. Dame placer, perra —le dice en un susurro mientras la coge del cabello y la obliga a incorporarse. La conduce hasta su miembro duro, enorme, mientras ella se relame ansiosa—. No juegues. Directa al grano. Quiero sentirte, necesito estar dentro de ti.

María hace caso omiso a las instrucciones y empieza a lamer muy suavemente el prepucio, decidida a devolverle la tortura sufrida. Su lengua recorre despacio la piel tersa y brillante, haciendo círculos mientras desciende poco a poco, introduciéndola de vez en cuando en el orificio y recogiendo el líquido seminal que empieza a fluir. Sus gemidos le indican que va bien. Bueno, de hecho siempre ha ido bien, para qué negarlo. Es una experta lamedora o, al

menos, eso le han dicho en varias ocasiones. Le aburre soberanamente que le coman el coño, pero puede pasarse horas lamiendo una buena polla y más aún ésta, la de su Amo, gorda y grande, como a ella le gustan. Seguro que quien dijo que el tamaño no importa la tenía pequeña, piensa con ironía mientras sigue comiendo con fruición aquel inacabable miembro. Empieza a descender. La hostia, sí que es inacabable, es imposible tragarlo entero. Se dice, pero él se da cuenta y empuja su cabeza suavemente.

—Sigue bajando, no te detengas. Quiero oír tus arcadas. ¿No te han dicho nunca que si no hay arcada no hay mamada? Pues aplícate el cuento, bonita, y esfuérzate.

Oh, oh, esto comienza a dejar de ser divertido, pero por otro lado su coño está cada vez más mojado. ¿Qué demonios está ocurriendo por ahí abajo?

—Deja de pensar y chupa, perra. Quiero que la pongas aún más dura pero procura que no me corra, porque pretendo follarte inmediatamente.

Ese tono imperativo, la presión en su nuca, saber que está dándole placer con su boca, la está poniendo muy cachonda. Necesita tocarse pero sabe que no puede hacerlo sin permiso, no le queda otra que seguir chupando hasta que él decida follársela de una vez, pero que no tarde, por favor.

La arcada es continua; los testículos, la barbilla, las tetas, la cama, están empapados con sus babas y él sigue presionando. Cuando cree que no puede aguantar un segundo más, la lleva del pelo hacia arriba y la besa lascivo, posesivo, lo que le da fuerza para volver abajo y seguir chupando. Ya no sabe si quiere que termine o prefiere seguir así horas, días, toda su vida amorrada a aquél tótem. Pero finalmente él no puede más, con un rápido movimiento saca la polla de su boca y la tumba boca arriba, coge sus tobillos, abre sus piernas mirándola a los ojos y, sin decir una sola palabra, la penetra de un golpe hasta el fondo. Empieza a bombear mientras con los dedos acaricia su clítoris. Lo presiona, lo estira y en pocos minutos la lleva al orgasmo más intenso de su vida.

Ya más despacio continúa taladrándola cogido a sus tobillos, besando sus pies, manejando sus piernas, arrodillado entre éstas. Ella le observa atenta entre envite y envite, se siente tan suya que se asusta. Ella que nunca antes había disfrutado el sexo convencional, corriéndose como una perra en celo ante ese armario de hombre, fuerte y tosco, rudo y sensible, que, sin saber cómo, la ha convertido en una diosa. En su diosa y su perra, en su mujer y su sumisa, en su puta y su esclava. Oleadas de convulsiones, preámbulo de un nuevo orgasmo, borran cualquier pensamiento de su mente, cualquiera que no sea correrse de

nuevo para y por él, y es justo en el momento en que llega, cuando escucha un gruñido y siente como su semen invade sus entrañas mientras en un susurro repite su nombre. «Mi cachorra. Mi puta».

Instantes más tarde, desmoronada en sus brazos, relajada, feliz, disfrutando de su olor, de su voz y de sus suaves caricias, María no puede evitar pensar que aún quedan varias horas para que amanezca... y sonrío en la certeza de que ésa no será la única noche, pero sin duda sí será la más especial.

Biografía de Dama.

NACÍ el 26 de Septiembre de 1977, en Lasarte, un pueblecito de San Sebastián. Por motivos laborales de mi madre emigré hasta Guadahortuna, Granada. Donde viví hasta los diecinueve años, momento en el cual viajé a la capital para estudiar una carrera universitaria. Ya no regresé. Me casé y tuve dos hijos. Armilla es ahora la localidad donde vivo. Mi aventura literaria comenzó desde la infancia. Donde plasmaba entre papeles un mundo diferente al que vivía. Con el tiempo lo abandoné, dedicándome plenamente a mi vida familiar. Sin embargo, un día quise retomarlo y dar por fin una respuesta a si merecía la pena aquella idea que latía en mi mente sin parar. Creé ***Laberinto de Engaños***, una novela llena de suspense y erotismo. He colaborado con antologías solidarias; desde relatos de asesinatos como infantiles. Algunos de mis escritos fueron seleccionados para aparecer en las diversas publicaciones que ha realizado Diversidad Literaria. Soy juez en el concurso de relatos eróticos de El Club de las Escritoras; participo en ***Historias Perversas de Demonios***; subí a Amazon ***Passionata***, una antología de tres relatos eróticos; estoy a punto de publicar ***Ven a mí***, mi segunda novela; y por ahora, finalizo toda esta locura con este proyecto, pero seguro que seguiré sin parar, porque cuando una persona tiene un sueño y se siente respaldado, lucha cada vez con más fuerza.

¡MÍA!, de Dama Beltrán

—¡EH, tú! ¡Sal y da la cara! —grito frente a la puerta de Mario.

Hoy, después de salir con mis amigas y tomar unas copas de más. Decidí recriminar la actuación del capullo de mi ex novio. Me había pedido un *tiempo* para reconsiderar lo nuestro, pero pasados tres meses desde que nos dimos ese plazo... ¿qué narices había ya entre los dos?

—¡Quieres abrir de una puñetera vez! —Sigo insistiendo y golpeo reiteradas veces la puerta con mis puños.

—¡Shhh! —me hace silenciar una voz conocida—. No está aquí, ha salido.

—Buenas noches, Ber —susurro a la vez que apoyo mis palmas sobre la pared para no caerme.

—Buenas noches, Emma. ¿Qué quieres? —me mira sorprendido.

—¿Tú qué crees? —La palma no se aferra a la pared tal como hubiera deseado y comienzo a deslizarme hacia el suelo. De repente Bernardo salta hacia mí y me coge de la cintura para que no consiga llegar hasta el suelo.

—Él no está. Ha salido con sus amigos —contesta pegando su boca a mi oído.

—¿Sabes si tardará mucho? —Intento apartarme de su amarre pero los zapatos de tacón no me ayudan a mantener el equilibrio, así que desisto y dejo que sea él quien me levante.

—No soy la niñera de nadie. —Sus ojos se dirigen hacia mi escote que ahora ya ha dejado de ser sutil.

—¡Imbécil! ¡Es un imbécil! —vuelvo a gritar—. ¿Por qué narices ha decidido que lo nuestro necesita tiempo? O va bien, o va mal...

—Estás muy borracha, Emma. —Me apoya en la pared del pasillo y se queda en la puerta. Tal como veo la situación no parece que me vaya a dejar entrar.

—¿Tú darías un tiempo de reflexión a una mujer como yo? —Intento, torpemente, llevar las manos hacia mi propio cuerpo para darle a entender que soy una mujer deliciosa.

—No soy yo quien debe responderte a esa pregunta —dice con voz aguda y estrangulada. Parece que mi presencia lo ha alterado más de lo que me imaginaba.

—Ya, pero... ¿qué harías? —Clavo mis ojos en él intentado averiguar qué le está sucediendo y la razón de su extraña actitud.

—Si esperas una respuesta a eso, no la vas a tener. Así que abandona de inmediato esta conversación. Hoy estás demasiado borracha para pensar con coherencia. —Ladea levemente la cabeza y entrecierra los ojos.

—Tienes razón. No necesito a un hombre como ese para satisfacer mi borracho cuerpo. Me marchó, siento si te he molestado. —Me giro sobre mis torpes tacones e intento alejarme, pero los brazos de Bernardo amarrando mi cintura me hacen parar—. ¿Qué haces?

—¿Qué es lo que has dicho? —me inquiera mientras sigue aferrado a mí.

—Que voy a buscar a otro hombre que me dé placer esta...

No me deja terminar la frase. Sus labios apresan los míos y me sucumbe a un baile tan apasionado como sorprendente. Su lengua recorre cada rincón de mi boca hasta que consigue hallar la mía para hacerla danzar. De repente, siento un pequeño dolor en mi labio inferior. Me está mordiendo con... ¿rabia? Quizás sea eso, sin embargo, mi cuerpo se acerca más al suyo para sentir qué es lo que está pasando. A pesar de tener los ojos cerrados, puedo adivinar la expresión de su cara; unas pequeñas arrugas en su frente, signo de inquietud. Sus ojos oscuros abiertos para contemplarme, y sus alveolos abiertos para poder tomar el oxígeno que necesita su cuerpo para mantenerse vivo. Se me escapa un gemido. Tal vez sea una respuesta al placer que siento al ser invadida de esa forma tan arrebatadora, o quizás sea la excitación que me ha producido sentir su hinchado sexo sobre mis caderas. Por fin consigo abrir los ojos y me derrito al ver esa excitación plasmada en su rostro. Las mejillas están bañadas en un bonito color rojo, sus ojos llameantes se clavan en los míos. Sí, quiero lo que me va a dar.

—Estás loca —musita a la vez que siento una de sus manos recorrer mi sutil escote.

—Ajá —respondo con media sonrisa.

—Y me estas volviendo loco a mí también. —Esa palma se para justo en el bulto que hace mi sujetador donde esconde el pecho derecho, en el que un duro y

punzante pezón deseando ser acariciado.

—¿Qué vas a hacer al respecto, Ber? —pregunto entre jadeos al sentir sus dedos apresando mi pequeño botón erecto.

—Poseerte —responde tajante.

Mi corazón comienza a latir a un ritmo imparable. Puedo ver cómo mi pecho se alza por la fuerza de ese pequeño órgano que bombea sin cesar. Abro mi boca al mismo tiempo que siento cómo la excitación comienza a aparecer entre mis piernas. Efectivamente, lo deseo. Sus dedos siguen presionando mi pezón, cada vez más fuerte, con más rabia. La mano libre recoge las mías y las coloca en la pared por encima de mi cabeza. Me tiene atrapada, sexualmente excitada para él. Tras mirarme unos segundos, baja su boca hacia mi canalillo y empieza a lamerlo. Como si fuera un caramelo, como si estuviese saboreando un helado en cualquier día de calor intenso. Tras inspirar y chupar a su antojo, regresa su mirada hacia mí.

—Todo un manjar para devorar. Me vuelve loco tan solo pensar que voy a degustar esa excitación que llega hasta mi nariz, porque te huelo. Huelo la lujuria que se ha despertado entre tus piernas, entre tu ardiente sexo. — Abandona el pezón y arrastra la mano por mi cuerpo hasta el límite de mi falda. Justo donde deja de ser tela para convertirse en piel.

Me toca suavemente, quiere hacerme esperar ese descontrol que será sentir sus dedos cerca de mi ardiente sexo. Intento mantener mi cordura, pero no lo consigo. Lo miro con picardía y vuelve a invadir mi boca. Me gusta cómo me besa, cómo me hace suya, cómo me envuelve en deseo. Por fin noto sus dedos acercarse a mi húmeda lencería. Sigo pegada en la pared, sigue besando mis labios y mis manos continúan aferradas a su mano izquierda. Abro lentamente las piernas. Dejándole pasar, dando libertad a sus movimientos. No me hace esperar, cosa que me reconforta. Siento cómo acaricia mi sexo con la palma de la mano por encima de mi escueta lencería. Quiero que me la aparte y que mi piel toque la suya, deseo que me haga volar y me lleve a una tórrida locura. Sin embargo, no parece que quiera hacerlo con prisas.

—Restriégate en mi mano, Emma. Quiero percibir en mi palma el calor de tu deseo —balbucea.

Lo hago. Inicio un baile sobre su dorso y puedo adivinar que, a pesar de tener una fina tela que nos separa, mi humedad lo impregna. Continúo mis movimientos, cada vez son más rápidos, más intensos, más primitivos. De pronto, una oleada de placer comienza a invadir mi cuerpo. Estoy llegando a un

orgasmo increíble con tan solo frotar mi clítoris sobre él. Gimo, grito, aúllo en su oído al llegar al clímax. Mis mejillas están sonrojadas, mis pezones están cada vez más duros y mis labios se muerden una y otra vez debido al gozo al que he sido sometida. Bernardo me mira satisfecho y me vuelve a besar con la misma intensidad que las veces anteriores. De repente siento frío entre mis piernas. Ha apartado su mano. «¿Dónde está?» Me pregunto sin interrumpir ese ardiente beso. La respuesta no se hace esperar. La tiene cerca de nuestros rostros. Aparta sus labios de los míos y coloca su mano entre ambos. Sonríe. Sí, sonrío perverso cuando ve que en ella se encuentra restos de mi orgasmo. Se los lleva hacia la boca y los lame con su lengua. Me hace enloquecer. Me hace perder el juicio ver cómo atrapa mi esencia y la devora.

—Deliciosa. Tal como me lo esperaba. —Saborea una y otra vez la mano hasta dejarla limpia—. ¡Ven aquí! —Agarra con fuerza mis manos y me hace pasar hacia su hogar.

No soy capaz de balbucear ni una sola palabra. Pero él ya ha cerrado la puerta y me tiene otra vez pegada a la pared del pasillo. Su mano vuelve a mi sexo, sin embargo esta vez es más lujuriosa. Aparta la prenda hacia un lado y antes de poder jadear, me introduce dos dedos de golpe. Me vuelve a besar. Ardiente y posesivo a la vez. Sus dedos comienzan a bombear mi interior, me está enloqueciendo. De repente, mi clítoris es sacudido con fuerza, ya participan tres dedos en este juego erótico. Jadeo, grito, aúllo en su boca cuando siento el orgasmo en mi interior.

—Me encanta. Si supieras la de veces que te he imaginado así —me susurra mientras recorre con su sinhueso mi cuello. Sigue moviendo sus dedos dentro de mí, y siento cómo mis piernas comienzan a flaquear. Necesito apoyarme en algo, de lo contrario, caeré.

Escucho algo, un pequeño click apenas perceptible. No me había dado cuenta que mis manos estaban libres y su mano había bajado hasta su cremallera. Efectivamente, estoy perdida en este juego erótico. Miro hacia abajo y apenas puedo ver qué está haciendo, su cuerpo está pegado al mío y mi escueta falda arrugada hace un pliegue en su cintura. Pero no hace falta ver para saber qué pretende. Con las rodillas abre un poco más mis piernas y hace que me resbale hacia el suelo, pero no caigo. Me tiene sujeta. Su gran erección está presentándose a mi humedad, mi calidez, mi ardiente sexo lo reclama con palpitations. No se hace esperar. Lo introduce con fuerza. Grito ante la embestida. A pesar de estar mojada, es tan enorme que mi sexo ha sentido un

desgarro. Como si fuese mi primera vez, como si hubiese roto mi himen de nuevo. Una vez dentro, agarra mis piernas con fuerza y las atrapa en su cintura.

—Atrápame, Emma. Deja que te posea tal como he soñado hacerlo desde el momento que clavé mis ojos en ti —comenta a la vez que empieza a bombear su sexo dentro de mí.

Llevo mis manos a su cuello. Quiero estar segura de sentir cada enviste, cada penetración, cada látigo de placer. Lleva su boca a la mía. Me muerde, me lame, me devora. Su rostro empieza a brillar por el sudor y un magnífico aroma a sexo comienza a rodearnos. Clavo mis uñas en su espalda. Necesito más, mucho más.

—No te puedes imaginar la de veces que me he masturbado pensando en ti —balbucea al mismo tiempo que me enviste con más fuerza, con más pasión. Me derrito, me estoy derritiendo escuchando su revelación. Me encanta ser el objeto de deseo de alguien y sobre todo de él—. ¿Me escuchas, Emma? —pregunta para saber qué pienso. Pero no puedo pensar, tan solo quiero disfrutar.

—Hazme tuya —musito entre pequeños jadeos.

—¡Sí! —grita eufórico y mueve sus caderas con ritmos más cortos y fuertes—. ¡Mía!

No soy capaz de controlar. Siento cómo mi jugo impregna más y más su sexo. Lo quiero así, dentro de mí, dándome todo el placer que necesito. Lo miro, me mira. Me besa, acepto el beso y con espasmos en nuestros cuerpos, llegamos al orgasmo. Grita, jadea, aúlla de placer cuando su apéndice empieza a escupir el semen dentro de mi cuerpo. Le contesto con los mismos gemidos y clavando aún más mis uñas en su espalda. Sí, me gusta, me encanta cómo me ha llevado a la locura. Cómo nuestros cuerpos se han hecho uno tan solo para sentir un apoteósico placer sexual. No quiero retirarme de allí. Noto mi clítoris palpitar con fuerza. Todavía pide más.

—Emma... —susurra a la vez que coloca mis pies en el suelo y atrapa con sus manos mi rostro—. Eres única.

—Ajá —contesto sin aliento.

—Y mía... —me besa de nuevo, pega su cuerpo contra el mío y baja la mano derecha para tocar mi sexo. Su lefa va impregnando mis muslos, recorre mi piel sin pedir permiso. Él la atrapa con su palma, la expande por toda la pierna y retira su boca para musitar—. Solo mía...

Biografía de D.W. Nichols

D.W. Nichols y Alaine Scott son los seudónimos con los que publica Marta Bolet. Nacida en Barcelona (aunque ha vivido toda su vida en Vilanova i la Geltrú), a orillas del Mediterráneo, cuna de una gran variedad de mitologías, no es extraño que ya desde muy pequeña imaginara historias llenas de fantasía, héroes implacables y heroínas valientes. Ávida lectora, no tardó mucho en empezar a ponerlas en papel y a soñar que quizá, algún día, conseguiría escribir algo que valiera la pena.

Navegó por muchos géneros hasta encontrar aquel que más la define: la romántica erótica.

Hoy en día tiene publicadas varias novelas y ha participado en diversas antologías, además de tener bastantes relatos diseminados por la red. Con su segundo seudónimo, Alaine Scott, ha iniciado la publicación de una serie erótica de corte fantástico cuya primera entrega, "*La esclava Kisha*", ha sido publicada en la colección Sensual Collection, de manos de la agencia literaria Letras Propias.

También es la editora y jefa de redacción de la revista La Cuna de Eros, dedicada exclusivamente a la literatura romántica y erótica, y que se distribuye gratuitamente a través de internet.

Puedes encontrar todas sus novelas en Amazon, bajo el sello Colección LCDE, y en esta página web <http://revistalacunadeeros.wix.com/coleccionlcde>

ENLACES

Blog: <http://dwnichols.blogspot.com.es>

Página web: <http://dwhnichols.wix.com/dwnicholsautora>

Facebook: <https://www.facebook.com/dwhnichols>

HISTORIAS DE VAMPIROS: ISAAC, de D.W. Nichols

A ISAAC le gustaban las discotecas. Para él eran como un circuito cerrado de carne sudorosa, cuerpos semidesnudos y corazones palpitantes, todos moviéndose al unísono de un lado a otro, cimbreado juntos en las pistas de baile, exhalando sexo clandestino en los rincones oscuros. Para un habitante de la noche como él, joven según los cánones vampíricos, las discotecas eran como el Paraíso.

—Me encanta venir contigo a estos sitios solo para ver cómo te brillan los ojos —le dijo Logan con una sonrisa burlona mientras le daba una palmada en la espalda que se transformó en un leve empujón para que siguiera caminando. Isaac se había quedado quieto como una estatua en la entrada.

—¿Y cómo me brillan? —preguntó mientras empezaba a buscar a la que sería la afortunada de aquella noche.

—Igual que a un vagabundo al que le ofrecen un buffet libre. —Isaac se rio por lo bajo.

—Un buffet lleno de manjares selectos —replicó riéndose, y no pensaba precisamente en la sangre cuando su mirada se fue detrás de una rubia que llevaba una falda tan mini, que casi podía confundirse con un cinturón. La prenda se había subido por encima de los muslos, pero la chica no se había dado cuenta y estaba mostrando al mundo las maravillas del encaje y la lencería íntima. Isaac se relamió cuando su aroma llegó hasta él, y se le erizó el vello de la nuca. La sangre de esta mujer tendría un sabor exquisito—. Creo que ya tengo a mi donante.

—Pues no pierdas el tiempo, que la noche es corta.

Isaac asintió y se alejó de Logan, su padre de sangre, el vampiro que lo había transformado. Caminó entre la muchedumbre sin perder de vista a la mujer. Era alta, y tenía unas piernas largas y bonitas. ¿Metro ochenta? Perfecto para su metro noventa. Se miró en uno de los muchos espejos que decoraban las paredes del lugar y le gustó lo que vio. Era guapo, con facciones masculinas y angulosas, pero no duras. Sus ojos verdes le devolvieron la mirada y sonrió, mostrando los perfectos dientes blancos. Vestía con unos pantalones vaqueros y una camiseta negra de manga corta que dejaba ver los musculosos brazos llenos de tatuajes. Se los había hecho antes de convertirse en vampiro, hacía treinta años, cuando éstos aún no estaban de moda y sólo los llevaban la gente de mala vida y los presidiarios, y ahora lo ayudaban a conseguir que las mujeres se tiraran a sus brazos. No es que su aspecto tuviera mucha importancia, ya que siendo vampiro la fascinación estaba asegurada y siempre conseguía a las presas que se proponía cazar, pero a veces le gustaba jugar limpio, sin utilizar los poderes que vinieron con la transformación: era más divertido.

Siguió a la rubia por todo el local hasta que se detuvo y se sentó al lado de una mujer morena en uno de los sofás semicirculares que estaban diseminados alrededor de la pista de baile. Empezaron a hablar. La rubia parecía enfadada y la morena intentaba tranquilizarla. Isaac pensó en agudizar el oído para saber de qué hablaban, pero la verdad era que no le importaba. Daba igual su estado de ánimo: pronto iban a estar felices. Ambas, si tenía suerte. De repente la rubia se levantó e intentó irse. La morena la cogió por el brazo y pretendió detenerla, pero la otra se la sacudió de encima.

—¡Muy bien!—gritó la morena, enfadada—. ¡Vuelve con él! ¡Sé su felpudo! ¡Pero arréglate la falda, que vas enseñando las bragas!—Y se volvió a sentar.

«Adiós a la rubia», pensó Isaac, pero la morena tampoco estaba nada mal. Aspiró el aire, ensanchando las fosas nasales, y le llegó su aroma, dulce y delicioso.

—Pareces muy enfadada con tu amiga. —Se sentó a su lado, de espaldas a la multitud que bailaba desenfrenada para que nadie pudiera ver lo que iba a ocurrir allí; no demasiado cerca para que no lo interpretara como una agresión a su espacio personal, pero sí lo suficiente como para que sus rodillas se rozasen—. Me llamo Isaac —se presentó con una sonrisa. Ella se giró.

—Carla —contestó—. Y sí, mi amiga es idiota. Está con un tío que le pone los cuernos cada dos por tres. Se enfada con él, discuten, pero acaba volviendo. —Negó con la cabeza—. No se quiere a sí misma.

—Es una pena, pero nada de lo que digas la hará reaccionar. —Ella lo miró seria, pero los ojos le brillaron con apreciación ante su aspecto. Isaac amplió la sonrisa, y desvió la mirada hacia sus labios. Se relamió los suyos, despacio, sensual, indicándole con este gesto qué podría hacerle en aquellas partes de su cuerpo que empezaban a palpar de lujuria—. Espero que tú no tengas pareja —le susurró, acercándose un poco.

—¿Por qué? —susurró, perdida en el influjo del vampiro.

—Porque me decepcionaría mucho —musitó con los labios ya tan cerca de su oído, que ella pudo notar el roce del aire exhalado.

—No tengo novio.

—Perfecto.

—¿Por qué?

Isaac se rio muy suave antes de contestar con otra pregunta.

—¿De veras tengo que explicártelo?

—Ajá...

El vampiro volvió a reírse, consciente esta vez que ella lo estaba provocando.

—Porque quiero tocarte allí donde sólo los más afortunados han conseguido poner sus manos. Quiero que mi lengua se pierda en la profundidad de tu boca, y que tu piel se erice cuando entre en contacto con la mía. Quiero que arrastres tus uñas por mi espalda mientras me suplicas por más. Pero, sobre todo, quiero sentir el latido de tu sexo envolviendo el mío mientras llegas al orgasmo. ¿Te parecen buenas razones?

—Perfectas —contestó ella, remedando su anterior respuesta.

—Bien.

Isaac puso la mano sobre la rodilla de Carla. Llevaba un vestido azul muy corto, con un escote recto y tirantes muy finos. Deslizó la mano por el muslo y Carla dejó ir un suspiro entrecortado.

—¿Qué haces? —El aliento quedó suspendido en el aire entre ellos.

—Desearte.

Acercó los labios al cuello de ella, y dejó un reguero de besos desde el lóbulo de la oreja hasta el hombro. Eran como aleteos de colibrí, pequeños y rápidos, pero intensos. Carla se estremeció y cerró las manos agarrándose con fuerza al asiento del sofá. Isaac cogió el tirante con los dientes y lo arrastró muy despacio hasta que cayó, deslizándose por el antebrazo.

—Van a verme...

—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—A un lugar donde no nos verá nadie.

Isaac levantó la cabeza y la miró a los ojos. Sabía que ella no se negaría: el influjo del vampiro había cumplido su cometido y estaba completamente hechizada. Carla le cogió la mano y lo siguió, obediente, hasta una esquina apartada y oscura. Había más parejas allí, perdidos en sus propios momentos de pasión.

Isaac la empujó con delicadeza hasta que tuvo la espalda contra la pared. La aplastó con su cuerpo mientras las manos se perdían bajo la falda y la acarició por encima de las bragas. Estaba mojada. Carla tembló y lo agarró por el cuello, guiándolo hacia su boca, apoderándose de ella, besándolo con desesperación. Debajo el vestido, los pechos subían y bajaban con agitación por culpa de su aliento entrecortado; y los pezones, duros como diamantes, se rozaban y casi clavaban contra el torso de Isaac, que le devolvió el beso poseyéndola con su lengua, explorando con avidez el interior de su boca. Su aroma le llegaba como en un sueño, y le gritaba llamándolo. Quería morderla, alimentarse de ella ya, pero tenía que esperar: su sangre no sería totalmente satisfactoria hasta estar al borde del orgasmo.

Rompió el beso y la miró a los ojos. Con una mano le arrancó las bragas, que se deslizaron por la pierna hasta quedar olvidadas alrededor del tobillo, y ella ahogó un grito de excitación mordiéndose los labios. Con la otra, se apoderó de un pecho por encima de la ropa, pero no era suficiente. Tiró del vestido hasta que sus pechos quedaron libres.

Chupó un pezón con avidez. Lo mordió con suavidad y lo golpeó con la lengua. Carla echó la cabeza hacia atrás, apoyándola contra la pared, agarrándose de los hombros de Isaac para no caer el suelo. Sus piernas temblaban, y el aire parecía faltarle. Su sexo palpitaba, y le dolía. Necesitaba algo, pero en su confusión momentánea no entendía bien qué, pero sabía que solo Isaac podría dárselo.

—Por favor...

Isaac le puso la mano entre las piernas y empezó a acariciarla. Estaba mojada, suave, sedosa. Tenía el pubis completamente afeitado, y al vampiro se le hizo la boca agua al pensar en ponerla allí, y lamerla hasta que gritara. No se lo pensó, y se arrodilló a sus pies, levantándole la falda.

Con la primera lamida, Carla tembló de pies a cabeza. Se hubiera caído si Isaac no la tuviera bien agarrada por la cintura. Cuando ella se apoyó en sus

hombros, deslizó las manos y le separó las piernas empujando suavemente con los hombros. Le abrió los labios vaginales con los dedos y empezó a chupar y lamer, golpeando el clítoris con la lengua, jugando con ella sin piedad mientras Carla gemía, jadeaba y se desesperaba.

Con los labios empapados de los jugos de Carla, Isaac se levantó y la miró a los ojos. Ella tenía la mirada vidriosa y perdida, y respiraba con tanta agitación que parecía que hubiese estado corriendo un maratón. Se apoderó de nuevo de su boca, besándola con fiereza, y Carla supo qué sabor tenía su propia pasión. Se aferró a sus anchos hombros mientras le rodeaba la cintura con una pierna, y buscaba con desesperación los botones del pantalón para abrir la bragueta y liberar el premio que allí se escondía. Isaac rio por lo bajo, divertido con su impaciencia, pero en lugar de ayudarla la agarró por las nalgas y se frotó contra ella.

Por fin, Carla consiguió liberarle la polla y exclamó un gritito de alegría. Lo acarició con las manos, maravillándose con su tamaño y dureza. Parecía seda sobre metal, y estaba ansiosa por tenerlo en su interior.

—Condón —consiguió murmurar.

—Ahora mismo —contestó Isaac, jadeante. No lo necesitaba, por supuesto. Como vampiro que era, ni podía concebir, ni transmitir o contagiarse de ninguna enfermedad, pero en esta época pocas eran las mujeres tan estúpidas como para acceder a tener sexo sin protección, así que siempre iba bien surtido en el bolsillo trasero de su pantalón.

Sacó un envoltorio y lo rompió, poniéndoselo con rapidez. No había pensado en tener sexo aquella noche. No lo precisaba para alimentarse, pues la única que tenía que estar al borde del orgasmo para que la alimentación fuera totalmente satisfactoria, era su presa. Pero Carla lo había cautivado a su manera, y ahora tenía la necesidad de sentirla rodeando su polla mientras la embestía con fuerza y la mordía en el cuello.

La penetró de una estocada y ella gritó. Por un instante pensó que le había hecho daño, pero cuando ella lo agarró por las nalgas, obligándolo a seguir, se dio cuenta que había sido un grito de satisfacción y alegría.

Empujó entre sus piernas con decisión mientras la mantenía aplastada contra la pared. El latido del corazón era claro en el cuello, palpitando y llamándolo. Abrió la boca y los colmillos asomaron, ansiosos, mientras seguía embistiéndola.

Mordió con ganas, con un hambre que no le había parecido tanta cuando llegó. Sorbió, y el sabor de la sangre resbaló por su garganta. Era dulce, espesa,

acaramelada. Sintió que la vida le llenaba las venas como si él fuese invierno y llegara la primavera, mientras Carla alcanzaba el orgasmo y gritaba en su oído.

Hubiera seguido bebiendo, pero se obligó a detenerse. No podían matar, iba contra sus leyes, y el castigo por incumplir esta era demasiado alto como para arriesgarse. Apartó los dientes del cuello y lamió la herida. Carla se había quedado laxa, casi inconsciente, como siempre ocurría cuando un vampiro se alimentaba de un humano. La sujetó contra su cuerpo con una mano para evitar que cayera al suelo, y se abrochó los pantalones con la otra.

Ahora debería dejarla en alguno de los sofás, abandonada. Ya había servido a sus necesidades y no tenía por qué preocuparse por ella, pero un pequeño encogimiento en su corazón le indicó que si lo hacía, se pasaría la noche inquieto.

Resopló, contrariado consigo mismo. Logan no tenía problemas con eso: se alimentaba, y dejaba a la víctima sin pensar más en ella. Pero Logan hacía muchos siglos que vivía así, y él era demasiado joven aún como para dejar de lado la conciencia. La discoteca estaba llena de borrachos, y Carla estaba indefensa... y sin bragas. Podría pasarle cualquier cosa, sobre todo si algún cabrón desaprensivo decidía aprovecharse de ella.

Suspiró, resignado. Quizá llegaría el día que sería capaz de hacer lo mismo que Logan, pero hoy por hoy no podía. La cogió en brazos y volvió al sofá donde la había conocido. La puso con delicadeza y se sentó a su lado, esperando. Tardaría un par de horas en volver en sí, y allí estaría él, vigilando que no le pasara nada. Cuando abriera los ojos y lo mirara, ni siquiera lo reconocería: esa era la maldición del vampiro. El olvido formaba tanta parte de su vida como la noche y la sangre. Sus víctimas nunca recordaban al vampiro que los había mordido. De la noche, a Carla solo le quedaría la sensación de haber bebido demasiado y el vago recuerdo de alguien a quien no podría poner rostro, que le había dado el orgasmo más intenso de su vida.

A Isaac le quedaría el sabor dulce en su boca durante unas horas, o días, hasta que volviera a alimentarse y el gusto de la nueva presa ocupara su lugar. Pero a él no le preocupaba en absoluto. Era joven, y aún no lo había asaltado esa melancolía que a veces sacudía a los de su raza más viejos: la necesidad de tener a su lado a alguien a quien amar, y ser amados. ¡Menuda estupidez! Tenía la eternidad por delante. ¿Por qué iba a preocuparse por algo así?

Hora y media más tarde, Carla empezó a despertar. Ni siquiera el ruidoso ambiente que la rodeaba la había perturbado. Parpadeó, confusa, y miró a Isaac.

—¿Nos conocemos? —le preguntó. Isaac sonrió mientras se levantaba.

—En absoluto. Buenas noches —se despidió.

Abandonó la discoteca caminando pausadamente. Cuando salió al exterior respiró profundamente, se puso las manos en los bolsillos y se relamió los labios. La noche lo engulló hasta hacerlo desaparecer, igual que había desaparecido de la memoria de Carla.

Biografía Encarni Arcoya

Encarni Arcoya nació el primer día de marzo de 1981 y una de sus grandes pasiones ha sido siempre escribir. Es autora de varios cuentos, relatos y novelas, pero hasta hace poco tiempo no los dio a conocer, y hoy en día tiene varias obras publicadas a través de Amazon. Ha colaborado con varios relatos en los libros ***150 rosas***, ***Porciones del Alma*** y ***152 rosas blancas***, así como en varias revistas y antologías. También ha recibido varios premios en relatos eróticos y cuentos. Actualmente tiene autopublicadas varias novelas y algunos proyectos que verán la luz muy pronto en varias editoriales. Puedes encontrarla en <http://encarniarcoya.com>

<http://kaylaleiz.com>

TRAVESURA EN EL PROBADOR, de Encarni Arcoya

—¿QUÉ tal ahí? —señaló con su mano una de las tiendas abiertas del centro comercial al que habían ido buscando ropa para ambos.

—¿Para ti o para mí? —preguntó él mirando con recelo el escaparate decorado con prendas de sport demasiado coloridas para su gusto. Ni siquiera le gustaba ese tipo, más tradicional en su vestimenta.

—Podemos mirar, seguro que hay. —Tiró ella para que se moviera.

Él sonrió por imitación a la sonrisa que iluminaba el rostro de su pareja. Era extraño que un gesto así pudiera removerle todo su corazón y su cuerpo. Había pasado mucho tiempo con sonrisas, con caricias, con relaciones a todas horas y, a sus años, podía darse cuenta que la mirada de su novia era lo mejor de la vida. Ella era pura vida. Una campanilla de emociones que lo sobrecogía y sorprendía con sus acciones y palabras.

Dio varios pasos hasta entrar en la tienda y que ella se pusiera a su altura atisbando en busca de aquello que esperaban encontrar.

—Allí parece que hay ropa de hombre.

—¿Y si preguntamos y así no perdemos tiempo? —sugirió él, poco paciente para ir de compras. Ella lo miró haciendo un puchero.

—Lo divertido de las compras es buscar uno mismo y encontrar cosas especiales —le respondió—. Si preguntas solo ves aquello que pides, pero te pierdes lo demás.

—Bueno, bueno. Tú misma —accedió él.

Ella suspiró. No le gustaba nada cuando le decía esas cosas pues pensaba que lo enfadaba y disfrutaba menos de la salida.

Empezaron a pasearse por la tienda echando un vistazo a ambos lados. A veces ella se paraba y cogía alguna prenda pero la dejaba a los pocos segundos y seguía adelante. No era de comprar demasiado y tampoco le gustaba cualquier ropa.

Cuando llegaron a la sección de caballero él arrugó la nariz ante lo que veía. Solo había de sport, demasiado moderna, nada que pudiera llamarle la atención. Sabía que no era una buena elección.

—Allí. —Dirigió su mirada hacia un lugar algo más apartado donde se podían ver camisas, pantalones y trajes de corte clásico. Al final iba a llevar razón y tenían su estilo, pero que hubiera algo que le gustara en ese sitio estaba por ver.

Se acercaron mirando cada uno de los trajes que había, los pantalones, de varios colores, todos ellos elegantes, y las camisas que conjuntaban con otros elementos. Pero ninguna de ellas llegaba a llamarles la atención, a captar sus miradas. A punto estaban de dejarlo cuando él se separó un poco más y cogió unos pantalones de color marrón con un corte tradicional. Se fijó en el precio y se giró hacia ella.

—¿Esto es lo que valen? —Ella cogió la etiqueta y miró lo que marcaban. Estaban rebajados y en liquidación, por eso es que, en la percha donde estaban esos, solo había unos cuantos modelos más, seguramente para deshacerse de ellos porque no eran modelos que se vendieran en la tienda.

—Eso parece. ¿Son como los que buscabas?

—Sí, si hay talla... —contestó él mirando entonces la de todos los pantalones que quedaban.

—Parece que solo quedan éstos —le indicó ella revisando cada uno para encontrar otros iguales en tamaño.

No había muchos donde elegir pero esos destacaban bastante, los otros eran en un gris perla. Ese marrón tenía algo que lo diferenciaba del resto.

—¿Te los pruebas?

—¿Hay probadores? —Ella se echó a reír. ¿Una tienda sin probadores? Sí, podía ocurrir, pero ya casi todas las tiendas disponían de uno al menos.

—Voy a preguntar dónde están porque no los he visto.

Lo dejó un momento a solas mientras iba en busca de un dependiente que le indicara dónde poder probarse las prendas. Aprovechó él entonces para ver alguna camisa que pudiera conjuntarle a esos pantalones y no fuera demasiado cara. Cogió un par y, cuando ella volvió y le indicó el camino hacia los

probadores que necesitaban en ese momento, la siguió.

Unos metros después estaban dentro de un habitáculo lo bastante grande para los dos y al parecer vacío pues no había allí ningún trabajador ni gente que tuviera que probarse nada, sobre todo porque era la hora del almuerzo y no la de ir de tiendas. Tampoco parecía que tuviera cámaras desde donde controlaran a los clientes cuando se probaban algo.

—¿Las camisas? —preguntó ella mirándolas por primera vez. No se había percatado de ellas.

—¿Cuál crees que le va mejor a los pantalones? —Se quedó pensativa observando cada una de ellas, colocándolas al lado de la prenda que era única para finalmente decidirse por la de color ocre, más clara y más a juego.

—¿Vas a probártelo todo?

—Sí, ¿por qué? —preguntó inocente. Un brillo travieso atravesó los ojos de ella.

—Porque será mejor que te pruebes todo el conjunto al mismo tiempo, ¿no crees? Así, si la camisa no queda bien, puedes probarte la otra —contestó ella dándole una explicación convincente aunque, quien la conociera, sabía que había algo más.

Él arrugó el ceño. Algo tramaba esa cabecita pero no quería pensar tan mal de ella. Menos en el sitio en que estaba ya que no solía hacer nada fuera de lugar en un espacio público. Empezó quitándose los pantalones y cediéndoselos a su chica para que los colgara en la percha. Pidió los otros pero ella negó y empezó a desabotonarle los botones de la camisa que llevaba hasta que el último de ellos se abrió y deslizó la camisa acariciándole los hombros y llevándola hasta los puños de las muñecas.

—Espera, hay que desabrocharla —murmuró él moviéndose un poco para ocuparse solo.

Ella empujó con fuerza hacia delante para encerrarlo entre el espejo del probador y ella y chasqueó con la lengua en gesto negativo.

—La camisa está bien donde está, y tú vas a ser bueno ahora, ¿verdad? —susurró mordiéndose el labio inferior, dejando que viera que ahora quien dominaba era ella—. Recuerda dónde estamos, amor...

Empezó a acariciarle con las manos su pecho cubierto por un fino vello que entrelazaba entre sus dedos para tirar de él de vez en cuando. Notaba las contracciones del vientre de él y cómo esa parte suya iba inflamándose poco a poco ante lo que estaban haciendo, dónde estaban haciéndolo. Corrían un gran

peligro ambos pero no parecía importarle a ella.

Tras sus dedos, las uñas tomaron el relevo deslizándose por su piel, marcándola como de su propiedad, salvando sus pezones, éstos alejados en un primer momento de sus atenciones, aunque no por mucho tiempo. Se acercó a ellos y besó con ternura mientras él contenía la respiración, mitad asustado, mitad sorprendido, por el movimiento de ella.

Levantó la vista para mirarlo con una sonrisa pícara en sus labios y ojos. Estaba disfrutando como la niña que era en su interior. Y lo peor es que conocía esa mirada demasiado bien, ahí no se quedaba la cosa.

Percibió la mano de ella subir por el muslo derecho hasta rozar a través de la ropa interior sus genitales y de ahí su miembro, caliente en ese momento, y algo necesitado de esa mano furtiva que ahora solo se satisfacía recorriendo esa parte de su cuerpo, pero sin quedarse más tiempo del necesario en ningún lugar en particular.

Se presionó sobre su cuerpo y puso de puntillas para alcanzar su objetivo. Ambos se fundieron en un beso duradero que dio paso a la mezcla de sus labios, a la combinación de sus lenguas juguetonas en la boca de cada uno. No había vencedor ni vencido, solo un deseo que nacía y se filtraba a través de los cuerpos haciendo innecesaria la ropa en ese momento.

Gimió incontroladamente apartándose del beso para sentir con mayor intensidad cómo ella le había apretado el pezón izquierdo con el pulgar y el índice, frotándolo entre los dos dedos para que la fricción fuera mayor. Intentó apartarla pero en cuanto movió los brazos la presión fue mayor y tuvo que apretar los dientes para evitar gritar. Cogía la indirecta.

Ella premió su respuesta aflojando el agarre pero sin soltarlo del todo, al contrario, la otra mano se animó a jugar con el otro pezón dibujando con la uña su contorno, presionando la misma sobre él y dejándole una marca antes de apretar y comenzar un juego simultáneo en ambos salientes. Apretar, disminuir, tirar, empujar, hacer círculos..., Se deleitaba con cada uno de los movimientos y las respuestas que obtenía de él en ese momento, sus caderas inquietas, su masculinidad buscando la atención que ella no le estaba dando en ese momento.

Apartó una mano del pezón, el primero que había cogido, hinchado por las atenciones recibidas, y la llevó a su cabeza de la que apartó una pinza con la que se recogía el pelo. La acercó al pecho y pasó por él hasta soltarla en el mismo lugar que antes había presionado con sus dedos. Gruñó ante el nuevo estímulo pero tuvo que reprimirse al ver que esa mano, ahora libre, bajaba por su vientre

introduciéndose, furtiva, entre sus calzoncillos, para acariciar una zona que le daba la bienvenida de buena gana.

Su otra mano siguió presionando en su pecho mientras ésta se cerraba sobre su miembro y, con los dedos, recogía la humedad que se filtraba de él para lubricarse y poder iniciar un baile que sabía iba a proporcionarle mucho placer.

—Cariño... —susurró él—. Nos van a pillar.

—No si tú no haces nada malo.

Volvió a sus quehaceres y empezó a mover hacia delante y hacia atrás su mano provocándole una serie de descargas que hacía que sus caderas reaccionasen con ello y la siguieran con ímpetu, con ganas.

Se acercó al pecho y lamió la punta del pezón que tenía cogido por los dedos para darle un pequeño mordisco antes de surcar el espacio que le separaba del otro, y coger con la boca la pinza para apretarla, primero, y tirar de ella, de segundas.

Él cerró los ojos, sus genitales contrayéndose ante las sensaciones que recibía y cómo el dolor, cada vez que ella lo tocaba de esa manera tan sensual, se volvía puro y simple placer que lo llevaban directamente hasta el paraíso de los dioses, hasta poder obtener el ansiado tesoro para su cuerpo.

—Ni se te ocurra —avisó ella disminuyendo la intensidad para impedirle que pudiera alcanzar tan deseable estado.

—Por favor, por favor, ahora no —suplicó él—. Sigue, cariño, no te pares.

Esa sonrisa que tanto amaba se ensanchó y pudo ver el disfrute en la mirada de ella. Pocas eran las ocasiones en que tomaba el control pero, cuando se dejaba llevar, era capaz de hacerle gozar a niveles insospechados, cada vez más y mejor. Adoraba ver el rostro de ella en esos momentos, la verdadera esencia de la felicidad en sí misma. Sus mejillas sonrojadas, su cuerpo caliente y excitado por lo que hacía con él, los ojos llenos de fogosidad y pasión en su estado más puro. Y era solo para él.

Sintió cubrir todos sus genitales con la mano y apretar poniéndolo en tensión. Si apretaba un poco más... Jugeteaba con ellos dándole suaves golpecitos que llegaban a su miembro y lo incentivaban aún más pero al mismo tiempo la tensión por estar en esa zona lo tenía pendiente de un hilo.

Sus ojos se dilataron al ver cómo ella se relamía los labios y no fue consciente de que se inclinaba para ser él quien los lamiera, quien probara ese manjar que era ella y que ahora quería desesperadamente, igual que el éxtasis que le negaba en esos momentos.

Lejos de apartarse, dejó que él la consumiera, que se deleitara con ese beso que también ella necesitaba y ansiaba. Volvió a acelerar el ritmo en su miembro y a hacer círculos en su pezón cada vez más intensos, cambiando el ritmo de vez en cuando. La respiración se aceleraba, el beso se entrecortaba hasta que solo quedaron unidos por la frente, ambos respirando el aire del otro. Apretó con fuerza el pezón en los últimos segundos dejando que las estocadas fueran más largas y fuertes, rápidas y constantes, hasta que cubrió con su mano el glande y éste expulsó el anhelo interno de él, su simiente desbordándose y derramándose en ella.

—Bicho... —susurró él agotado. La risita de ella hizo que sonriera.

—Siéntate, anda —le dijo apartando la mano con cuidado de no mancharle más y yendo hacia su bolso en busca de algunas toallitas.

Se ocupó de limpiarse antes de volverse y ayudarlo a quitar la camisa y a dejarla colgada en la percha, al lado de sus pantalones. Después se afanó en dejarlo todo lo mejor que podía y le pasó la camisa que habían ido a probar a ese lugar para que se la pusiera.

No le quedaba nada mal y, en conjunto con los pantalones marrones, hacía que tuviera un aspecto muy elegante. Además, por un precio bastante asequible —y una anécdota que recordarían toda la vida cuando se pusiera alguna de esas prendas—.

—Voy a pagar esto mientras te vistes, ¿vale? —le dijo recogiendo la ropa nueva una vez él se la quitó.

—Vale. Déjame descansar un poco —pidió él exhausto después de lo que le había hecho—. Te lo juro, cuando llegue a casa me vengaré de ti.

—Mejor fuera, ¿o prefieres que busque algo más para probarte y así nos quedamos un ratito más? —inquirió ella ante esa venganza que él quería prepararle.

Él la miró con cara de sorpresa. No lo decía en serio, ¿verdad? Una parte de su cuerpo protestó ante su negativa y rio por dentro. Esa criatura suya iba a hacer de su vida la más interesante y feliz de todas.

Biografía Erika Fuentes.

ERIKA FUENTES nace en Bilbao donde vive hasta 2002, año en el que cambia su residencia a Lanzarote donde sigue viviendo en la actualidad. Publica "Lo que los alisos te cuentan" en 2014 con editorial universo y resulta finalista en el segundo certamen de relatos breves de Playa Blanca con "El diario de A". Se embarca ahora en esta aventura literaria de la mano de Dama Beltrán, atreviéndose a participar con su primera aproximación al género erótico.

LO QUE TRAE LA MAREA, De Erika

Fuentes

LA tarde quedó más apacible de lo que había imaginado, y el masaje que las olas hacían en mis pies estaba logrando sacudirme de encima las malas sensaciones que me venían persiguiendo estos días pasados. Fue una fantástica idea la de escaparme a esa cala escondida, en la que poder buscarme a mí misma entre los reflejos del agua del mar, y verme al fin como soy, tan bella. El sol, que tan inclemente había estado azotando durante todo el día, estaba ahora jugando al escondite tras la imponente silueta rocosa del acantilado que se levantaba a la derecha. Sabiéndome sola, decidí desnudarme completamente para dejarme acariciar por el agua salada. Doblé cuidadosamente el pareo en una roca grande que descansaba a mi espalda, tras lo cual, con un solo movimiento de mi mano en la espalda, liberé mis pechos de las tiras del bikini que me ataban como sogas al cuello sin dejarme respirar. Alcé las manos al viento, recibéndolo y dejándome acariciar por él e inmediatamente mis pezones respondieron endureciéndose, apuntando hacia el horizonte donde no había nadie que pudiera observarme, aunque en cierto modo me estaba exhibiendo ante todos los seres del planeta, libre y orgullosa. En último lugar, deslicé hacia mis tobillos la braguita del bikini y sin pensarlo demasiado me lancé al mar de cabeza. Jugué a ser niña de nuevo, buceando, haciendo volteretas hacia delante y hacia atrás y nadando a lo rana con las piernas bien abiertas, dejando que lengüetazos de mar me lamieran en los lugares más insospechados, haciéndome sentir extrañamente excitada. Era como hacer el amor con la inmensidad del océano, o conmigo misma, no importándome nada más en ese momento que mi propio placer. Aunque estaba prácticamente segura de que no había nadie cuando llegué a esa

cala singular, en la que nunca antes había reparado, sentía como si alguien estuviera observando desde las rocas y de repente me gustó la idea de que una mirada extraña se paseara por mi piel, por el hueco de mis clavículas, por la redondez de mis caderas, por el guiño que le hacía mi ombligo...

No quería que se fuera del todo el sol antes de que hubiese salido del mar, así que muy a mi pesar, dejé tranquilo a mi amante líquido y salí de nuevo a la superficie buscando el calor de las rocas. En el lugar en el que había dejado mi ropa, tan solo quedaba el pareo y la parte de arriba del bikini y supuse que al lanzarme al agua debí de haber arrastrado conmigo la minúscula braguita. No me importo, de hecho, me reconfortaba mi desnudez y me hacía sentirme parte de la tierra, fundirme con ella. Me coloqué el pareo de forma holgada sobre las caderas y caminé con cuidado sobre las rocas hasta alcanzar la arena que me esperaba en el interior de la cala. Mientras andaba, la sedosa tela jugaba con mis piernas, cubriéndolas y destapándolas a cada paso y me sentía la mujer más sexy del mundo. Mis pechos, que una vez liberados de la opresión del bikini no quisieron rendirse a él esta vez, se mecían como flanes en cada zancada, invitando a ser frenados, a ser comidos, lamidos tiernamente o absorbidos con fricción.

Una vez alcanzada la dorada arena, me senté con las rodillas dobladas y las manos extendidas hacia atrás ofreciéndome de nuevo al mar. El sol que se estaba despidiendo de mí bajando cada vez más, me hacía entornar los ojos impidiéndome ver nada más que su cegadora claridad. Aún me resbalaban pequeñas gotas de agua salada por la piel, en un agónico descenso hasta la tierra surcando los recovecos de mi cuerpo y deslizándose entre el valle levantado en medio de mi pecho. El calor que la arena había ido guardando durante el día, salía ahora a la superficie en forma de aliento vertido sobre el punto más sensible justo en medio de mis piernas. Me estaba calentando por fuera y estaba ardiendo por dentro. Un ligero movimiento a mi derecha me hizo inclinarme hacia delante, como si quisiera taparme, esconderme, hasta que recordé que no había nada que esconder, nada de mí que no quisiera enseñar. La silueta de un hombre se dibujaba a contraluz, los caminares pausados, el torso bien recto. Un ajustado bóxer se fundía en una cadera estrecha que subía ensanchándose hacia unos torneados hombros en una perfecta figura de triángulo invertido. Sus pies dibujaban semicírculos en la arena al avanzar, de forma lenta pero constante, sin pararse a dudar, directamente hacia donde me encontraba yo. Cuando el último rayo de sol dejó de mirarme directamente a los ojos y pude por fin enfocar bien,

la vi en su mano, apretada bajo sus nudillos, asomaba la lazada blanca de mi braguita. Parecía seca, aún tesorera de mis aromas más profundos, guardiana de la esencia de mi sexo. ¿Estaba este hombre aquí desde el principio? ¿Me había visto lanzarme al mar? ¿Me había robado el bikini, o quizá lo encontró ahora en su paseo hacia aquí?

Estaba inquieta, esperando que alcanzara mi posición y me dijese algo que aclarase mis dudas. Sin embargo, al pasar justo a mi lado, mi perplejidad aumentó al ver cómo ese chico misterioso frotaba mi prenda interior sobre su bajo vientre, en esa zona nacida para aumentar el deseo, que bajaba desde su ombligo hasta esconderse bajo su bañador. Un caminito de vello dibujaba la carretera a seguir y llamaba a ser acariciado.

No me dijo nada, pasó de largo con la mirada intensamente clavada en mis pupilas y la boca entreabierta y brillante, dejando entrever su inmaculada dentadura. Frenó tan solo unos cinco o seis pasos detrás de mí y se sentó de nuevo a observarme. ¿Qué se suponía que debía hacer? Estaba totalmente desconcertada, pero no quería romper el clima que se respiraba con el sonido atronador de una palabra. Miré hacia atrás, sobre mi hombro, entornando los párpados y bajando la cabeza de forma tímida. Él estaba sentado como lo estaba yo hacía unos minutos, con las piernas abiertas, las rodillas dobladas y descansando su cuerpo sobre sus manos extendidas hacia atrás. Me miraba intensamente y se podía adivinar un atisbo de sonrisa que le fruncía la parte derecha de la cara. ¿Quería jugar? Yo estaba de acuerdo, me apetecía muchísimo jugar con él. Incorporé mi espalda que se erguía hacia el cielo y con una mano levanté la espesura de mi cabello hasta mostrarle mi cuello, estrecho y frágil, para dejar después que la cascada de mi pelo negro lo cubriera de nuevo. Volví a mirar hacia atrás, divertida esta vez, sonriendo y lamiéndome la comisura de los labios. Tras confirmar que tenía toda su atención centrada en mí, me puse de pie en la orilla del mar. La espuma del agua mojaba el extremo de mi pareo que rozaba el suelo, haciéndolo más pesado y pegando la tela a mi pierna, como una fina capa transparente que hacía de segunda piel. Arqueé la espalda y eché la cabeza hacia atrás, dejando que mi melena me acariciase la espalda llegando incluso a tocar la zona lumbar. El fino tejido que me cubría el trasero, era de un color lavanda lo suficientemente claro para dejar intuir los secretos que guardaba debajo. La firme piel de mis glúteos se tensaba en pompa marcando mi silueta, dejando pasar la luz entre los muslos. Incliné aún más y acariciándome el pelo con las manos, dejaba que mi sexo apuntara hacia él, impaciente y

palpitando. Sentía como si tuviese el corazón entre las piernas y como si sus latidos pudiesen ser oídos por él invitándole a acercarse.

Tal era la concentración en mi propio cuerpo y sus deseos, que ni siquiera sentí como se aproximaba, de manera pausada hasta situarse detrás de mí. El primer contacto de sus dedos en mi tobillo, hizo que se me erizara por completo la piel y según iba subiendo, dibujando círculos con el pulgar por el interior de mi muslo, notaba cómo mis ganas de abrir las piernas más aún, se incrementaban. Instintivamente quise girarme hacia él, rodear su cuello con mis brazos y su cintura con mis piernas, pero me lo impidió. Con un brazo me tenía cogida del vientre a la vez que jugueteaba con mi pezón entre sus dedos, apretándolo y girándolo, rozando el límite que existe entre el placer y el dolor. Al mismo tiempo, deslizaba la otra mano por debajo de mi pareo, acariciando con su dedo la fina línea de vello de mi pubis, que le condujo directamente a la húmeda cueva que ardía de deseo por recibirle. Introdujo la punta tentativamente, lo justo para impregnarse del jugo que emanaba de mi cuerpo y lo volvía a sacar de forma desesperantemente lenta para dejar ese rastro de humedad en mis ingles. Notaba la dureza de su miembro frotándose contra mis nalgas, abriéndose camino entre los dos cachetes que se apretaban contra él y las ganas de tenerle dentro se hacían casi insoportables. En mitad de la lucha que manteníamos sobre la posibilidad de darme la vuelta, me retiró el pelo hacia un lado, mientras degustaba con deseo mi cuello, insistiendo en el lóbulo de la oreja y originándome un cosquilleo directamente en el botón mágico de mi sexo. Por fin conseguí girarme lo suficiente para beberme su boca, enredando mi lengua con la suya como si siempre hubiese sido su destino el estar juntas, bailando un tango con nuestros labios pegados. Después del giro de la cabeza le siguió todo mi cuerpo, y me pude colgar de sus hombros en un estrecho abrazo. La debilidad de mis piernas me pedía que nos tumbásemos, aprovechando el calor de la arena como confortable colchón. Ya lo tenía cómo quería, debajo de mí y con ese brillo de deseo en los ojos que me calentaba el vientre. Con la mano firme, se la sujeté entre mis manos notando su dureza y su suavidad, moviéndola hacia arriba y hacia abajo de forma rítmica, mientras miraba como su cara se retorció de placer e inclinaba su cabeza contra la arena. Con un rápido movimiento la introduje dentro de mí, donde hace tiempo que debía estar y cabalgué libremente impulsando mi pelvis hacia delante y hacia atrás. Me gustaba follármelo así, de forma que pudiera ver todo mi cuerpo expuesto ante sus ojos, dejando a mis pechos botar libremente delante de su boca, reclamando algún lametón o incluso

un pequeño y certero mordisquito. Cuando estábamos los dos a punto de estallar, se incorporó hasta quedar sentado y nos apretamos fuertemente en un estrecho abrazo. Su sudor se mezclaba con el mío y nuestros gemidos se entrelazaron hasta ser solo uno.

Agotados por el esfuerzo nos tumbamos sobre mi pareo que olía a sexo. Apoyé mi cabeza en su pecho para oír los fuertes y rítmicos latidos de su corazón, y me dispuse a decir algo.

—Esto... —buscaba las palabras con las que comentar lo sucedido.

—Shhhh... — me susurró al oído liberándome de la incomodidad de romper la magia.

No acertaría a adivinar cuanto tiempo estuve dormida, pero la noche era cerrada cuando abrí los ojos en la desierta playa. El pareo estaba sobre mí cuerpo desnudo a modo de manta, y la braguita de mi bikini estaba en mi mano derecha. La luna llena se reflejaba en las calmadas aguas del mar, haciendo que la arena pareciese plateada. El misterioso hombre se había ido, o quizás nunca había venido. Aunque ya era tarde, no sentía frío, sino que el calor del encuentro se había instalado en mi cuerpo. Completamente relajada dedique cinco minutos a mirar al mar, agradeciéndole los fantásticos regalos que en ocasiones nos puede traer la marea.

Biografía de Hannah Lucas

NACÍ en Barcelona en Octubre de 1974. Si tuviera que definirme en tres palabras serían: Sensible, caótica y perseverante.

Heredé la pasión por la lectura de mis padres y fui consciente de que me gustaba escribir desde muy pequeña. Ya en la escuela participé en infinidad de certámenes y era asidua en la revista escolar con mis cuentos y poemas. La escritura y el arte en general, han sido mi herramienta en muchas ocasiones para derrotar la timidez y superar las dificultades. Aunque escribo desde que mi mente alcanza recordar, no fue hasta hace un par de años que me propuse dar a conocer mis historias y comenzar un camino en este mundo de la escritura, concursando en varios concursos y escribiendo de forma seria, con la finalidad de algún día poder publicar mi trabajo y compartirlo con los lectores.

Me gusta estar en contacto permanente con todo lo que tenga que ver con el arte, sobretodo el teatro, con el que he aprendido mucho participando en un grupo amateur durante varios años. Mi faceta bloguera fue casi por accidente, y lo que comenzó como un hobby, con el paso de los meses me ha traído muchas satisfacciones, como conocer a otras autoras de las que aprender y buenas críticas a mi trabajo. Estas actividades me han dado la oportunidad de conocerme mejor y me han otorgado la confianza suficiente para creer que aquel sueño que tenía desde pequeña, el ver un libro con mi nombre en la estantería de una librería, podía hacerse realidad.

Todo esto, sumado al apoyo incondicional de mi familia y que recientemente mi micro-relato “La Cita” ha sido galardonado con el primer premio del I Concurso Literario Sueños de papel, han sido el empuje definitivo para que emprenda este viaje de no retorno.

Siempre he creído aquello de que estar en el sitio adecuado en el momento justo, y que las cosas suceden cuando tienen que suceder. Y creo este es “el momento”. La publicación en breve de mi primera novela dentro de esta Colección, es un sueño hecho realidad.

Actualmente estoy inmersa en varios proyectos y tengo otros más esperando en el cajón, que abarcan todas las ramas de la romántica. Sigo en constante aprendizaje y con la ilusión por las nubes. Hoy tú eres testigo de éste, mi primer paso de gigante en el mundo de la escritura. Acompáñame en este camino, y disfrútalo.

PRÓXIMA ESTACIÓN: LUJURIA de Hannah Lucas

LA vi llegar cuando ya había perdido toda esperanza de verla aquella noche. Di por sentado que hoy no haría acto de presencia. Quizás llegaba tarde, quizás ya nunca la volvería a ver, quién sabe. Mi entrepierna palpitó contenta, cuando ella subió al vagón precipitadamente y jadeando. Cuando sus ojos encontraron los míos, no pude dejar de imaginármela así, expuesta a mí, en otro lugar y en otra situación.

Esa desconocida era mi compañera en un viaje de retorno diario, y hacía meses que me acompañaba también en mis pensamientos. Y aunque nuestra relación se limitaba a compartir ese espacio en un trayecto de 15 minutos, no podía olvidar lo que esa mujer despertaba en mi interior, en cómo sería tenerla aunque fuera una sola vez.

Se sentó frente a mí pletórica, con las mejillas arrojadas, supuse que por la carrera. Sus ojos brillaban cristalinos, y su expresión era de total belleza, fresca y reluciente. Tras dedicarnos unas tímidas miradas, encendió su Ipod e intentó esquivarme, pero no lo conseguía. Se encontraba tensa y nerviosa, casi tanto como yo lo estaba cuando me regalaba una de esas miradas profundas y llenas de deseo, que hacían que literalmente se derritiera hasta la etiqueta de mis calzoncillos. Había fantaseado millones de veces en los últimos meses, en cómo sería ser besado por aquellos labios sensuales, en cómo sería atrapar sus sugerentes pechos con mis manos y lamerlos como si fuera el último manjar al que un reo condenado a muerte tiene derecho. En cómo sería satisfacer mis deseos más oscuros, en cómo sería follar con aquella mujer con cuerpo del pecado. Era un deleite para los sentidos que me excitaba hasta el punto de perder

la cordura, haciendo que mi miembro creciera cautivo bajo el pantalón de forma considerable.

Me miró y una chispa en sus ojos me delató que ella también era conocedora de ese hecho, lo que me causó una erección que estuvo a punto de reventarme la bragueta. Algo de lo que fue testigo, cuando recorrió mi cuerpo de arriba a abajo con su mirada y la dejó allí clavada durante un minuto mientras se mordía de forma sensual el labio inferior. Oí cómo un jadeo en forma de susurro abandonaba su boca, una boca que estaba dispuesto a besar esa misma noche si el valor no me abandonaba. No perdía nada, tenía que intentarlo. Estaba totalmente indefenso ante sus encantos. Y ella lo sabía. Al igual que yo sabía que no le era del todo indiferente, y así me lo hacían saber sus numerosas señales.

Depositó la mano sobre mi pierna, haciendo acopio de fuerza por no lanzarme a su cuello, para saborear cada centímetro de su piel, para arrancarle la ropa allí mismo y hacerla mía como nunca lo habían hecho, pero la voz enlatada del altavoz anunció el final de su trayecto.

“Próxima estación...”

Si quería hacer algo para remediar aquella tortura, tendría que hacerlo ya.

Ella se levantó mirándome de reojo, cogió su bolso y se colocó dándome la espalda ante la puerta de salida junto a otros pasajeros. Como un resorte, me levanté y me coloqué tras ella, lo suficiente como para que mi creciente erección rozara su cadera. Esperé a su reacción, pero no la hubo. Nuestra imagen se reflejaba como un espejo en el cristal de la puerta y vi que su calma era contenida, pues su pecho subía y bajaba con celeridad. No dejamos de mirarnos en esos segundos en los que todo desapareció a nuestro alrededor, sólo estábamos ella y yo, expectantes por la situación, a punto de ser carbonizados por un tsunami de deseo. Instintivamente rocé mis dedos con los suyos, jugando con ellos delicadamente esperando que retirara la mano, pero no lo hizo. Dejó que jugara con ellos, mientras el tren disminuía velocidad y nuestras respiraciones se aceleraban. Las puertas se abrieron y los pasajeros fueron descendiendo sin ser conscientes de nuestro juego secreto.

Antes de que ella pudiese siquiera moverse, le atrapé la mano. Entrelacé mis dedos con los suyos y esperé el permiso definitivo. Su mano se aferró a la mía como si los dos fuéramos uno y bajamos del tren deseando apagar el fuego que se había prendido a nuestro contacto.

Bajamos las escaleras subterráneas lentamente, dando tiempo a que el resto de personas desaparecieran de nuestra vista. La energía que desprendían nuestros

cuerpos podría haber encendido una central nuclear. La empujé suavemente pero con decisión hacia la pared y la aprisioné con mi cuerpo, acariciándole la cara con una mano esperando un último signo de rechazo ante lo que iba a suceder, pero sólo encontré el beneplácito que me ofrecían sus ojos inundados por la llama del deseo, que exigían impacientes que la llenara de mí. La besé con furia, con apremio, necesitado de sus besos y de la miel de su boca. Ella me abrió las puertas de su cielo, y vació su alma a cada baile de nuestras lenguas. Me metí en su boca cada vez con más urgencia, cada vez más excitado. Y ella me respondió exactamente igual. La necesidad hizo que me acercara más si cabe a su cuerpo, mientras mis manos se colaban por la camisa y atrapaban sus pechos firmes y preparados para ser saboreados. Ella inició un baile sensual contra mi erección, que estaba pidiendo a gritos que la liberasen de semejante tortura. Y como si hubiera escuchado sus ruegos, deslizó su mano sobre mi entrepierna atrapando mi polla aún cautiva bajo la ropa. Exhalé un suspiro cargado de pasión cuando profundizó el contacto con su mano. Ella emitió un gemido agónico al tiempo que se retorció contra ella, acercándonos cada vez más a un punto de no retorno. Un ruido que provenía de las escaleras, rompió la magia. Aparté mi boca bruscamente de la suya, dejándola con la respiración completamente alterada y con el rostro transformado por las sensaciones que la dominaban. Deposité mi mano sobre sus labios, instándola a que guardara silencio, provocando que su mirada suplicara más, y que una sonrisa cargada de peligrosa lujuria se dibujara en mi rostro. Que aquella caída al abismo al que nos dirigíamos acabara en ese momento, no era una posibilidad. La agarré con fuerza de la mano y nos dirigimos con rapidez hacia una puerta con un letrero que invitaba a no pasar. Por suerte estaba abierta, y en ese momento supe que en cuanto volviera a hacer uso de mis manos, le arrancaría la ropa y sin mediar palabra la haría mía allí mismo.

El cuarto era pequeño y oscuro, con un cierto olor metálico que me pareció lo más semejante al infierno de placer en el que nos encontrábamos. Busqué con urgencia un interruptor y lo prendí. Un pequeño fluorescente intentaba cobrar vida sobre nosotros pero no acababa de conseguirlo, y el parpadeo que emitía no hizo más que encender más nuestro deseo.

Penetré su boca de nuevo, y dejé que mi lengua buscara la suya desesperada, emitiendo a cada encuentro un gemido casi animal. Empujé el muslo contra su entrepierna femenina y comencé a buscar sus deliciosos pechos mientras ella me daba paso a su placer abriéndose la camisa. Tan pronto sus pechos quedaron

liberados, los atrapé con mis manos y rompí el beso para continuarlo en ellos. Saboreé uno de sus pezones, torturándolo con mi lengua hasta dejarlo tan sensible que ella gimió de dolor. Dirigí mi boca hacia el otro que yacía duro y erecto, succionándolo y mordisqueándolo, hasta que su espalda se arqueó de tal forma contra la pared que se quedó expuesta a mí, totalmente indefensa.

Bajé una de mis manos hacia su cadera suavemente, mientras seguía besando sus pezones, torturándolos a cada lametazo. Y suavemente la adentré en el triángulo de placer que escondían sus nalgas, haciendo que esta vez fuera yo el que me retorciera de gusto gruñendo como un animal salvaje. Estaba húmeda y tan preparada que podría haberla penetrado en ese mismo momento, pero decidí que el juego no había terminado y apartando sus braguitas introduje uno de mis dedos en su interior, mientras otro comenzó a circular alrededor de su clítoris. Sus gemidos se volvieron suspiros profundos que estrellaba contra la curva de mi cuello, mientras con las manos me apretaba los glúteos provocando que estuviera a punto de fundirme. Sentí cómo me mordía en el hombro cuando introduje un segundo dedo en su vagina e intensifiqué el baile en su interior. Ese mordisco me había lanzado de cabeza al abismo, nublando mi vista y volviéndome un auténtico animal abandonado a la lujuria. La retiré unos centímetros de mí, lo justo para volver a encontrar su mirada ardiente, y sacando mis dedos de su sexo me los llevé a la boca, disfrutando de su sabor hasta la última gota. Noté que sus manos desabrochaban mi pantalón con urgencia y liberaban mi miembro ya erguido como un mástil, mientras yo seguía lamiendo su miel. Ella tenía fijados sus ojos traviosos en los míos cuando comenzó a acariciar mi pene con suavidad, mientras con su lengua se humedecía los labios.

Se acercó para besarme, pero esta vez fueron pequeños roces lo que me prodigó. Fueron deslizándose por mi cuello, mi pecho, mi abdomen y acabaron en la punta de mi erección, haciéndola presa de su boca, suave y ardiente. Me las arreglé para ahogar un suspiro que mi cuerpo no pudo disimular, tensando cada músculo de mi anatomía cuando noté la calidez de su boca adueñándose poco a poco de ella, deslizándose hasta casi el final y volviendo al inicio, aprisionándola con sus labios y torturándola con su lengua. Un juego que iba a hacerme perder la cabeza y morir por combustión.

Inspiré profundamente, y sentí que una nueva oleada de calor inundaba mi ser cuando agarró delicadamente mis testículos y los meció a su antojo mientras seguía lamiéndome con dedicación. Si me dejaba llevar era posible que estallara en cualquier momento, y yo lo quería todo de ella, todo. La aparté y llevé

directamente su boca a la mía, perdiéndome en el túnel que había en su interior, reclamando más todavía, gruñendo y nublado por las sensaciones.

Me acoplé de nuevo entre sus nalgas. Esta vez mi enorme y dispuesta erección buscaba como una brújula su norte escondido entre ellas, rozándose contra la cueva de mi perdición. Sentir su humedad contra mi glande fue la invitación perfecta para adentrarme en ella. La hice girar de repente, poniéndola de espaldas a mí. Mi mano se dirigió hacia sus nalgas acariciándolas apasionadamente. Le subí la falda hasta la cintura al tiempo que situé la mano libre sobre su vientre y la insté a colocarse con comodidad para que apoyara sus manos contra la pared. Abrí sus piernas con un ligero contoneo de mi propio cuerpo y deslicé mi mano hacia su clítoris, adentrando en su interior dos dedos que la hicieron gemir tan fuerte, que no pude aguantar más y la embestí hasta lo más profundo, lo que provocó un corte tajante de nuestra respiración. Y dando rienda suelta a nuestros instintos, comenzó una tortura de penetraciones cortas, lentas, decididas, que de repente se convertían en potentes embestidas que la hacían perder la razón, y a mí el conocimiento.

Me apoyé contra su espalda llevando mi boca hasta el lóbulo de su oreja, para que fuera concedora a través de mis suspiros, del placer que me estaba otorgando. La intimidad del acto que estábamos cometiendo no tenía ningún tipo de antecedente, era sublime, nada se podía comparar a aquella sensación. Las acometidas fueron tornándose más y más enérgicas, desesperadas y profundas, hasta llevarnos a fundirnos el uno con el otro, piel contra piel, formando un único ser. Noté cómo su cuerpo comenzaba a sufrir pequeños temblores, y sus gemidos se hicieron cada vez más intensos y desesperados. Comprendí que ella estaba llegando al final de aquel tórrido viaje que habíamos iniciado, y una corriente eléctrica me hizo sucumbir de pies a cabeza, acelerando mis embestidas hasta hacerme estallar en el mismo momento que ella se dejaba llevar y en el que nos abandonábamos al placer. Permanecimos unidos, el uno tras el otro, hasta que conseguimos recuperar el aliento y nuestros corazones pudieron bajar de revoluciones, hinchidos de satisfacción y completamente liberados. Mientras le robaba una bocanada de oxígeno al aire sonreí satisfecho y, apoyando mi boca contra su oreja totalmente exhausto, le dije:

—Cariño, este año te has superado.

A lo que ella, aún jadeante y rebosante de felicidad, me contestó:

—Feliz Aniversario cariño. Te quiero.

Biografía de Hendelie:

Escribe homoerótica, ciencia ficción, fantasía y cosas raras. Junto con la ilustradora y coautora Neith, forma parte de Estudio Third Kind, dedicado a la autopublicación de obras con contenido homoerótico. Juntas han editado varias novelas: ***Fuego y Acero***, una historia de fantasía épica; ***Dos noches y un día***, una novela corta de ficción histórica ambientada en el París de la Belle Époque y la saga de fantasía urbana ***Flores de Asfalto***. Asimismo, han participado de manera independiente en varias recopilaciones: ***Colección Homoerótica*** (VV.AA., 2011), ***Delitos Menores*** (Third Kind, 2012) y ***Nueve Sonatas Literarias*** (VV.AA., 2013). También han publicado relatos en la revista Yaoi Niwa y han colaborado durante varios años con el Estudio Literario Artístico Yaoi (ELAY). En 2011 escribió el cuento ***El príncipe Flint*** para la editorial Bajo el Arcoíris.

En 2014, Darth Vader contactó con ella para pedirle ayuda a la hora de redactar su autobiografía, pero ésta se negó, aduciendo que el miedo lleva al odio, el odio a la ira y la ira al plató de Sálvame. Darth Vader le corrigió, diciendo que la frase no era así. Tras un altercado que se saldó con varios cristales rotos, una cabra con ataque de ansiedad y cuarto y mitad de peras sanjuaneras arrojadas desde un quinto piso, Hendelie fue recluida en los calabozos de máxima seguridad de la Estrella de la Muerte. Aun así, le permiten consultar el correo, seguir actualizando su blog (http://estudio_tk.blogspot.com.) y jugar al Candy Crush.

TINTA, de Hendelie

PALPITACIONES. LATIDOS acelerados. Rigidez. Aumento de la frecuencia respiratoria. Sequedad en la boca y un nudo en la garganta.

Adrien no era médico, pero sí lo bastante hipocondríaco como para tomarse el pulso cada vez que aparecían los síntomas. Y eso le ocurría con mucha frecuencia. Siempre que salía a la calle, para ser exactos.

«Soy un idiota», se reprendía. «Sólo es gente. No debería afectarme tanto. No debería ser tan terrible. ¿Por qué no puedo ser normal?». Pero por muchos libros de autoayuda que leyera, por mucho que buscara en internet, seguía siendo incapaz de relacionarse con los demás sin morir de miedo. Los tímidos patológicos que salían en Youtube explicando sus experiencias le parecían una estafa. ¿Qué clase de tímido se pondría delante de una cámara? ¿Qué persona verdaderamente introvertida se exhibiría así ante el mundo entero y hablaría de su problema? No, esos no eran como él. Nadie era como él. No conocía a un solo ser que compartiera su aislamiento y sabía que nunca lo encontraría. Las personas aisladas se detectan y se evitan. Son como meteoritos. Tratan de no colisionar unos con otros, de no provocar el incómodo momento en que el silencio y el vacío se encuentran. En esos momentos, son más conscientes que nunca de lo solos que están. Y Adrien estaba muy, muy solo.

«No es más que gente», se decía, cada vez que tenía pedir su comida en la cafetería del instituto de investigación biotecnológica en el que trabajaba y se le disparaba el corazón. «Sólo es gente», se decía, mientras ensayaba nerviosamente en su cabeza las palabras exactas que iba a decir al hombre del kiosko para comprar el periódico por la mañana, sonrojado y cohibido. «No es más que gente, por el amor de Dios», se gritaba a sí mismo en silencio cada vez que le abordaban por la calle para hacerle una encuesta y se le cortaba la

respiración.

Todas las relaciones humanas de su día a día estaban marcadas por aquella espantosa maldición. Y los síntomas se convertían en una verdadera locura cuando se acercaba al estudio de tatuajes. Sin embargo, allí estaba una vez más, acudiendo puntual a la cita, dispuesto a profanar su piel de nuevo. Era el sitio que más miedo le daba, pero al mismo tiempo, el único lugar en el que era capaz de superar su pánico.

—Buenos días —le saludó la recepcionista, sonriente—. ¿Qué tal estás, Adrien?

«Conversación casual», se recordó él. «Es fácil. Puedes hacerlo.»

—Bien, gracias —respondió con timidez—. Tenía cita a las ocho con el señor Mercier.

—Sí, Eric está libre. Puedes pasar cuando quieras.

Adrien caminó a través del familiar pasillo hacia la cabina del fondo, contando los pasos, escuchando los latidos de su corazón, regulando a la fuerza su respiración. Intentando que el mundo no descubriera lo nervioso que estaba. Lo frágil que era.

...

Eric Mercier llevaba diez años ejerciendo en París como tatuador y nunca había conocido a nadie como Adrien. Era tan extraño, tan poco convencional... y eso que por el estudio pasaban toda clase de personas. Pero Adrien era distinto, diferente a todos. La última persona en el mundo que uno supondría aficionada a los tatuajes. Era un joven tímido, callado y misterioso. Científico, o algo así, según había logrado sonsacarle en sus visitas.

Desde hacía medio año, Adrien pedía citas una vez al mes y se hacía un tatuaje. El primero fue en el brazo. El segundo en el otro brazo. El tercero en el hombro, el cuarto en el otro hombro y el quinto en la espalda. Y allí estaba una vez más, sentado en la camilla, hojeando las páginas llenas de ilustraciones en busca del sexto mientras Eric preparaba el instrumental sin perderle de vista, espiándole disimuladamente a través del espejo. Su cliente daba la impresión de estar examinando cada dibujo atentamente. Es lo que debería estar haciendo, porque iba a grabarse uno de esos diseños en la piel para siempre. Pero Eric sabía que no era así, que los grandes ojos azules de su cliente estaban perdidos en algún lugar remoto, inaccesible. Que su mente viajaba muy lejos.

—¿Qué te quieres hacer hoy, Adrien? —preguntó amablemente.

El joven alzó la mirada sobresaltado. Después volvió a bajarla rápidamente,

apretando los pulgares contra las páginas plastificadas, tenso, como si estuviera luchando contra algo. Eric no le apremió. Ya conocía aquella reacción. Al principio de conocerle le había parecido una especie de friki... pero también le había gustado. «Será que me gustan los raros», acabó concluyendo. Porque esa atracción se hacía más fuerte cada vez que se veían, y crecía cuanto más pensaba en él. Y la verdad es que pensaba mucho en él. Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Creo que... —la voz de Adrien era un hilo, suave y grave. Carraspeó—. Creo que una calavera con fuego.

Eric aguantó una risilla y se sentó a su lado, observando los dibujos.

—¿Estás seguro? No sé, a mí me parece que no te pega mucho. Hasta ahora sólo te hemos hecho tribales. ¿Por qué quieres una calavera? —Adrien calló. Se había encogido un poco—. Deberías buscar algo que te represente de verdad.

Eso era lo que hacía la gente. Plasmaban en su piel cosas importantes, cosas simbólicas... a veces cosas hermosas o divertidas para mostrarlas, para exhibirse. Pero Eric estaba seguro de que Adrien no quería exhibirse.

—No sé lo que me representa.

Le miró con curiosidad. Adrien le devolvió la mirada. Parecía esconderse detrás del flequillo que le tapaba los ojos casi por completo. «¿Por qué vienes aquí todos los meses?», quería preguntarle. «¿Por qué te cubres con marcas que no dicen nada, qué intentas esconder... tan frágil, tan perdido, y sin embargo tan lleno de necesidad? ¿Qué buscas en esto, qué buscas aquí?»

Era como un pájaro enjaulado dentro de sí mismo.

—¿Dónde quieres el tatuaje?

—En el pecho —respondió el joven. No dudó. Su voz sonó más firme de lo habitual.

—Sé que esto puede parecer un poco extraño pero... ¿me dejas tatuarte lo que yo quiera?

—Sí. —De nuevo, el joven respondió sin dudar.

Aquel espontáneo gesto de confianza le golpeó como una bala en el pecho. Un calor hormigueante y vivo se extendió por todo su cuerpo. Adrien le gustaba demasiado. Le gustaban sus ojos azules, sus gafas, su flequillo largo como un telón teatral, sus labios gruesos y su mirada de niño perdido. Le gustaban sus manos grandes y su voz débil. Le gustaba el modo en que se escondía... porque le hacía desear descubrirle.

—Quítate la camisa —le dijo—. Y túbate.

Su cliente volvió a sonrojarse y después obedeció. Eric preparó las tintas. Sentía la boca seca y la sangre le cabalgaba en las venas más rápido de lo habitual. Él no era hipocondríaco ni sufría de timidez aguda, pero tenía treinta años y una larga experiencia vital a sus espaldas. Sabía lo que era ponerse nervioso cuando estás con alguien que te gusta.

...

Siempre se sentía extrañamente relajado al tumbarse en la camilla. En esa ocasión, cuando Eric acercó el taburete y se inclinó sobre su cuerpo para limpiarle la piel, desvió la mirada. Sus ojos corrían el riesgo de encontrarse con demasiada frecuencia.

—Relájate. No te dolerá más que el del hombro, te lo prometo.

Adrien asintió, obediente. Lo que más le gustaba de Eric Mercier era su amabilidad.

—No me importa si duele —se encontró diciendo.

Los ojos del tatuador eran oscuros, igual que su cabello y su barba. Se encontraron de nuevo con los suyos y Adrien los apartó. Luego, Eric empezó a trabajar.

Para algunos el señor Mercier podría resultar amenazador, con el pelo tan largo y ese aspecto de motero buscabroncas. Sin embargo era la única persona en el mundo que no le daba miedo a Adrien. Con él se sentía tranquilo. Cerró los ojos y se dejó llevar, mecido por el zumbido de las agujas, el ardor punzante sobre el pecho y el tacto, aquel tacto ligero, casual, de los dedos enguantados sobre su piel desnuda. Era aquello por lo que acudía. Era aquello por lo que pagaba. Allí en el diván, bajo las luces directas, entre el olor a tinta, alguien le tocaba y le hablaba con cariño. Y por patético que fuera, eso le hacía feliz. Jamás podría llamar a Eric Mercier para pedirle una cita, ni siquiera para invitarle a un triste café. Pero podía llamarle para hacerse un tatuaje.

Cuando el sonido de las agujas se detuvo, Adrien seguía con los ojos cerrados. No se había quejado, nunca se quejaba. Había disfrutado de cada instante, concentrado en cómo su corazón latía bajo las afiladas puntas, bajo las yemas de los dedos de Eric, soñando con aquella mano abriéndose sobre su pecho y acariciándole sin necesidad de excusas. Sabía lo que venía ahora: el señor Mercier le rociaría el pecho con un vaporizador y después colocaría el plástico protector sobre el tatuaje, acompañando los gestos con palabras agradables y amistosas. Luego le daría los consejos de siempre, le dejaría unos momentos para recuperarse y después se despedirían. Sin embargo, las cosas no

fueron del todo como esperaba. Sintió el frescor del vaporizador sobre la piel y también el tacto del plástico, pero Eric Mercier no dijo una palabra. Abrió los ojos, confuso. El tatuador le estaba mirando de un modo extraño, directo y cálido. Antes de que hubiera reunido el valor suficiente para preguntarle si ocurría algo, Eric se inclinó sobre él y le besó, intensa y apasionadamente. Adrien abrió los ojos, sobresaltado. Su ritmo cardíaco se duplicó, se le paró el aire en los pulmones, la presión sanguínea enloqueció. Se sonrojó hasta la raíz del pelo. «Sólo es gente», repitió su cerebro, por pura costumbre, como si eso fuera a calmarle, como si le hubiera calmado alguna vez en situaciones mucho menos fuertes que aquella. Se quedó en blanco. Y de pronto, se encontró devolviéndole el beso con la torpeza de la inexperiencia y el hambre de la necesidad largamente reprimida. Le empezaron a zumbar los oídos. El terror le golpeó, aullando en su cabeza ahora vacía de todo pensamiento. Pero el miedo no ganó tampoco aquella vez. Siempre vencía al miedo cuando se trataba de llegar hasta Eric Mercier, de un modo o de otro. En esa ocasión, no fue distinto. Levantó los brazos y rodeó su cuello en un abrazo tenso. El tatuador deslizó la mano hacia su mejilla y su lengua se enredó con la suya. Igual que cuando se tumbó por primera vez en la camilla, Adrien cerró los ojos con fuerza y rezó por que aquello no terminara.

...

En la pared de la cabina había tres espejos. Uno era ancho, el otro de cuerpo entero. El último era redondo y estaba encajado en un marco barroco que Eric había encontrado en la basura. Los tres reflejaban la escena que tenía lugar: Adrien se había incorporado a medias en el diván, Eric se cernía sobre él, con la rodilla apoyada entre sus piernas, una mano en su rostro y la otra junto a su costado desnudo, besándole como si quisiera consumirle. Muchas veces había fantaseado con besar a Adrien. No allí, claro... no así. En su imaginación la historia era muy distinta, mucho más convencional, con una cita de por medio, unas copas, algunas sonrisas y cierta complicidad. Pero a veces las cosas suceden sin más. Y allí estaba, devorándole con besos intensos.

Los labios de Adrien eran jugosos, bien dibujados. Invitaban a morderlos, a exprimir su sabor. Eric los exploraba a conciencia, con la irremediable intensidad del deseo que no podía contener y la delicadeza que se imponía a sí mismo. Adrien era especial y no quería hacerle daño, así que intentaba no asustarle. Pero cuando él le agarró de la camiseta y tiró de ella con brusquedad para quitársela, empezó a pensar que tal vez no era necesario ser tan cauteloso.

Se apartó de sus labios con un sonido húmedo y le miró, intentando confirmar que estaba seguro de lo que hacía. Adrien tenía la respiración acelerada, igual que él. Los ojos azules estaban empañados con una mezcla de temor y dolorosa necesidad. Parecían exigirle algo, suplicárselo, tal vez ambas cosas a la vez. Le apartó el flequillo, contemplándole fascinado. Una corriente magnética, más fuerte que su voluntad, le empujaba hacia él. Aún tenía su sabor en la boca, agridulce, con un toque ácido.

—Si no quieres que... —empezó a decir. El joven emitió un quejido extraño y le agarró del pelo, crispando los dedos entre sus cabellos y tirando de él hacia sí. Esta vez fue Adrien quien asaltó los labios de Eric, que se encontró sacudido por un escalofrío de placer perverso. Buscó su lengua de nuevo con la suya y la acarició hasta que la saliva se mezcló y su sabor se diluyó, embriagándole como un licor potente. Ahondó en su boca, recorriendo las suaves paredes de sus mejillas, succionando y mordisqueando sus labios, respirando con dificultad, perdido ya todo el pudor. «Espero que no se asuste», se repetía de vez en cuando. Pero Adrien no estaba asustado. Sus dedos habían comenzado a deslizarse sobre sus hombros desnudos, a acariciar su espalda con un tacto tan ligero como el roce de una pluma.

—Sí que quiero.

Fue sólo un murmullo débil. Pero fue suficiente. Eric no era ningún inexperto, había vivido mucho, había tenido otros amantes. Sin embargo, nunca se había sentido tan exaltado con sólo tres palabras de aceptación.

...

No entendía lo que estaba pasando. Todo era extraño y terriblemente intenso. Sentía un nudo en la garganta, y al mismo tiempo, un hambre atroz, escalofríos y después oleadas de calor que le despertaban comezón en las venas, bajo la piel, en las ingles, en algún lugar de su vientre. Era como haberse tragado la primavera. Todo parecía volver a la vida en él de una manera inconcebible. Las manos de Eric le quemaban, deslizándose sobre su abdomen, sobre el lado derecho de su pecho y sus costados. Los besos le habían mareado tanto que las escasas veces que abría los ojos le costaba enfocar la visión y todo se emborronaba con el parpadeo de diminutas luces de colores. Le zumbaban los oídos. Tenía su olor clavado en los pulmones, un perfume metálico, como a tinta, gasolina y madera. Tenía su sabor pegado a la lengua. Su boca aún se movía sobre la suya y él respondía: le mordía, le lamía, succionaba y jadeaba sobre sus labios. Y era una locura. Y era maravilloso. Le gustaba. Siempre lo había

querido. Algunas veces se había atrevido a soñarlo, pero no tardaba en apartar esas ideas de su mente. Al fin y al cabo, para él era imposible, ¿no?

Al parecer, no.

Cuando Eric le abrió los pantalones, tembló como una hoja. Le mantuvo la mirada mientras él le masturbaba, asombrado, excitado, fascinado ante aquellos nuevos descubrimientos. Los ojos de Eric parecían carbones encendidos; su mirada estaba cargada de deseo, pero había en ella muchas otras cosas. Consideración. Admiración. Bajó la vista hacia la mano que aferraba su sexo, acariciándolo, subiendo arriba y abajo. Corrientes de placer mordiente trepaban hacia su espalda, le mordían los riñones con un cosquilleo devastador. Desesperado, tiró de sus cabellos y le obligó a besarle otra vez, despojándose de los restos de pudor que le quedaban, incapaz de pensar.

El tiempo se volvió difuso. Se encontró tocándole como él le había tocado. Después él le tocó de otro modo, deslizando los dedos entre sus nalgas y provocándole una convulsión y un gemido. Adrien se tapó la boca, incrédulo. El sudor le perlaba la piel, el dolor del tatuaje había desaparecido, barrido por la avalancha de sensaciones que Eric le estaba provocando con sus manos, con sus labios y su olor, con sus jadeos atropellados.

—¿Te gusta?

—Sí.

Entonces, él le sujetó por las caderas y le atrapó entre sus labios. Adrien volvió a gemir. Todo empezó a dar vueltas en una espiral de estímulos salvajes y el placer le engulló, tirando de él sin piedad hasta que todo estalló en una última sacudida que le hizo desfragmentarse en pedazos para volver a recomponerse, alcanzado por un rayo que le llenó de euforia.

...

La cabina olía a sexo. Eric sonrió satisfecho, pensando en la poca gracia que le haría a Evangeline saber lo que había pasado allí dentro. Su recepcionista era una chica muy maja, pero en su opinión demasiado mojigata.

—¿Te encuentras bien?

Aún le costaba respirar. Acababa de terminar de limpiarse y ahora estaba haciendo otro tanto con Adrien, que seguía tumbado sobre la camilla, medio desnudo y tratando de recuperar el aliento. Su semilla se había derramado sobre el vientre y las ingles del joven, que parecía perplejo.

—Sí. Creo.

Eric se inclinó de nuevo sobre él y le besó. Después le abrochó los

pantalones como si fuera un muñeco y le ayudó a incorporarse. Adrien se dejó hacer, confuso y aturdido. Le guió delante de los espejos y retiró el plástico protector que aún le cubría el pecho para mostrarle su trabajo.

—¿Qué te parece?

...

El mundo se había sacudido y había cambiado de lugar. Aún le costaba orientarse y no estaba seguro de ser el mismo que era antes. Cuando Eric le colocó frente al espejo, sólo pensaba en su presencia, en su pecho cálido contra su espalda, en su olor y su sabor y en el frío que sentía cada vez que dejaba de tocarle.

Entonces él le enseñó su nuevo tatuaje. Era un diseño sencillo a tinta negra, una jaula ornamentada, abierta. De ella brotaban una marea de aves, elegantes y ligeras, elaboradas a partir de trazos limpios y sencillos, sombras y claroscuros. La bandada de pájaros alzaba el vuelo, escapando de su prisión. Conmovido, Adrien reunió todo su valor, levantó la vista para mirar a Eric a través del espejo y dijo:

—¿Quedamos para tomar un café?

Eric sonrió.

—Pues claro.

Biografía de Lucinda Gray.

Es una tarifeña que, por amor, se fue a vivir a Algeciras (Cádiz). Licenciada en Derecho por la Universidad de Cádiz, ejerce como abogada y se ha especializado en la rama de derecho administrativo de Disciplina Urbanística.

En 2008 se aventuró a escribir uno de los géneros que más le gustaba leer, y ganó un concurso de relato corto con: *Un motivo para luchar*. A partir de entonces, Lucinda no ha parado de inventar historias, y en el año 2010 publicó su primera novela, *Lady Ana con amor*, a la que han seguido *Secreto: marido* (2011), *Dulce arpía* (2012), con el que ganó el I Certamen literario ciudad de Tarifa, *Mi señor de Tafalla* (2012), *Sempre libera* (2013), *Descubriendo el amor* (2013) e *Inconfesable* (2014).

Además, Lucinda participa con distintas instituciones organizando encuentros que ayudan a promover y fomentar la lectura de la novela romántica, es precursora del ENCUENTRO DE NOVELA ROMÁNTICA EN TARIFA, que

lleva ya tres ediciones; colabora de forma altruista en el periódico comarcal, La Verdad, donde cada viernes publica un artículo de opinión.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en lucindagrays.blogspot.com/

JUEGA CONMIGO. Lucinda Gray

LLEVABA un buen rato allí, junto a la mesa donde se servían las bebidas, observando a la marabunta que se había juntado en casa de sus padres con cara de querer matar a alguien. Concretamente a su hermano. “*Si mi madre se entera de esto, lo mata*” se dijo. Lo cierto es que se había pasado tres pueblos, se había súper pasado. Aquello estaba fuera de control y esa gente era de lo más ordinaria. Nunca, nunca se había relacionado, fuera de lo estrictamente necesario claro, con ese tipo de personas. Es que eran, eran... *Justo lo que necesitas, un hombre guapo, ordinario y que te eche un buen polvo. Y que no vuelvas a ver, eso es lo más importante.* No pudo evitar observar cómo había botellas tiradas por el cuidado jardín, gente vestida metida en la piscina, parejas pegándose el lote por diferentes lugares del enorme chalet sin ningún pudor. Se sintió un poco inquieta y pensó que vaya su mala suerte, porque después de haber estado casi un año encerrada, sin ganas de hacer otra cosa que trabajar o ir al cine, había decidido hacer su primera salida a una de las bacanales de su hermano.

—No me importa, es mejor así. —Intentó convencerse—. No conozco a esta gente. Y no voy a marcharme si no es acompañada. He tomado mi decisión.

En el momento en que daba un nuevo sorbo a su gintonic, condimentado con fresas y vainilla, alguien la empujó provocando que se manchara la barbilla y la pechera del vestido.

—Perdona, tía —se disculpó una rubia que iba de alcohol hasta las cejas y sin ningún remordimiento, marchándose de allí carcajeándose.

—Estupendo —murmuró mientras se miraba el empapado escote.

—Lo siento —se disculpó alguien con la voz completamente embotada por el alcohol, y a quien ella no miraba porque estaba decidiendo si aquel incidente le había estropeado la noche y acababa marchándose de allí. Después de todo no

había visto nada que llamara su interés—. Déjame ayudarte, al fin y al cabo ha sido mi amiga quien ha provocado esto.

Aquel tío se dispuso a limpiarle el escote con toda la confianza del mundo por lo que hizo el intento apartarse antes de levantar la vista hacia él. Una cosa era que anduviera buscando un amante puntual, otra que cualquiera le pusiera las manos encima sin ningún respeto, y sin que ella lo hubiera decidido.

—¿Qué haces? —le preguntó indignada mientras alzaba la vista a la vez que conseguía que el hombre le soltara el vestido de un manotazo.

Y se quedó ploff. ¡Por las bragas de Mafalda! ¿*Quién era ese*? Se quedó sin respiración cuando por fin le vio el rostro a su samaritano indeseado. ¡*Toooma!* ¿De dónde había salido ese hombre que no lo había visto en toda la noche? Se fijó en sus vaqueros, su camiseta de una concentración motera, un poco desgastada, eso sí, y sus tenis de mercadillo. Demasiado normal, demasiado ordinario, demasiado... pobre. Desde luego que no presentaba el aspecto que solían llevar sus amistades, sus amigos que cuidaban con esmero su aspecto, su peinado, su piel, pero... ¡Jolín!

Estaba cañón. Para quedarse todo el día mirándolo y mucho más.

Se dio cuenta de lo alto que era porque ella también tenía lo suyo, y con los altísimos tacones que llevaba aún más, y este la sobrepasaba en un par de centímetros. Y se sorprendió al darse cuenta de que le gustó. Vaya si le gustó. Y decidió que después de todo no había sido tan mala idea acercarse a la fiesta.

Le dedicó una brillante y coqueta sonrisa, una de esas que el sexo opuesto solía entender. Después de todo había encontrado lo que había ido a buscar. Ese sería su hombre. Era el elegido para pasar una desenfundada noche. Lo tuvo claro en cuanto lo miró a los ojos. En ese instante solo estaba segura de una cosa: quería sexo y si ese espécimen masculino se lo proporcionaba, le estaría más que agradecida. Estaba dispuesta incluso a pagar por ello. Ya empezaba a sentir la urgencia nacer en su entrepierna. ¡Ainsssss que nervios, ya quería marcharse con él!

—Emmm... —Parecía que él quería decirle algo.

—¿Síiii? —le preguntó insinuante.

Este sonrió incómodo y le señaló el escote intentando no mantener la vista clavada en el mismo mucho tiempo. Ella no entendió. ¿Qué quería decirle? Él, viendo que ella no le hacía caso, se encogió de hombros y lo intentó de otra forma más directa. Se señaló su camiseta y la miró con aquellos sensuales ojos verdes esmeralda.

—¿Qué haces? —le preguntó con voz sensual, sorprendida pero sonriente.

—Me estas obsequiando con una visión imponente de tus pezones, y creí que sería correcto hacértelo saber, aunque yo salga perdiendo.

Se miró el vestido abriendo mucho los ojos y corrió a cerrárselo abochornada. ¡Ostras! Se le habían soltado los botones hasta la cintura y este le había visto los senos debido a la escasa tela del sujetador. Y encima sus pezones estaban erectos, consecuencia de lo extremadamente caliente que se sentía. Volviendo la vista de nuevo hacia él se encogió de hombros con una sonrisa de disculpa. “*Piensa algo qué decir para no parecer una pija tonta*”, se dijo.

—Parece que vas preparada para pasarlo en grande —dijo su adonis ofreciéndole su propia copa mientras le sonreía sin apartar la mirada de sus labios.

—Espero tener una buena noche.—“*Audaz, tengo que ser audaz si quiero llevármelo a la cama. Y claro que quiero.*”

Este la miró alzando sus pobladas cejas y sonriendo aún más; y ella pudo percibir la exageradamente blanca dentadura en aquella enorme y carnosa boca.

—¿Tu novio está por aquí? —le preguntó aquel morenazo como al descuido.

—No, no ha venido esta noche, —no pensaba decirle que andaba desesperada buscando compañía masculina, era mejor que lo intuyera, y si no lo había hecho ya, entonces, entonces...

—Qué lástima.

Al decir esto la miró sonriente por encima del borde de su tubo y no pudo evitar devolverle la sonrisa. La química entre ambos era palpable y ella podía sentirlo, por lo que se volvió más osada. Era consciente de que ambos buscaban lo mismo, es decir sexo. Al igual de que se notaba a legua de que se gustaban. ¿Por qué no entonces?

—¿Tu novia ha venido contigo?

—No, no ha venido esta noche.

Él volvió a sonreír.

—Vaya —dijo pasándose la lengua por los labios como al descuido—, una verdadera pena.

—No en este momento. —El calor la estaba sofocando—. ¿Conoces a Alejandro?

—No —mintió. Mejor que no supiera que era la hermana del organizador de aquel desenfreno—, he venido porque una amiga me pidió que la acompañara.

—Pues no debe ser tan buena amiga —le señaló. Se había dado cuenta de

que mentía—. Te he estado observando desde hace rato y no te he visto con nadie. —Le quitó la copa que ella tenía en las manos y puso los labios en el mismo lugar donde ella antes había posado los suyos. Y bebió sin dejar de mirarla. Al parecer su apuesto desconocido había decidido que le gustaba más la bebida de ella—. Tu amiga parece ser muy escurridiza.

Aquella sonrisa de nuevo. “*Vamos mujer, ve a por él, te lo está poniendo en bandeja*”.

—En realidad he venido sola.

—Y con ganas de guerra.

Arqueó una ceja y lo animó a que continuara, con mirada seductora.

—No has dejado de mirar y evaluar a cuanto chaval se ponía al alcance de tu vista.

Intentó parecer escandalizada porque él fuera tan directo, pero pensó que no tenía importancia, después de todo, solo lo vería esa noche así que no le importaba lo que pudiese pensar de ella. Lo único importante es que lo tendría.

—Ando buscando algo —le dijo metiendo la punta de su dedo índice en la copa de él y llevándosela descaradamente a los labios. *Soy mala, muy mala*. Él la miró entrecerrando los ojos, de forma ardiente.

—Tú estás jugando con fuego —lo dijo mirándola de forma abrasadora—, y puedes provocar tal volcán que no habrá quien lo detenga.

—Tal vez es lo que llevo intentando hacer desde que te he visto.

Él suspiró sonriente, dejó su copa en la mesa y la miró.

—Luego no quiero arrepentimientos. —La tomó de la mano y se la llevó, él sin saberlo, escaleras arriba a la buhardilla donde había jugado desde niña. Olía a alcohol pero no le importó. Estaba que se quemaba, y era por él, su sangre parecía la lava de un volcán a punto de estallar. Se quemaba viva de las ganas de acostarse con él. Era excitante verse arrastrada por un desconocido por su propia casa sin que este supiera quién era ella. Soltó una risita pensando en lo que su morenazo hubiese hecho de saber que era la hermana de su anfitrión. “*Ay no, mejor que no se entere por si se detiene*”, se dijo. Se dejó guiar porque estaba tan caliente y necesitaba, que su consolador esa noche podía terminar derritiéndose dentro de su cuerpo si volvía a utilizarlo.

En cuanto llegaron arriba, este cerró la enorme puerta de madera y la apoyó contra ella. Estaban a oscuras pero no importaba. Sabía lo que quería, lo que había ido a buscar, y lo que, afortunadamente, iba a encontrar. Solo esperaba que durara toda la noche.

—¿Esto es lo que estás buscando? —le preguntó el hombre junto a su oído mientras le abría el vestido de un tirón y empezaba a acariciarle los muslos en dirección a su trasero.

—Aún no me decido, tendrás que ser más persuasivo —contestó con anhelo.

Él le acarició el trasero con frenesí, apretando sus nalgas de forma incontrolada, acariciándola después.

—Me tienes completamente cachondo —le susurró.

Ella no le contestó, pero soltó un gemido tan esclarecedor que cualquier hombre hubiese entendido y disfrutado. Necesitaba el contacto físico, por lo que metió las manos por debajo de la camiseta de este y empezó a acariciarle la espalda, sorprendida porque estuviese tan bien formada, tan definida. Lo ayudó a quitarse la camiseta y la tiraron, como al descuido, en alguna parte. No sabía dónde, pero no le importaba.

—Vaya —musitaba él contra su cuello mientras le metía los dedos en sus partes íntimas—, es cierto que vienes preparada para esto. Me encanta este tanga.

Automáticamente se agachó entre sus piernas y tomándola fuertemente por el trasero desnudo metió la lengua en su vagina por la abertura de la tela, y empezó a lamerla de forma enloquecedora. Se agarraba como podía a la abundante cabellera de él, la tenía demasiado larga, más incluso que ella, a la vez que inclinaba su pelvis un poco hacia adelante para dejarle espacio. La sensación de llevar puesta la ropa interior pero que estuviera justamente abierta por ese sitio para permitirle el acceso a su amante a sus partes, la tenía fuera de control. No podía evitar moverse de forma sinuosa con cada lametazo que él le dedicaba con maestría.

—Ven, —le suplicó ella tirando del pelo de este para llevarlo hasta sus pechos descubiertos en la copa gracias al sugerente sujetador.

—Que nunca nadie me diga que no hago caso a una tía, soy un puto calzonazos.

Ella sonrió ante aquellas palabras y se mordió el labio, ahogando un gritito de satisfacción cuando él empezó a succionarle los pezones, mordisqueándolos, acariciándolos y estrujándolos después, como antes había hecho con su trasero.

—Dame tu mano —puso la cuidada mano de Mina en su entrepierna, obligándola a notar su exagerada erección—, ¿sientes cómo me tienes? No pienso soltarte en toda la noche.

—Hummm...

Mina estaba exultante. Aquella verga estaba en su máximo estado de excitación por ella. Aquello la enloqueció. Él le cogió la nuca con ambas manos y la besó con pasión en los labios, abriéndolos para introducirse lo más profundo que pudo dentro de ella, a la vez que empujaba sus caderas contra las suyas, urgiéndola a seguirlo con el movimiento.

—Desabróchame el pantalón y métemela dentro de ti —le ordenó con una voz contenida por el deseo—, voy a explotar en cualquier momento como sigas gimiendo de esa forma.

—¿Cómo? —Se sentía perversa, sobre todo porque no se conocían, porque nunca más volverían a verse—. ¿Así? —Y volvió a gemir y él la apretó aún más contra su cuerpo, provocando estremecimientos en ella al sentir sus pechos desnudos, su vientre, rozarse contra el cuerpo de este.

Ella le desabotonó los vaqueros, siguiendo sus instrucciones, y los abrió lo suficiente como para sacar su hinchido pene de los ajustados calzoncillos y llevarlos hasta el borde de su vagina, donde lo introdujo con un gemido de satisfacción.

—Me vas a matar.

—Hummmm, ¿te gusta esto? —le preguntó ella de forma sugerente mientras gemía una y otra vez.

Él le dio un mordisco en el pecho para obligarla a ralentizar el movimiento, porque estaba seguro que se correría dentro de ella, y no quería hacerlo. Usaría la marcha atrás, ya que no le había preguntado si tomaba la píldora, y él apenas tenía dinero para comer, mucho menos para condones. *Un poco más, solo un poco más...* Justo en el momento en el que había pensado apartarse de ella, se convulsionó debido a que había llegado al ansiado orgasmo, aprisionándolo contra ella con sus esbeltas y torneadas piernas, provocando que no pudiera contenerse un segundo más, y se dejara ir dentro de aquella avasalladora mujer. Extasiado y contrariado.

—Ha sido espectacular —le agradeció con los ojos cerrados, deleitándose con las sensaciones—. No sabes cuánto necesitaba esto.

Él la miró, con el corazón desbocado debido a la experiencia que acababan de vivir, y exhausto. Apoyó su frente en la de ella, satisfecho, y un poco molesto por haberse dejado llevar ya que se cuidaba de no dejar embarazos no deseados por ahí, más de una intentaba pillarlo desde hacía tiempo.

—Podemos repetirlo —le propuso de forma seductora—, sobre una cama esta vez. ¿Tomas la píldora?

—No—negó exhausta—, pero había pensado tomarme la del día después. No me gustan los preservativos.

—De acuerdo. —Él decidió que debería fiarse de ella puesto que no quería dejarla marchar aún.

—¿Has pensado en algo? —Pudo percibir la expectación en su propia voz.

—La habitación de la hermana del que ha montado todo esto está desocupada —la informó mientras ella aguantaba una sonrisa—, esa pija nunca viene a estas fiestas, somos demasiado del pueblo para relacionarse con nosotros.

—Debe ser una persona horrible. —Si él supiera quién era ella... Estaba pasándose en grande, le gustaba interpretar el papel de una desconocida, y así se aseguraba de que nunca supiera quién era ella.

—No lo sé, la verdad es que no la conocemos. —Él seguía acariciándole los pechos, era como si no pudiese dejar de hacerlo—. Vamos, tengo que follarte otra vez, y con urgencia.

Justo cuando se apartaba de ella para ayudarla a adecentarse un poco e ir a la habitación para pasar una buena noche, se formó el caos.

—¡Abre la jodida puerta! —Otra mujer gritaba desde el otro lado y ambos se sobresaltaron—. Sé que estás ahí, abre maldito cabrón, cuando te pille no te van a quedar ganas de follarte a zorras desesperadas.

—¡Mierda!

Biografía de Luna Perdida:

Nace el 30 de julio (el año es lo de menos) en la Ciudad de México con el nombre de Mónica Vega. Con gustos más comunes que corrientes, crecí en un ambiente rodeada de periodistas, en donde el papel, la pluma y las historias más sorprendentes nunca faltaron, sin embargo mi pasión nunca fue escribir.

Mi curiosidad me ha llevado a conocer personas tan distintas que a su paso me han dejado experiencias, vivencias y sobre todo un poco más de conocimiento, es por eso que hoy me encuentro aquí, experimentando algo nuevo.

Soy Copropietaria de una marca de diseño mexicano llamada **Mi Propia Piel**, en donde doy vuelo a mi creatividad produciendo diversos artículos

enfocados a mi cultura.

RELATO CORTO DEL ORGASMO Y DE LA MUERTE, de Luna Perdida

“EXTRAÑAR”... aquella diplomática palabra utilizada por muchos para describir esa cruel dependencia hacia lo que no se puede tener, lo que no nos pertenece, lo que ha quedado en el olvido después de tantas vidas sepultadas a lo largo del tiempo. Es curioso, al volver atrás y reflexionar sobre tan desafortunado suceso.

Extrañaba mi vida, al principio, cuando aún era presa de todos esos vulgares temores humanos a la muerte, al sexo, a Dios. Era sencillo, en aquel entonces caer en una rutinaria enfermedad social incurable y tener miedo de todo. Volverse vulnerable. Era ignorante. Lo admito. Y por lo tanto me creía feliz.

Tenía no más de 20 años cuando morí. Hace tanto tiempo, que apenas si recuerdo las solitarias noches confinadas a oraciones sin sentido. El olor a cera quemada y el resplandor de la luna eran mi única compañía. Al menos eso creía. Hasta esa noche en particular.

Eran las 3 de la madrugada y me despertó un terrible sonido producido por el crujido de la puerta al golpear la pared, quedé horrorizada al ver que estaba ahí, de pie, frente a mí. Sin emitir sonido alguno se acercaba lentamente hacia donde me encontraba, a medida que su rostro era descubierto por la tímida luz de las velas que se reflejaba en la habitación. Su piel morena resplandecía en la oscuridad, sus cabellos negros bailaban al compás del viento. Una traslúcida túnica dejaba al descubierto su sexo.

—No tengas miedo —me dijo, con esa voz tenue que logré reconocer rápidamente. Quedé petrificada al comprobar que el sueño recurrente que me atormentaba cada noche era real.

—Sabías que vendría por ti, —susurró en mi oído mientras se hacía espacio en la cama.

Se sentó junto a mí con un suave movimiento que dejó al descubierto una parte de su cuerpo. Yo la miraba atónita sin poder articular, entre el miedo y el asombro.

—Todos duermen —prosiguió, mientras desenredaba los listones que ataban mi camisón.

Sus frías manos me despojaban lentamente de mis ropas. Pensaba en muchas cosas a la vez. Mi torso fue quedando al descubierto, los pezones brotaron rápidamente sobre mis pechos vírgenes hinchados. Me miró fijamente y sus labios comenzaron a recorrerme por completo, la travesía de su lengua provocaba en mí un sinfín de sensaciones desconocidas hasta ese momento. El miedo comenzaba a ceder. De pronto me vi envuelta entre las sábanas con esa extraña mujer. El vaivén de sus caderas entonaba abruptas melodías en cada uno de mis sentidos.

—¡Bruja! —grité con fuerza mientras intentaba escabullirme fuera de la cama. Paró en seco. Una leve sonrisa apareció en su rostro inanimado.

—Pensé que esto era lo que querías. —Negué con la cabeza—. Yo solo he respondido a tu llamado —siguió mientras me arrancaba lo que quedaba de ropa.

Me sujetó con fuerza y me tiró nuevamente en la cama. Mi respiración se agitaba cada vez más, el golpeteo de mi corazón parecía que iba a romperme el pecho. Otra vez sus manos juguetonas comenzaron a vagar por mi cuerpo, me acarició los senos, su lengua misteriosa penetró mi boca. El miedo se había ido por completo.

Ahora solo era conducida por el deseo, con manos temblorosas comencé a quitar la túnica que aún vestía su cuerpo, miré sus piernas, su vientre perfecto, la delicada curva de su cintura, y mis ojos se centraron en esas pequeñas joyas que evocaban glamorosas piedras de granate erguidas sobre su pecho. Comencé a hacer círculos con mi lengua alternando los pezones. Sus uñas se clavaron en mi espalda aferrándose con fuerza. La atraje un poco más cerca de mí, podía escuchar los discretos gemidos que emitía mientras acariciaba con la yema de mis dedos su cuello. Mi vagina comenzó a humedecerse. Me tomó de la cintura hasta que mi cabeza cayó sobre la almohada; siguió besándome agitadamente, susurrando de vez en vez extrañas palabras a mis oídos, estremecidos a penas con el roce de su boca. El calor de mi cuerpo se disparaba cada vez más, sus manos frías hacían contraste sobre mi piel, se sentían como suaves copos de

nieve recorriendo mi entrepierna. Apretando mis muslos, una y otra vez, podía predecir el rumbo de su lengua subiendo precipitada desde mis tobillos, enredando y desenredando sensaciones. Se abrió paso entre las sábanas hasta llegar a mi clítoris, mordisqueándolo con sus afilados colmillos, moviendo la lengua de arriba abajo, en círculos, mordiendo otra vez. Parecía como si pudiera leer mis pensamientos. Yo estaba a punto de explotar, mis estruendosos gemidos retumbaban en cada rincón de la habitación. Su voz eufórica clamaba una y otra vez.

—Eso, así, entrégate toda. —De pronto sentí sus dedos introducirse en mí, un leve dolor punzante acompañaba mi éxtasis. Mientras me penetraba con fuerza, un líquido traslucido emanaba de mi cuerpo, mojando mi entrepierna, resbalando en mi piel; mis caderas hundidas en una incesante danza producto de aquel ritual. La cordura se había desvanecido por completo.

Cerré mis ojos y mis puños se aferraron a las sábanas.

—¡Hazme tuya! —le susurré. Ella me miró incrédula y sus ojos lascivos destellaban bajo el manto de la oscuridad. El orgasmo estaba a punto de aparecer, cuando clavó sus filosos colmillos atravesando mi cuello, aquel dolor agudo se intensificaba cada vez más, al igual que el placer. Bebió de la sangre que brotaba a borbotones, mientras mi cuerpo se arqueaba entre el placer y el dolor. A cada sorbo me despojaba un poco más de vida. Parecía como si los hilos rojos de mi cuerpo se extinguieran por completo. Me fui apagando lentamente hasta quedar inerte sobre las sábanas llenas de sangre.

—No me mates... — le susurré con mi último aliento. Ella volvió del frenesí.

Finalmente, hundió sus punzantes agujas en su muñeca derecha, tomo mi cabeza agonizante y me hizo beber de un diminuto hilo de sangre que resbalaba sobre su muñeca.

—Ahora bebe tú —me dijo con una voz suplicante. Yo la sujeté del brazo y con las pocas fuerzas que me quedaban comencé a succionar el preciado río de vida.

—Así cariño, muy bien. Aférrate a ella. —Fueron las últimas palabras que escuché antes de que la oscuridad invadiera la atmósfera. Después nada. Silencio. Muerte.

Cuando desperté, un puñado de monjas rondaba la habitación. La madre superiora escupía plegarias al pie de mi cama, moviendo de un lado a otro el crucifijo que llevaba en las manos. Yo aún tenía puesto mi camisón ensangrentado, estaba confundida, no podía pensar con claridad y el olor a

sangre fresca flotaba en el aire, sugerente, como una constante invitación a comer. Esa sed incontrolable, me hacía querer arrancarles la cabeza, abrir sus cuerpos por la mitad y deleitarme con el placer de la vida, saborearlo con mi lengua. Entonces descubrí que todo había cambiado. Tenía que salir de ahí. Era abrumador.

Biografía de María Sánchez

NACÍ en Cádiz hace 24 años. Actualmente estudio en Granada.

Ávida lectora y bloguera literaria en <http://www.estanteriacompartida.blogspot.com>

Aficionada a la escritura en mis ratos libres. Este es el primer proyecto en el que participo y espero que no sea el último.

TENTACIÓN EN LA OSCURIDAD, de María Sánchez

AQUELLA noche era el cumpleaños de una de mis compañeras de trabajo y fuimos todos a la discoteca de siempre. Como ya era costumbre, pedimos una botella de champán tras otra hasta que la cumpleañera iba tan borracha que apenas podía sostenerse en pie. La discoteca se fue llenando, el calor que hacía era insoportable y el champán se me había subido un poco a la cabeza, así que fui al baño a refrescarme. Cuando iba a salir del baño alguien se me acercó por detrás y me tapó los ojos con las manos.

—Shhhhh, no grites, no voy a hacerte daño —me susurró al oído una voz masculina.

—¿Qué quieres? —respondí.

—Es muy simple, no intentes girarte. Aquí al lado hay un cuarto al que me gustaría llevarte. La única condición es que no puedes ver nada, ni a mí, ni nada de lo que pase y tendrás que dejarte hacer lo que yo quiera.

Antes de que pudiera decir nada, acercó un dedo a mi boca y lo metió dentro. Lo lamí lentamente, lo sacó y me acarició el clítoris con él. Intenté girar la cabeza para mirarle a los ojos, pero él me la sujetó con fuerza y me introdujo el dedo en el coño. Lo metió y lo sacó varias veces con rapidez.

—¿Qué dices? ¿Te apuntas? — me dijo.

En ese momento me acordé de mi novio y de los polvos de medio minuto que solíamos tener, y no sé si fue el alcohol o que se despertó en mí algún instinto que llevaba dormido mucho tiempo, pero decidí aceptar.

—Muy bien, pequeña. No sabes las ganas que tenía de que dijeras que sí. Llevo tiempo mirándote e imaginando las cosas que podría hacerte.

—¿Me conoces? —pregunté tímidamente.

—Te conozco lo suficiente para querer tenerte desnuda en una cama. Venga, vamos. No te gires, voy a vendarte los ojos.

Salimos del baño. Escuchaba la música de la discoteca cada vez más lejos, no podía ver absolutamente nada. El mundo parecía diferente. Al perder un sentido los demás se agudizaban.

Una puerta se abrió y él me empujó hacia delante. El ambiente se volvió diferente, hacía más frío y olía a algún perfume muy dulce, casi empalagoso.

—Bien, a partir de ahora vas a hacer lo que yo te diga. No podrás quitarte la venda de los ojos, puedes tocar pero no puedes pegar, si algo no te gusta puedes decirlo y yo decidiré si paro o no. ¿Lo has entendido?

—Sí —acerté a decir.

Se puso detrás de mí y empezó a bajar muy lentamente la cremallera de mi vestido. Notaba su aliento contra mi cuello a la vez que dejaba caer el vestido al suelo. Pasó sus manos por todo mi cuerpo haciendo que se me pusieran los pelos de punta, él se dio cuenta y soltó una pequeña risita.

Continuó con la tarea de desnudarme; desabrochó mi sujetador, se agachó y acercó su boca a mi vientre, tiró con los dientes del elástico de mi tanga y lo bajó.

Volvió a ponerse de pie, se acercó y empezó a besarme el cuello a la vez que sus manos se colaban entre mis piernas. Siguió besándome mientras me acariciaba y eso me excitaba cada vez más.

De repente, me arrastró hasta una columna, me puso contra el mármol y me tiró del pelo hacia atrás.

—Ahora empieza lo bueno, pequeña.

Sus manos agarraron las mías alrededor de la columna y unas esposas se cerraron en torno a mis muñecas. Me sentía vulnerable, indefensa, pero aquella sensación desconocida me gustaba. Estaba deseando saber qué más pasaría aquella noche.

Él volvió a ponerse detrás, me acarició los pechos, haciendo pequeños círculos en torno a mis pezones. Me besaba por todas partes: en el cuello, en la espalda... Cuando llegó al culo empezó a darme pequeños bocaditos que me hicieron reír, a lo que él respondió con un azote que me provocó un grito de dolor.

—No me interrumpas — susurró en tono amenazador.

Me separó ambas piernas y comenzó a acariciar mi clítoris, primero

lentamente y luego con más intensidad. El calor subía por mi cuerpo y cuando estaba a punto de llegar al orgasmo, él paró. Me hizo inclinarme y me penetró desde atrás. Su pene entraba y salía de mi cuerpo con fuerza mientras él me agarraba por la cintura y me acercaba aún más a su cuerpo.

Lo escuchaba gemir y eso hacía que me excitara más.

—¿Te gusta, pequeña?

—Sí, no pares —dije entre jadeos.

—¿Cómo se piden las cosas?

—Por favor, por favor. No pares.

Dio una última sacudida y ambos gritamos de placer. Salió de mí y unas gotas de semen cayeron por mi espalda.

Acto seguido me agarró, me puso de pie y me quitó las esposas, volvió a ponerse detrás de mí y me sujetó por la cintura. Me cogió en brazos y me dejó encima de una cama.

En ese momento se abrió la puerta y escuché unos tacones acercándose.

—He traído a una amiga que me va a ayudar esta noche. ¿Has estado antes con alguna mujer?

—No, nunca —respondí.

—Siempre hay una primera vez para todo —me respondió una voz femenina.

Me ataron las manos al cabecero de la cama y él me pidió que abriera las piernas.

Noté un mechón de pelo largo y suave por mi cara, ella empezó a besarme y a mordisquearme el labio. La lengua de él recorrió mi cuerpo y fue descendiendo poco a poco hasta llegar al clítoris, dónde continuó haciendo pequeños movimientos circulares con su lengua que me volvían loca.

Ella pasaba cubitos de hielo por mis pezones y seguidamente los lamía. El contraste del frío con el calor de su lengua hizo que un escalofrío recorriera mi cuerpo. No podía parar de gemir.

De repente, él paró, dejándome a punto de llegar al orgasmo. Le ordenó a ella que parara también y me desatara las manos. Una vez libre me hizo ponerme a cuatro patas sobre la cama.

—Ahora, cada vez que gimas voy a darte un azote con esto. —Un trozo de cuero golpeó mi espalda—. Tranquila, no te va a doler, ya verás cómo te acaba gustando.

Él me acariciaba el pelo para tranquilizarme cuando noté algo caliente y pegajoso caer encima de mi culo.

—Perdona, se ha caído un poco de lubricante —se disculpó ella.

—¿Lubric...? ¡Ah!

Ella me estaba metiendo un vibrador por el culo, no me lo esperaba y eso me hizo gritar. Lo sacaba y lo metía lentamente y, aunque al principio me hacía daño, poco a poco el placer fue en aumento.

Intentaba contenerme para no gemir, pero era imposible y él me azotaba con la fusta en el culo. Nunca había experimentado ese tipo de dolor y me estaba resultando bastante placentero. Volví a gemir y él volvió a azotarme.

—Dios pequeña, me encanta tu culo. Me lo follaría durante toda la noche hasta que tuvieras que suplicarme que parara.

Me agarró la cara y empezó a besarme, con fuerza, devorando cada centímetro de mi boca. Su lengua y la mía se unían y se separaban, mis gemidos quedaban ahogados en su boca a la vez que ella seguía penetrándome.

Él se separó, su pene me rozó la boca y me pidió que se lo chupara. Yo obedecí, lo agarré por el culo y lo atraje hacia mí. Tenía un culo prieto, musculoso, suave, como esos que sólo se ven en las películas. Lamí de arriba a abajo su polla y me la metí en la boca. Se la chupé como nunca había chupado nada en mi vida. Estaba dura, caliente y mi lengua no quería dejar de acariciarla. Lo escuchaba a él gemir, ella paró de penetrarme y la oí alejarse. Yo seguía lamiendo y chupando su miembro, él emitió un grito ahogado y un líquido caliente cayó en mi boca.

—No aguanto más, quiero que me folles, quiero que me folles muy fuerte —le dije.

—En el fondo eres una viciosilla. Déjame descansar un minuto y te follaré hasta que te corras.

Me tumbó en la cama, comenzó a besarme el cuello y fue bajando hasta llegar a mis pezones, los lamía y daba pequeños mordisquitos que me hacían gemir. Sus manos bajaron hasta mi coño y me metió un dedo, luego otro.

—Estás cachonda, ¿eh? ¿Quieres que te folle ya?

—Sí, fóllame. Por favor —supliqué.

Me sentó a horcajadas encima de él, apoyé las manos en su pecho y acaricié su torso. Estaba fuerte, musculoso, pero no exagerado. Paseé mis dedos por sus abdominales, su pecho, su cuello y toqué una especie de colgante con forma de pirámide. Él rápidamente me apartó la mano y me la puso sobre su polla. La sujeté con fuerza y comencé a bajar y a subir la mano, notaba como se ponía dura con el contacto, y fui subiendo y bajando cada vez más rápido. Me agarró la

mano, me cogió por la cintura y me subió un poco, luego me puso sobre él y me penetró. Lo sentía dentro de mí, caliente y ansioso. Me movía hacia delante y hacia atrás notando su pene cada vez más duro. Él me agarró por el culo y me acercó aún más hacia él, haciendo que la penetración fuera aún más profunda. Me cogió y se colocó encima, se agarró al cabecero de la cama y comenzó a dar fuertes sacudidas; ambos gemíamos, parecía que íbamos a explotar de placer. Continuó entrando y saliendo de mí hasta que sentí una corriente que me inundaba, ambos gritamos y sentí como si mi cuerpo flotara. Se dejó caer encima de mí, sin haber sacado su polla aún y respirando entrecortadamente.

—Me ha encantado pasar esta noche contigo, pequeña, pero es tarde y tengo que irme ya.

Yo ni siquiera podía hablar, tenía la sensación de que mi mente vagaba por ahí en algún lugar diferente al de mi cuerpo. Asentí con la cabeza y él se quitó de encima. Lo escuché vestirse y decir adiós. Yo seguí tendida en la cama recuperando el aliento. No sé cuánto tiempo pasó hasta que fui capaz de levantarme, quitarme el pañuelo de los ojos y empezar a vestirme. La habitación estaba cubierta por espejos, en las paredes, en el techo... La cama estaba justo en el centro y alrededor había varias columnas de mármol. Había también un armario que abarcaba una pared entera y estaba lleno de juguetes sexuales. Junto a mis zapatos encontré una cajita con una nota que decía: *“Para que te acuerdes de mí sin que nadie se dé cuenta”*, la abrí y dentro había unas bolas chinas.

Sin duda, Raúl iba a flipar cuando me viera aparecer con eso. En ese momento me acordé de que mi novio estaba en casa esperando, me vestí rápidamente y salí corriendo en busca de un taxi.

Al llegar a casa, Raúl estaba en la cama, durmiendo tranquilamente. Guardé la caja en la mesilla de noche, me puse el pijama y me metí en la cama junto a él. Me vinieron a la mente todas las cosas que habían sucedido aquella noche. Parecía algo irreal y el único indicio de que había sido de verdad eran los moratones que tenía en el culo y el cuerpo dolorido. Lo peor es que ni siquiera me sentía culpable, había disfrutado mucho. Sin embargo, no sabía quién me había hecho pasar la mejor noche de mi vida.

A la mañana siguiente, Raúl me despertó con una buena taza de café que agradecí con un beso. No me preguntó por la noche anterior y di las gracias por aquello, así me ahorra inventarme excusas absurdas. Me tomé el café, me vestí y fui al trabajo, como todos los días.

El día estaba siendo agotador, habíamos tenido varias reuniones y el tener

todo el cuerpo hecho polvo no ayudaba demasiado. Sólo tenía ganas de llegar a casa y tirarme en el sofá a ver la tele.

Entré en el edificio y el portero me llamó desde su mesa, me acerqué.

—Señorita, tome su correo.

Se inclinó para coger las cartas del cajón y vi una cadena, de la que colgaba una pequeña pirámide, saliendo del cuello de su camisa. Lo miré con cara de sorpresa. Él me lanzó una sonrisa pícaro y dijo:

—Hasta la próxima, pequeña.

Biografía de Mary Solamente:

Nacida en Madrid en plena transición, es la octava hija de una familia humilde con doce hijos que se mudó siendo ella muy niña a las prosperas tierras extremeñas. Sin apenas estudios, su curiosidad e imaginación la hacían devorar todo lo que caía en sus manos en el quiosco que regentaba una de sus hermanas, llevándola a escribir en secreto sus más intensas historias. Ni su familia ni amigos fueron partícipes de esa forma de evadirse y crear mundos mejores con su fantasía. Su lectura favorita en la adolescencia iba desde el terror de Stephen King a las sagas de V.C. Andrews y pasaban, como sus amoríos, por los versos desgarradores de Gustavo Adolfo Bécquer. Hasta que entró en el mundo de las redes sociales; Facebook fue su plataforma para compartir algunos de sus relatos y versos que abarcaban en desamor, el erotismo y las fantasías más extremas en un grupo secreto de apenas quince amigos, "Sensaciones a Flor de Piel", que jamás olvidará y cuyas amistades son parte de su vida. "El Alemán" es su primer relato publicado y público, y sale de la mano de su gran amiga, la escritora Dama Beltrán y la Colección LCDE, a las que está enormemente agradecida... no es más que una pequeña muestra de su perversa imaginación adulta, ¿o no?... No descarta seguir escribiendo o quizás en un futuro dar a conocer esas historias que guarda con celo y que son parte de su imaginación. Su Facebook: <https://m.facebook.com/msimplemente>

EL ALEMÁN, de Mary Solamente

PROMETÍA ser una noche más; larga y tediosa en aquella sauna de una calle céntrica de Madrid. María, aunque se hacía llamar Sara, se maquillaba sin muchas ganas en su lujosa habitación llena de espejos, jacuzzi, ducha hidromasaje y una cama de dos por dos. Hacia tan solo cuatro meses que decidió, libremente y por curiosidad, ejercer la prostitución. Su experiencia no era mucha en el negocio del sexo y sus filias, pero lo colmaba con su saber hacer, inteligencia y valentía.

Cogió su pequeño bolso de mano, revisó con esmero su interior enumerando cada uno de su contenido:

—Preservativos, sí. Barra de labios, sí. Chicles, sí. Tabaco, mechero y móvil, ¡lista!

Se perfumó como hacen las Divas, espolvoreando el perfume en el aire y pasando a través de esa suave lluvia con elegancia. Así también el cuarto quedaba impregnado de aquella maravillosa fragancia. Echó un último vistazo y apagó las luces cerrando con llave.

Pasaron las dos y media de la madrugada y apenas habían entrado una docena de clientes. Para las cinco mujeres que estábamos en la sauna, era una ruina porque no nos daba ni para pagar la cama. Sara, como siempre, ya había estrenado la noche. Lógico, ¿quién se puede resistir a un bomboncito rubio de ojos verdes, pecho grandes, labios carnosos y con la juventud de diecinueve años? Nadie. Cuando un cliente no era de su agrado, porque era feo, viejo o desprendía mal olor, se las apañaba para llevarlo al baño e higienizarlo. Mientras el hombre se limpiaba, ella realizaba su treta. Se sacaba los enormes pechos y lo volvía loco de excitación con unos suaves roces sobre el sexo, que cada vez estaba más excitado, más turgente, hasta que conseguía su propósito, que el

cliente se corriese en sus pechos y abandonara la idea de llevarla a la cama. Sara era joven, pero como ya he dicho, no era tonta. Sabía muy bien lo que deseaban los hombres y lo exprimía al máximo. Tenía mucho poder, más de lo que ella se imaginaba, y aquella noche conocería el alcance de su fuerza.

Hacía bastante tiempo que dos chicas andaban bebiendo *champagne* en una de las mesas de cristal que estaba situada en el lugar más discreto del local. Se escuchaban muchas risas; Sara no cesaba de mirar hacia aquel lugar y preguntarse quién sería el tipo que estaba despilfarrando aquella cantidad de dinero, además del motivo de aquellas fuertes carcajadas. «Será el típico gracioso, feo y bastante colocado», se dijo. Suelen meterse en la sauna y, como los antiguos romanos sentados en tronos, deseaban ser venerados por las chicas a las que pagaban. Mujeres que se dejaban magrear por la cantidad de pasta que al final de aquella sesión obtendrían. Sara comenzó a jugar al tetris que tenía en su móvil. De repente levantó la cabeza y miró de nuevo hacia el lugar de donde salían las risas; ahora estaba en silencio, parecía que no había nadie. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia Javivi, el encargado de la sauna. Sin ningún tipo de explicaciones le preguntó dónde estaban las chicas y el tipo de las risas.

—¿El Alemán? Subió con todas a la suite principal. ¿No vistes que pidió *champagne* para todas? Sara... siempre en tu mundo. ¡Corre, vete a la habitación! —le insistió con una sonrisa de oreja a oreja.

Mientras subía las escaleras su cabeza echaba humo. Se preguntaba el porqué de no ser invitada a la suite, además de no sacarle al tipejo una botella de aquel delicioso néctar. Se centró en el egoísmo de sus compañeras. Ella siempre las ayudaba, y cedía o compartía algún cliente para que al menos pagaran la plaza.

«¡Maldita sea, María! No aprenderás nunca que en este mundillo no existe el compañerismo», se regañaba mientras se dirigía hacia la suite. «¡Pues se van a enterar estas malditas putas de quien soy yo!»

No llamó a la puerta; la abrió con tanta fuerza que se le escapó y golpeó la pared. Se hizo el silencio, apagándose aquellas risas que salían de la habitación antes de su brusca interrupción. Estaba realmente cabreada, dispuesta a hacerse notar y pisar a quien no había contado con ella. Su mirada era ardiente, el fuego de la ira se reflejaba en sus verdes ojos. Todo el mundo la miraba asustado, sin embargo el alemán, no. Sus pupilas se dilataron y abrió la boca ante su sorpresa. Había entrado una diosa a la que venerar.

—¿Os estáis divirtiendo, chicas? —preguntó desde la puerta mientras dibujaba en su juvenil rostro una maldad y picardía inimaginable. Las mujeres no

desprendían de sus bocas ni una palabra. Desnudas y sujetando en sus manos aquellas copas de champagne, estaban desconcertadas ante la intromisión de Sara.

—Ahora me toca divertirme a mí, *perras*. Vais a obedecerme sin rechistar. Y tú —levantó su dedo inquisidor hacia el alemán que la miraba anonadado—. Te quiero desnudo y arrodillado ante mí. Elegiste muy mal la compañía y el lado que te corresponde. Ahora vas a recibir tu castigo. ¡Desnúdate ya, puta basura!

Sara no supo que él no la entendía. Apenas hablaba español. Pero no hacía falta, con aquel gesto el hombre supo perfectamente qué es lo que debía hacer.

Jamás había practicado el sadomasoquismo. Ni que decir tiene de dar órdenes, tratar a todo el mundo con autoridad, y mucho menos tratar al cliente con desprecio. En aquel momento no veía a las chicas como sus compañeras, sino como unas perras quienes debían de acatar sus deseos sin pestañear.

Todos acataron su primera orden. Cada uno de los presentes se arrodilló ante ella tal como les había mandado, desnudos. Las asombradas mujeres se miraban unas a las otras, pensando qué sería lo siguiente que ella desearía.

Con una actitud serena, Sara se dirigió hacia el telefonillo que había en la habitación y lo pulsó. Rápidamente Javivi le preguntó qué deseaba y ella, con voz calmada, le pidió tres botellas de aquel delicioso *champagne* que habían estado tomando aquellas zorras.

—¿Necesitas algo más? —preguntó el hombre, asombrado por su llamada.

—Coge la llave maestra, ve a mi habitación y trae una maleta que tengo bajo la cama —le explicó mientras miraba con desprecio a su alrededor.

Mientras esperaba a que Javivi cumpliera su encargo, caminó con fuertes y decididos pasos frente a las cuatro mujeres y el alemán, quienes permanecían callados en el suelo.

—Vivi, levántate y coge el pañuelo blanco de Tamy. Ata las manos de ese perro mudo. Ya ha llegado el momento de darle el placer que venía buscando. Porque eso es lo que nosotras ofrecemos, ¿verdad, perras?

En tan solo unos minutos, Sara había pasado del ardor de la ira al calor del placer. Sintió cómo sus pezones se endurecían y su sexo comenzaba a empapar la escueta lencería que llevaba puesta. Su cuerpo se erizó tras contemplar con adoración que sus mandatos eran acatados en el acto. Notó su clítoris palpitar, deseoso de continuar aquella batalla sexual que había comenzado.

Se veía poderosa. Controlaba la situación. No se le escapaba el más mínimo detalle, había nacido una dómina. Aquellas cinco personas no tenían ni idea de la

fuerza que tenía la perversa mente juvenil.

De repente Javivi llamó a la puerta. Le dio paso para entrar, pero se quedó inmóvil en la puerta. Sus ojos proyectaban una imagen que, en sus años de trabajo, no había visto jamás. No consiguió escupir ni una sola palabra. Entró, depositó las botellas donde Sara le ordenó y retiró las vacías. Con cierto miedo, dejó la bolsa que agarraba con fuerza en su mano y, sin mirar atrás, prácticamente huyó de allí.

Sara sonrió de medio lado. Comenzó a comprender ciertos impulsos que había tenido una tarde al visitar un Sex-shop. Nada de aquel lugar llamaba su atención salvo unos objetos extraños para ella, los cuales había adquirido pensando que tal vez en alguna ocasión especial los usaría. Y hoy lo era. Abrió su maletín y comenzó a depositar sobre la cama lo que se encontraba en su interior: unas esposas de metal, una pala hecha de cuero, un látigo (cola de gato), una mordaza, pinzas para los pezones y varios consoladores, entre los cuales se encontraba un arnés con un pene de veintidós centímetros. Sonrió cuando observó las caras de sus vasallos. Una mezcla de curiosidad y placer aparecían en aquellos rostros, anticipándose a lo que vendría después.

—¡Perras! —Se giró hacia ellas y comenzó a gritar enérgicamente—. Quiero que hagáis sin rechistar todo lo que yo os mande. Si alguna de vosotras osa titubear, pagaré mi ira con el látigo en su piel. No seré nada piadosa. —Atrapó aquel instrumento y lo hizo cantar en el aire. Las chicas la miraban atónitas. Ninguna quería sufrir en su cuerpo la ira de Sara. Se giró sobre sus altísimos tacones y comenzó su juego—. Tamy y Raquel, poneos de pie. Llenar el jacuzzi con agua bien caliente. Todos necesitáis un baño antes de jugar y disfrutar a mi antojo. Alemán, —clavó su ardiente mirada sobre el hombre—, dirígete sin mirarme hacia la ducha, y lava ese cuerpo blancucho y baboseado por estas perras. Ahora vas a saber qué es la *Furia Española*.

Sara continuó dando órdenes a la vez que ellos las acataban como marionetas, provocando en ella un aumento de su lívido. Sin poder controlar el deseo sexual que había crecido en ella, sentía cómo recorría por sus muslos el zumo del deseo. Su tanga no podía empapar más aquellas babas sexuales. Su dominación se hacía cada vez más profunda y excitante.

La primera escena que ordenó, después de que todos se lavaran hasta no dejar rastro de lo vivido antes de ella, fue que Vivi le apretara de tal forma los testículos del *juguete*, que dejaran de ser rojos para pasar a un morado intenso.

Como premio a tal hecho, Raquel atrapaba en su boca el sexo cada vez más erecto del hombre. Succionaba con tanta avidez, que Sara podía ver desde su posición, unos hilos de saliva bajando por el pene del alemán. Sara estuvo a punto de aullar. Aquello le excitó más que cuando le hacían sexo oral. Sentía entre sus piernas unas palpitaciones extraordinarias y su cuerpo iniciaba un balanceo de deseo, pero no se dejaría llevar, tenía que mantener su posición y seguir ordenando. Tras ordenarle a Tamy que se alimentara del sexo de Raquel, se agachó y le retiró el cabello. Deseaba ver cómo aquella lengua lamía y comía aquellos jugos que no cesaban de fluir de ese coño que ella ya había saboreado. Era toda una oda al erotismo ver cómo se retorcían de placer, y saber que ella era quien les ordenaba cuándo debían de explotar. A la vez que ellos continuaban su mandato obedientes y complacientes sumisos. Sara afianzó el arnés en sus caderas y repartió los consoladores a las chicas. No le hacía falta hablar, ellas sabían qué deseaba su Diosa. De pronto la habitación se llenó de un precioso sonido de placer. Las chicas gemían ante las constantes invasiones que se regalaban, haciendo enloquecer a Sara de éxtasis. Giró su mirada hacia el alemán, quien llevaba en su interior un plug metálico que Jenny le había introducido para ir preparándolo para los deseos de ella. Sara la había elegido para tal honor porque quería agradecerle que hubiera contado con su presencia en un lésbico que le pidió un cliente.

—¡A cuatro patas, perro! Te voy a dar lo que tus ojos piden. —Acariciaba con sus manos el inmenso pene de plástico—. Te daré ese gusto, pero primero voy a cambiar esa piel blancucha que tienes. Jenny, coloca al perro la mordaza. Disfrutaremos juntas con esa pala y látigo.

Pero Jenny, pidiéndole permiso para hablar, le aconsejó que no le hiciera marcas al cliente. No conocían nada de él y tampoco querían causarle algún problema en su vida. Como ella era la experta en BDSM, Sara aceptó su proposición. Como alternativa, mojaron unas toallas y enrollándolas, le ofrecieron aquello que habían prometido. El alemán sintió en su cuerpo el picor y el escozor de aquel castigo, pero sobre todo pudo sentir el placer que era ser el objeto del deseo de aquellas mujeres. Lo azotaron unas treinta veces mientras se escuchaba como música de fondo los incesantes gemidos de las mujeres que se afanaban por introducir en sus coños aquellos prominentes consoladores. Sara seguía afirmando que nunca había vivido en su andadura sexual algo tan bello y tan excitante. Estaba siendo la directora de una orquesta de jadeos y orgasmos que llevarían a todas sus perras hasta la extenuación. No olvidarían jamás aquel

día, no olvidarían jamás quién mandaba sobre ellas.

El alemán babeaba sin cesar. Aquella mordaza le impedía gritar de gusto, pero dejaba pasar la saliva de la satisfacción. Sus ojos estaban abiertos como platos y su polla estaba a punto de explotar. Sara clavó sus ardientes ojos en él y notó una súplica en el rostro del hombre. Necesitaba ser premiado. Se ajustó el arnés y agarró la anilla metálica que sobresalía del cuerpo del hombre. Tiró de ella sin miramientos y el alemán aulló a través de aquella mordaza.

—Shhh... Calla perrito. Como te has portado muy bien recibirás un delicioso y placentero regalo. Voy a follar es culito estrecho, y cuando esté bien abierto, recibirás una sorpresa muy refrescante.

Agarrando sus caderas y de una sola empellada, Sara penetró al hombre que le estaba entregando su culo, mientras Jenny le retiraba la mordaza y le obligaba a lamerla el sexo. Las embestidas eran brutales. Había dejado a un lado la ira para dar paso a su ardiente deseo perverso. Sara invadía aquel cuerpo a base de balanceos forzosos, sintiendo las vibraciones del placer en sus caderas y cerciorándose que aquel culo le pertenecía. En una de sus invasiones, alargó la mano y notó que los testículos estaban a punto de explotar.

—Aún no, perrito. No te permito que tu lefa salpique mis zapatos. Por cierto, ¿te gustan? —El hombre asintió—. Pues quiero que los lamas desde la punta hasta el tacón. Lubrícalo bien, porque con ellos te volveré a follar.

Las perras pidieron permiso a Sara para postrarse de rodillas ante ella. Se lo otorgó, pero antes debían cumplir otro mandato: darse placer con sus bocas y sus manos. Así calmarían el dolor que los consoladores les habían realizado. Aquella visión hizo que llevara sus manos hacia sus duros y erectos pezones, recordando mientras se pellizcaba que era hora de probar las pinzas. Ordenó a Jenny que se las colocara, pero antes de ello, hizo que se los llevara a su boca para lamerlos y morderlos. Una calidez bajo sus piernas llamó su atención. Vivi estaba bebiendo de ella insaciable, con gran maestría y la hizo estallar. Aquella boca la llevó a tener un clímax inimaginable. Las tres explotaron al unísono. Los gemidos que emanaron de su boca hizo que el alemán las mirara atónito mientras seguía lamiendo el tacón. Cuando volvió a dominar la situación, premió a las mujeres con apasionados besos. Sara se refrescó en la ducha y enseguida volvió a colocarse el zapato lubricado con saliva. Sin titubear y con un solo gesto ordenó al alemán colocarse a cuatro patas. Y se adueñó de su culo con aquel tacón de doce centímetros. Estuvo un rato disfrutando y compartiendo aquella intromisión con aquellas a las que llamaba perras. Retorciendo el stiletto dentro del hombre.

Cuando pensó que ya se había divertido lo suficiente, quiso premiar a su *perro frankfurt*. Atrapó una de las botellas de champagne de la cubitera, la descorchó, la agitó y tapando con un dedo la abertura del cristal, lo dirigió hacia el recto del alemán. Puso su mano sobre la espalda del hombre y este supo qué hacer. Suavemente, y con cuidado de soltar en el momento justo el dedo de la boca de la botella, se la introdujo en el dilatado y palpitante agujero. Cuando la presión fue liberada, el alemán dio un pequeño respingo al sentir cómo aquel líquido caminaba en su interior. Fue la lavativa más cara que aquel perro tendría jamás, recibéndola con tal ansiedad y placer que explotó, dejando esparcido por el suelo el semen que había retenido con verdadero sufrimiento.

Sara no habló, se dirigió hacia su habitación bajo la atenta mirada del alemán, quien la observaba con agradecimiento y veneración.

Había amanecido. Quizás el sol llevaba allí bastante tiempo siendo el silencioso espectador de aquella sesión. Sara se sentó frente al espejo y con un algodón retiró aquella máscara de maquillaje que cada noche la acompañaba y se marchó a descansar. Sin embargo esa mañana era sin duda distinta, de allí floreció una diosa que andaba dormida. Se había convertido en una Dómina con cuatro perras que la adoraban y con una suculenta suma de dinero entre sus manos. La Diosa de la "Sauna Madrid" había despertado.

Biografía de Muireann Cooke.

La escritora que está detrás del seudónimo de Muireann Cooke nació en Badajoz en 1972. A los dos años se trasladó a Madrid con su familia donde ha vivido hasta 2004. Actualmente reside en la encantadora ciudad de Zafra (Badajoz).

Autora de la novela romántica ***El alma trasplantada***, ahora nos sorprende con un giro hacia el género romántico para adultos con su primer relato erótico ***A través de la ventana***.

A TRAVÉS DE LA VENTANA de Muireann Cooke

NATALIA abrió la puerta de su piso y tiró el bolso al suelo cabreada. El encuentro en la escalera con Gabriel, su vecino de arriba, había vuelto a frustrarla. Llevaba casi un año cruzándose con él a la hora de tirar la basura o de mirar el buzón y no había conseguido sacarle nada más allá de los buenos días, buenas noches, un *hola, qué tal*, y comenzaba a cansarse de su fingida indiferencia. Sus ojos oscuros brillaban al mirarla y resultaba tan evidente la atracción que sentía hacia ella que la rabia la devoraba por dentro al vivir en la eterna espera. Ella, a su vez, se había visto envuelta en su juego de seducción y había caído, como una idiota, rendida ante la belleza de su mirada, su cuerpo perfecto de anchas espaldas y fuertes brazos. Nunca lo había visto por el gimnasio pero estaba claro que cuidaba su cuerpo.

Lo que la reventaba era aquella absurda timidez. ¿Cómo un hombre de tanto éxito, jefe del departamento de informática de una gran empresa, podía ser tan parco en palabras y tan distante? La conversación más larga que había conseguido tener con él había sido un día de lluvia, ambos corriendo hacia el portal, sobre el mal tiempo que hacía. Para llorar.

Miró hacia el patio interior. Ahí estaba, justo frente a ella una planta más arriba, sentado en el ordenador mientras lanzaba furtivas miradas hacia su ventana. En esa posición se sentía observada; no obstante, no hacía nada para evitarlo. Al contrario: había cambiado unas gruesas cortinas por unos visillos color beige por los que se sabía observada cada noche al encender la luz.

Había probado todo tipo de artimañas, se había provisto de las prendas íntimas más sexys para llevarlas sin pudor por la casa, pero sin ningún resultado,

salvo las tórridas miradas que acompañaban a su escueto saludo.

Por un instante se encontró con su mirada y él se la sostuvo. Aprovechó esos escasos segundos para sentir la descarga eléctrica que le producían sus profundos ojos negros. Su respiración se aceleró hasta ahogarla y comenzó a sentir los labios hinchados, los pezones duros y punzadas en el vientre. Suspiró sin apartar sus ojos de los lejanos que la observaban tras los cristales hasta que estos, al fin, desviaron la mirada.

—No... —se quejó dejándose caer en el mullido sofá frente a su ventana.

Ahora ocurriría lo de siempre: se ducharía con agua fría, se hincharía a comer chocolate y se acostaría para dar vueltas y vueltas en la cama hasta dormir un par de horas, y despertar a media noche tras un violento orgasmo provocado por un absurdo sueño erótico. Y se sentiría sola, vacía, engañada por su propia inconsciencia.

Sacudió la cabeza. No. Esta vez no. Si la loca idea que cruzaba su chamuscado cerebro no le daba el tan buscado éxito, se mudaría al día siguiente, pero hoy no se contentaría con su deprimente remedio de emergencia.

Entró en la habitación, se quitó la ropa y se vistió con una camiseta ajustada de color rojo, con un generoso escote redondo y abotonada hasta abajo, una falda diminuta de vuelo, tan corta que no se atrevía a ponérsela por la calle desde que cumplió los dieciocho años y que, por tanto, hacía más de diez que no se ponía. Para su suerte, aún le quedaba perfecta. Debajo se quedó el conjunto negro de encaje consistente en un tanga y un sujetador sin relleno que dejaba adivinar los generosos pechos que apenas se escondían tras él.

Abrió un cajón del armario y sacó un paquete que había recogido de correos hacía más de un mes y que aún no se había atrevido siquiera a desenvolver. Con el corazón retumbando en su pecho, en sus carótidas y en sus sienes, con manos temblorosas, desembaló el paquete donde había una cajita negra alargada. La abrió y sacó de ella el objeto tabú que llevaba allí demasiado tiempo esperando ser rescatado.

Paseó los dedos por su envergadura. El tacto suave y firme de la silicona le hicieron sentir deseos de probarlo de inmediato. Allí estaba, su amante incondicional para proporcionarle placer a cambio de cambiarle las pilas de vez en cuando.

Entró en el cuarto de baño y lo lavó con jabón, tal y como indicaban sus instrucciones de uso, lo secó con mimo imaginando que aquel falo artificial formaba parte de aquel hombre que la esperaba tras la ventana del piso de arriba,

y dirigió sus pasos al salón.

Se sentó en el sofá frente a la ventana y fue víctima de un repentino azoro. Tuvo que levantarse para encender la lamparita de pie y apagar la luz principal. El corazón le seguía latiendo desbocado y la sangre fluía por sus venas cual lava volcánica. Aún se debatía entre hacer realidad la fantasía que le rondaba la cabeza como una locura, o encerrarse en su habitación y darle gusto al cuerpo en un frío y maquinal plan de emergencia.

Tal vez, si la tormenta hormonal no hubiera obnubilado su mente, se habría decantado por la segunda opción, pero toda entera bullía de desesperación y no tuvo la suficiente cordura como para detenerse. Tras haber elegido la primera pista: *Ahora*, del famoso *Minage* de Mónica Naranjo, volvió a sentarse en el sofá y se dejó llevar por la sensualidad de la música a la vez que cerraba los ojos. Ni siquiera se había molestado en mirar si él se dedicaba a mirarla tras la ventana, como solía hacer cada noche. Tal vez, si se hubiera encontrado directamente con sus ojos negros, se habría echado atrás.

Se soltó el largo cabello rubio y este se desparramó por la blandura del sofá. Comenzó, con timidez, a deslizar su dedo pulgar por sus hinchados labios y su cuerpo le respondió con un sonoro suspiro, luego siguió arrastrando su mano temblorosa por la barbilla, el cuello y el escote, y al llegar a sus senos, los apretó por encima de la ropa, sintiendo que sus pezones se rebelaban y le pedían suplicantes que los liberase de su prisión. Con desesperación desabrochó dos botones de su camiseta roja de canalé y bajó los tirantes del sujetador para liberar dos ardientes y firmes senos. Volvió a apretarlos, a magrearlos, mientras notaba nublarse su vista solo con imaginar que su espía del piso de arriba disfrutaba contemplándola tanto como lo hacía ella. Sin embargo, no alzó la vista, sino que prefirió fijarse en la dureza de sus sensibles pezones que le suplicaban caricias.

Comenzó a jugarlos deslizando los índices de ambas manos sobre ellos, rozándolos, haciéndolos bailar en círculos, apretándolos. El ritmo de su respiración se aceleró más aún, y los tomó entre el índice y el pulgar tirando de ellos hasta provocarse más placer. Gimió. Volvió a tirar de ellos. Gimió de nuevo a la vez que su cadera se arqueaba y contoneaba en un movimiento involuntario.

Sentía la vulva abierta, húmeda y caliente. El fino tanga había invadido, travieso, el valle hinchado y enrojecido de su cuerpo, y su roce no hacía más que provocarle un placer involuntario.

Se llevó un dedo de la mano izquierda a la boca para humedecerlo y después

lo deslizó por su duro pezón, una y otra vez, mientras la mano derecha desabrochaba el resto de botones para luego bajar acariciando su liso vientre, de piel tersa y erizada por las sensaciones que la desbordaban. Acarició con lentitud la parte interior de sus muslos y pasó su mano por el monte de Venus para abrir unos labios que casi daban ya acceso a su hinchado clítoris. Lo acarició y deslizó el dedo hasta su vagina, volvió a subir, una y otra vez, en una cadencia lenta y morbosa, sin prisa. Su garganta emitía gemidos en voz alta, sin importarle ya que alguien pudiera escucharla.

En el dulce trance de aquel placer proporcionado por ella misma intentó adivinar lo que se escondía bajo esas camisas formales que solía vestir aquel hombre que había acabado por volverla loca y deseó saborear su sexo, duro y palpitante. Entreabrió los labios y casi pudo sentir el duro contacto presionando el cielo de su boca.

De pronto, abrió los ojos y lo vio asomado a la ventana, con la boca abierta y ojos desorbitados que al encontrarse con los suyos se entornaron.

—Sí... mírame... —susurró con voz ardiente—. Mira cómo me muero por ti.

Aumentó el ritmo de su caricia, su cadera se sacudió enloquecida y su dedo se centró en frotar con desesperación el clítoris hasta que una oleada de placer la sacudió. Gritó, enloquecida, emitiendo un sonido gutural que acabó en un leve susurro:

—Te quiero... —musitó perdiéndose en la tórrida mirada que la contemplaba al otro lado del patio interior.

El placer inmenso dio lugar al vacío y las lágrimas invadieron su rostro aún acalorado tras el brutal orgasmo. Miró al aparatito escondido bajo una de sus nalgas, que ni siquiera había llegado a utilizar. Había imaginado una lenta penetración, tenía planeado encender el motor vibratorio de aquel pene de silicona para ir aumentando de forma progresiva el ritmo hasta estallar de nuevo. Mas su cuerpo se había quedado frío, su alma vacía, herida.

Cogió el aparato y lo guardó de nuevo en su caja, acabó de quitarse el sujetador, que no solía llevar ya a esas horas de la noche, y volvió a abrocharse la camiseta abotonada de canalé. Sus carrillos ardían al ser consciente de la vergüenza que había vuelto a aparecer una vez recobrada la cordura. Estaba decidido: Mañana, al salir del trabajo, acudiría a una inmobiliaria y se mudaría a la otra punta de la ciudad. Se moriría si volvía a cruzarse con él en la escalera. Además, necesitaba olvidarlo. Había convertido a su vecino en una especie de amor inalcanzable que la estaba matando de la forma más absurda.

Estaba en la cocina preparando la cena cuando sonó el timbre. ¿A las diez de la noche? Por un momento se permitió pensar que podía ser él pero desechó la idea de inmediato, por absurda. Seguro que sería la pesada de al lado para pedirle un poquito de sal, o aceite, o cualquier otro aburrido producto culinario.

Apagó el fuego y abrió la puerta a la vez que soltaba el aire con hastío, mirando al suelo con desgana.

Alzó la cabeza y se encontró con unos ojos negros que la taladraron con sus pupilas en décimas de segundo. Abrió la boca y contrajo los brazos que quedaron a media altura en actitud defensiva. Quiso decir algo pero Gabriel, su tímido vecino, se abalanzó sobre ella y se apoderó sin piedad de sus labios. Ella, tan sorprendida que no fue capaz de reaccionar, se dejó hacer como un monigote sin voluntad. Su cabeza daba vueltas, su loco cerebro intentaba encontrar la consciencia sin ningún éxito.

Las manos del intruso se deslizaron hasta los botones de su camiseta y los desabrochó con lentitud; sin embargo, el cuerpo seguía sin responderle y se dejó hacer cuando sus dedos suaves acariciaron sus pezones, que volvieron a responder con premura. En ese momento ella retomó el control y, poniéndose de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y se adueñó de su boca, explorándola desesperada con su lengua. Un gemido fue la respuesta a su ardiente caricia.

Desabrochó su camisa y se apretó contra él hasta sentir la calidez de su piel y la dureza de su miembro. Aspiró el olor que desprendía su cuerpo en el momento de deslizar su lengua por el cuello de su atacante, mezcla de gel de ducha, desodorante, mar embravecido y cuero viejo.

—Exijo que me des lo que me has ofrecido —ordenó una ardiente voz susurrando en su oído.

—Aquí lo tienes —se ofreció deshaciéndose de la falda y la camiseta—. Ven a por ello si tanto te interesa.

Lo miró con sus ojos verdes de gata en celo y echó a andar hacia el dormitorio con un exagerado vaivén de sus caderas. De manera deliberada le dio la espalda para dejarle contemplar sus nalgas firmes y bien formadas.

Él se deshizo de la camisa y los pantalones, y se apretó contra ella por la espalda. Natalia sintió cómo se erizaba su piel al notar la dura presión de su erección y se hizo consciente del ansia por sentirla en su interior.

Se dio la vuelta y volvió a besarlo. Tiró de él hasta tenerlo sobre ella en la cama y después lo obligó a dar un giro para aprisionarlo bajo sus muslos. Ahora era suyo, entera y solamente suyo.

Tiró de sus boxer ajustados hasta liberar el pene erecto que se le ofrecía latente y húmedo. Se recogió el cabello con una mano y con la otra lo agarró y lo saboreó con desesperación, moviendo su cabeza hasta introducirlo en su boca casi por completo, una y otra vez. De vez en cuando, lo sacaba de su boca para acariciar la fina piel del glande con su lengua haciendo círculos para acabar introduciéndolo de nuevo hasta el cielo de la boca.

Escuchaba los gemidos que desgarraban su garganta y su ansia aumentaba al saber que le producía tanto placer. Había vivido un año entero suspirando por él, deseando ser la dueña de su cuerpo y ahora lo tenía a su entera disposición.

La cadera de su víctima se arqueó y un fluido cálido acarició su paladar para resbalar hasta su garganta. Un sabor que le trajo remembranzas dispares se adueñó de sus papilas gustativas: un crujiente tronco de lechuga que le dejó la lengua rasposa como un caqui, una sustancia viscosa que se quedó alojada en su garganta recordándole que le había robado su esencia.

Cuando el supuesto atacante se recuperó de la invasión, se irguió y la obligó a tumbarse en la cama tirando de su abundante y rubia melena. Ella ofreció sus senos, que se movían al compás del ritmo espasmódico de su respiración, y él los devoró con fruición, primero uno, después el otro. Jugó con la punta de su lengua dibujando círculos en los hinchados pezones hasta que eligió uno de ellos, al que dedicó toda su atención mientras pellizcaba con la mano el que quedaba libre. Natalia no dejaba de emitir sonidos guturales que iban en aumento conforme él se volvía más agresivo, pellizcando con más fuerza, mordisqueando y volviendo a acariciar después con su lengua ardiente.

Luego bajó por su vientre hasta alcanzar la redondez de su ombligo y volvió a dibujar círculos dentro de este a la vez que le abría los labios de la vulva y acariciaba la cálida humedad que se ofrecía abierta a él. La respiración de la ardiente vecina se volvió frenética y su cadera se movió en un ruego. Él la entendió a la perfección y le introdujo un dedo en la vagina, luego otro, y otro más, y comenzó a moverlos de adentro a afuera sin dejar de frotar su clítoris hasta que un grito ahogado en la almohada y la desenfrenada contracción de sus músculos vaginales le regalaron un nuevo orgasmo, esta vez sin la separación del abismo que suponía el patio interior.

Saboreó la dulce acidez de sus dedos con los ojos cerrados, en un gesto de satisfacción antes de inmovilizarla bajo su cuerpo, abrir sus muslos y penetrarla con brusquedad. El sonido ronco de su voz le anunció el placer robado a su poseída.

Se movió dentro de ella, primero sin prisas, de forma lenta y pausada, haciendo caso omiso a las sacudidas de ella que le incitaban a aumentar la velocidad de sus embestidas.

—Dame más... —rogó Natalia con un hilo de voz.

Él la obedeció por fin embistiéndola hasta el fondo, lento y brusco, una y otra vez, hasta que su propio cuerpo le hizo imposible seguir a ese ritmo de tortura y se vio obligado a aumentar la cadencia de su penetración. Ella gemía enloquecida en cada choque de caderas, moviéndose con él hasta retorcerse de placer. Buscó sus labios y los devoró, avasalló su boca con su lengua y no paró hasta que no sintió la contracción del miembro que la poseía y el calor de su eyaculación.

—Natalia... —susurró Gabriel recobrando la consciencia como quien se libera de un hechizo—. ¡Dios mío, Natalia! ¿Qué hemos hecho?

Ella lo miró con ojos vidriosos y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios. Acarició su pelo encaracolado y bajó con ternura sus manos para acariciar sus mejillas.

—Amarnos. —Su voz sonó rota por la emoción que desbordaba su garganta.

—¿Tú me... me amas? —volvió a preguntar, asombrado cuando ella asintió con una sonrisa. Su rostro se iluminó—. ¡Oh, vida mía! Yo sí que te amo, tanto que...

Su voz se disipó en el aire, incapaz de encontrar una comparación digna para describir un sentimiento infinito.

—Pues ámame ahora —rogó hechizándolo de nuevo con sus ojos verdes.

—Ahora y siempre que tú quieras...

Biografía de Tamara Bueno:

Nací en Cádiz capital en agosto del ochenta y cinco, pero residí en El Puerto de Santa María toda mi vida hasta los dieciocho años, cuando me fui a buscar mi camino. El cual me ha traído a un pueblo de Sevilla. Estudié, sí; pero aquello no llenaba mi mundo y mi mundo era interno y quería florecer.

He leído desde niña. Mi abuelo me contaba cuentos y mi madre se los inventaba. Mi padre devora libros y yo he seguido su ejemplo. Pero no me bastó con eso y en 2010, tras leer una novela de romántica paranormal que me caló,

decidí dejar volar mi imaginación. Antes mis ideas eran plasmadas solo para mí. Historias que trascurrían en mi imaginación y que el único papel que veían eran las hojas de un diario.

Pero la novela romántica es mi pasión. Sentimental y paranormal predominan en mi pluma y ahora mi primera obra ve el mundo y se presenta para decir: *Esta soy yo*.

“**Cenizas: Amores Inesperados**”, es la primera novela con la que me doy a conocer en Amazon.

Mi último lanzamiento ha sido mi primera novela escrita, “**El Despertar**”, el 26 de junio de 2014, perteneciente a la saga de romántica paranormal “**Ángeles en la Tierra**”. Además de todo esto, he encontrado algo más que me llena y es la corrección. En los últimos meses he tenido el placer y el honor de trabajar con escritoras y escritores de España y Latinoamérica. Compañeros y compañeras que han depositado sus textos en mis manos para ayudarles a pulirlos. Y mi ilusión ahora es mayor. Ahora puedo desarrollar mi pasión con un abanico más amplio, y es maravilloso. Todo esto florece gracias a una persona, una que siempre me ha motivado a seguir y a perseguir mi sueño. Por él, mi pareja, soy gran parte de lo que soy. Mis sitios web:

—Blog personal: <http://tamarabueno85.blogspot.com.es/>

—Blog de la saga Ángeles en la Tierra:

<http://sagaangelesenlatierra.blogspot.com.es/>

LOBA, de Tamara Bueno

MALDITA sea. Estamos tienda con tienda, por el amor de Dios. Se ha pasado medio día casi desnuda con ese mini biquini; y la verdad, me da igual que me saque siete años, ya no soy un niño y tiene que dejar de llamarme «mocos». Pienso demostrarle lo macho...

El ruido que hace la cremallera de la tienda de campaña al abrirse me hace dar un respingo. Poco a poco se desliza de una punta a la otra hasta quedar abierta; sin embargo, no me permite ver más allá de ella, pues sea quien sea, no ha asomado la patita como el lobo feroz... Pero la incertidumbre solo dura el tiempo de diez latidos, diez cada vez más angustiosos, hasta que la mano femenina hace acto de presencia; entonces un palpito se pierde... Ana aparece en el umbral, bañada por la luz de la luna y, al parecer, eso no es lo único que ha cubierto su cuerpo. Está protegida por una toalla enroscada al cuerpo y su cabello se extiende a su alrededor, un hermoso halo de hebras negras que perfilan su rostro en forma de corazón y esos intensos ojos verdes, que en este momento tienen una expresión...

—Si dices sí, te haré llegar al cielo y mañana... mañana ya veremos; pero, si dices que no, pues... esto no habrá pasado y tú dejarás de mirarme de esa forma. Tú decides.

La visión de su cuerpo, apenas cubierto por ese minúsculo trozo de tela, me nublaba el raciocinio, pero sigue habiendo una parte de mí...

—Diré sí, ahora, pero mañana... mañana serás tú la que vuelva a venir a mí, siempre lo harás.

Con movimientos gatunos, penetra al interior de la tienda y cierra tras de sí. Sus ojos se enfrentan a los míos, la perfecta armonía de la naturaleza. Hierba y tierra.

—Dirás sí porque tu cuerpo ya ha reaccionado y dirás sí porque te lo he ofrecido y aún no me has dicho que me marche... y lo harás porque... —Dejando esas palabras en el aire, sin perder o apartar los ojos de los míos, solo un gesto me hace desviar la mirada y a duras penas me contengo y mantengo la vista solo en sus esmeraldas, que ahora brillan con cierto humor al reparar en mi tensión cuando la toalla llega al suelo.

Me intento contener, ser fuerte, pero el tejido del pantalón muestra lo que hay en mi interior sin que pueda ocultarlo.

—Te está permitido mirar, lo de tocar aún está en mis manos y yo te diré cuándo y cómo puedes ejercer algún movimiento.

Su voz, al igual que la de una sirena, hipnotiza y demuestra que su experiencia va más allá de lo que yo quisiera, pero doblega mi voluntad y mis ojos recorren sus mejillas, sus labios, su cuello y sigo descendiendo hasta... El hilo de mis pensamientos se deshace ante la visión de sus hermosos pechos, pero no es eso lo que turba mis sentidos...

—¿Qué...? —Las palabras se me quedan atascadas cuando ella, cual gata, avanza hacia mí. El primer contacto de sus manos es como el aplomo, seguro, diestro y seco, de un animal salvaje al acecho, y el segundo imita al anterior, pero esta vez sobre mi muslo, cerca, peligrosamente cerca de una excitación fuera de control. El siguiente al abdomen y acompañado de una mirada que va desde él y directa a mis ojos; todo eso hasta llegar al más arriesgado: mano, o garra, hacia el pecho y pierna... esa conecta justo en el centro y presiona, deliciosamente, la erección que pugna por salir sin ninguna vergüenza.

—Miras... ¿esto? —ronronea mirando a sus pechos y luego a mí, y todo ello es debido a la confusión que ciertos artilugios, en forma de pinzas, han provocado en mi cuerpo—. Son pinzas para pezones. Como ves, he venido preparada, y aún queda alguna sorpresa más, así que no te me desmayes... aún. —Hace una pausa, eternamente larga—. Daniel, quiero verte —susurra—, y luego... luego tú harás algo por mí. —Sus palabras se deslizan entre sus labios de forma pausada y... premeditada, planeada tal vez, pero su influencia no es suficiente, todavía, y mi cerebro responde, cosa que agradezco.

—Lo que quieras ver, lo tendrás que descubrir por ti misma.

—¿Hablas?, bien, me parece bien, pero sé que conseguiré dejarte esa sucia lengua totalmente muda.

—Deja de ronronear, gatita, que con palabras no llegarás a nada. ¿Quieres dejarme sin nada que decir?: pues actúa.

Ella, por toda respuesta, alza las cejas y una sonrisa escapa en la comisura de sus labios; «yo te borraré esa mueca para imponer una propia», me río de mi pensamiento.

Ana se desliza, suave, por mi cuerpo para deshacerse de la única prenda que me cubre, pero la tensión me recorre cuando con ambas manos agarra la liguilla del pantalón y me lanza una perversa mirada, una de esas que hacen estremecer.

—Muy bien, actuaré, pero... —agarra con los dientes el fragmento de tela que hay entre sus manos y con un fuerte tirón quedo libre— no vuelvas a llamarme «gatita», no soy dócil; soy una loba, y me gusta como a ellas.

Expuesto a su mirada y probando la lujuria que escapa de su cuerpo al depositar sus ojos en mi verga, siento que mi poder crece.

—Ahora tú me vas a liberar a mí —expresa con malicia, su tono me dice eso, pero... ¿liberar, de qué?—. Verás, hay cuatro complementos en mi cuerpo, cuatro que te impedirán disfrutar si no los eliminas y que si lo haces, ambos podremos volar, así que —dice recostándose a mi lado—, soy toda tuya.

—Ana, espero que no te arrepientas de esas palabras.

Sonríe y por respuesta, extiende los brazos a ambos lados de su cuerpo y flexiona la pierna que tiene más alejada de mí, quedándose en una postura cómoda y relajada. Este momento me permitiré absorber para mí y guardar la espléndida visión de su cuerpo. Así, expuesta a mí.

«Mía.»

Cuatro complementos. Está claro que esas pinzas cuentan como dos... o tal vez solo uno, así que hay dos más, o puede que tres, mejor no pienso dónde...

El nerviosismo ataca mi cuerpo y decido que, ese niño asustado, ese «mocososo» no va a salir. Nunca.

Me incorporo sobre el codo y alzo la mano, la llevo hasta casi rozar la piel de su brazo; un lugar neutro para romper el hielo... «pero qué hielo ni qué leches», me digo claramente molesto por mis inseguridades provocadas por la inexperiencia. Una medio novia de dos semanas no basta; además, ya es agua pasada.

El roce suave de mis dedos al contacto con su piel la hacen reacomodarse con un suspiro, lo que me anima a seguir avanzando y deslizar los dedos, lentamente, hasta su hombro y, por completo lanzado, bajar hasta sus pechos con la boca seca y el corazón desbocado. Al rodearlo deseo que esté de pie para poder sostener su peso, agarrarlo con las manos y lamerlo...

—Solo diré algo más... —El respingo que su voz me provoca ha hecho que

mis dedos se conviertan en garras en esa deliciosa mama y la sonrisa se extiende por sus labios—. Todo lo que halles, lo quitarás con la boca. Absórbeme.

—No lo digas dos veces.

El pudor se va al garete y sin pensarlo llevo mi lengua hasta su pecho y lanzo un lametón que hace que me lleve conmigo su sabor salado que comunica con mi miembro sin contemplación, haciéndolo saltar. Me tumbo sobre ella, buscando algo de alivio, para lo que presiono contra su entrada sin pretender ir al más, pero hallando una sorpresa en el camino...

«¿Qué has hecho... mi loba?»

Solo de pensarlo mi cuerpo arde.

«¿Con la boca? No sabes lo que haces.»

Empiezo a mecer mi cuerpo frotando mi verga contra ese lugar caliente y ocupado por un intruso del que estoy dispuesto a deshacerme en un minuto, pero primero... Agarro su pecho y me cebo con él dejando que sus gemidos inundan la tienda cada vez que rozo la pinza, y esos deliciosos quejidos me recuerdan que su hermano está a tan solo unos metros, por lo que me incorporo y me apodero de su boca sin miramientos y soltando todo el exceso que he acumulado desde que entró, sin cesar las embestidas en su clítoris y atrapando toda su excitación. Me incorporo y enfrento su mirada aturdida, a la vez que tapo su boca.

—Dios, no imaginas lo que me gustaría que sigas gritando y llenarme de esa música, pero no estamos solos. —Sus ojos se explayan en respuesta—. Bien, ahora calla... si no lo haces, me va a dar igual quitar o no, de mi camino, lo que tengas aquí —digo plantando la mano de pleno en su ardiente vagina—, te penetraré sin miramientos y me quedaré con todos y cada uno de tus gritos. ¿Comprendido?

Sus ojos expresan lo que su boca no dice: le gusta el sexo duro. Es una loba.

Tras dos, tres lametazos más, agarro la pinza con los dientes y dejo expuesta la punta enrojecida, la cual succiono y acompaño, cada una, de una embestida. Ella empieza a jadear y solo logra silenciarse al morder su propio brazo. «Bien por ti», expreso para mí. La segunda pinza acompaña a la primera en el suelo y llevando a cabo el mismo ritual, me doy por satisfecho para después lamerla por entera en descenso hasta su delicioso centro, el cual me espera totalmente húmedo, y mi pene también lo está. Llevo la mano hasta él sin contenerme y ante su mirada perpleja me masturbo unos segundos disfrutando del lubricante natural, ese que al bajar el rostro entre sus piernas pruebo, absorbo, saboreo y me impregno de él. Ella se contorsiona sin remedio, pero la impaciencia me hace

agarrar con los dientes esa cuerdecita que sale de entre los labios y empiezo a tirar disfrutando de sus gritos amortiguados hasta que una bola sale de su cuerpo y ella se relaja, pero, oh maravilla, la cuerda continúa dentro... «Eres una caja de sorpresas», me relamo con el pensamiento y el sabor de su excitación en mi boca.

Decidido a hacerla explotar, llevo las manos hasta sus pechos donde me recreo jugando con los pezones y devuelvo la boca a ese juguete que asoma y del cual pienso deshacerme, ya. Una bola más fuera... dos... Los gemidos no cesan y la cuarta bola sale dejando a mi vista la entrada liberada y palpitante, brillante y tan mojada que solo puedo hacer una cosa. «Todo mío», gruño cuando mi lengua la penetra y ella explota una y otra vez.

—Van tres —pronuncia entre gemidos y quejidos.

La satisfacción de verla así no eclipsa a mi curiosidad. Si van tres... solo un sitio más... Levanto sus piernas bien abiertas y dejando todo expuesto a mí. «Ahí estás», le digo a esa goma morada que asoma por su trasero... Eso me recuerda: “Soy una loba, y me gusta como a ellas”; «no eres una loba, sino una viciosa», le digo en silencio.

Introduzco de nuevo el rostro entre sus piernas y me deleito un poco más con su dulce sabor, pero solo hasta que mi miembro, adolorido y decidido, exige su lugar. Justo en ese instante agarro con los dientes la pequeña anilla y tiro, tiro sin descanso y viendo su cuerpo arqueado a mí, acercándose, como si me rogase. Una especie de consolador formado por bolitas acaba viendo la luz y yo me lanzo sobre ella, la penetro buscando el alivio de ambos y anhelando lo que llevo soñando desde que la vi por primera vez. Esta imagen, ella debajo de mí y dejándome poseerla, ha estado en mi conocimiento desde entonces, desde aquella tarde que vino a recoger a Javi al campo tras el partido, pero nunca, ni en el mejor de los sueños, la vi así.

«Mía.»

Sus manos se empuñan sobre el suelo una y otra vez, pero no resisten lo suficiente, pues al instante se aferran a mi pelo para atraerme hacia sí y devorarme, o yo a ella, pero da igual, pues su abrazo, los músculos de su vagina y la entrega me sobrepasan... Hasta que ella me aparta.

—Soy una loba...

Sus ojos, fieros y salvajes, me dicen qué es lo que quiere.

La giro para ponerla bocabajo y levanto su trasero para meterme de nuevo en ella aferrando sus caderas y dejando que mi deseo nos impulse, nos llene, nos

lleve y catapulte.

Ella grita con la mano hecha un puño metida en su boca. Grita una y otra vez y solo una cosa escapa, que yo sea capaz de asimilar...

«Soy tu loba, Daniel, tuya.»